NOSOTROS
Y LA
ESFINGE

por

LUIS LOPEZ DE MESA

LIBRERIA COLOMBIANA
Camacho Roldán & Cía. Ltda.
Bogotá, Calle 12 No. 7-50 Cali, P. Cayzedo.
1947

NOSOTROS

Y LA

ESFINGE

por

LUIS LOPEZ DE MESA

Editorial [illegible]ráfico, Ltda.

INTRODUCCION

MOTIVO DE ESTA OBRA

●

"Conceptúo que la Cultura Eurásica no ha resuelto ninguno de los problemas fundamentales del Espíritu."—El Autor.

I.—Desde hace historicamente treinta siglos el espíritu del hombre venía desenvolviéndose dentro de la majestuosa estructura conceptual de la Cultura de Occidente, de la Cultura Eurasiática, diré mejor, y en ella vertieron su genio filosófico y artístico, político y religioso, económico y técnico, los más preclaros varones de la estirpe humana. Dentro de ella amaron y soñaron, lucharon y sufrieron, gozaron de sí y crearon nuevas formas de existencia, vivieron, en una palabra, y devolvieron su alma a los abismos enigmáticos del sér, nuestros padres y maestros en el orden de la sangre y en el orden del espíritu.

Mas ello es que en los últimos tres siglos esa cultura orgullosa y espléndida ha presentado graves signos de fatiga, y que hoy revela franca decrepitud en varios géneros de su función esencial de rectora y estimuladora del espíritu, de rectora y estimuladora de la conducta del hombre, de rectora y estimuladora de nuevos rumbos de creación ideal: si mi humilde pensamiento no se equivoca fundamentalmente —y quiera Dios que se equivoque— las normas de esa cultura ya no rigen ni el entendimiento ni la voluntad de las sociedades cultas de hoy día, ya, por ende, perdió el comando de la conducta interior del hombre, por una parte, alarmante, sin duda, y, por otra, ya dentro de ella no caben algunas de las novísimas adquisiciones de la experiencia humana, psicológicas y técnicas principalmente, por lo cual no sería ilusivo decir que esa cultura, vigente aún, hora no es operante, y sigue viviendo a guisa de ciertas leyes obsoletas de la administración nacional que sin haber sido "ex-professo" derogadas, no surten ya efectos, no viven al presente en la vida actuante y real de la República.

Sin embargo, no se puede decir que esté muerta, porque todavía la sostienen dentro del alma de quienes nacimos a su amparo, tenues hilos sentimentales, y por sentimentales poderosos ciertamente, y porque, no existiendo un reemplazo suyo en la di-

námica social, en el haber y el devenir de las sociedades, aún disfruta de evidente "acción de presencia", en dilatadas esferas y territorios de la estirpe.

*

¿Cómo pudiéramos entender nosotros esta senectud y descaecimiento de la Cultura Eurasiática? Porque sin este entender su esencia y sus destinos, nuestra generación andará a ciegas de la suya y de los suyos, vivirá conturbada por el vacío espiritual interior y el vacío cósmico externo que produce, de ambos lados, la carencia de alguna satisfactoria interpretación de la existencia y del sér, del origen y del objeto de este prodigioso "fenómeno" de la vida humana y del mundo, y será una generación angustiada, conceptiva y preceptivamente trunca, generación "kinóbata", es decir, que marcha sobre el abismo.

No se requieren ni mucha erudición ni especial sutileza para dilucidar tales hechos, el solo contemplarlos perfunctoriamente descubre su gigantesco contenido.

Así, en religión, el hombre occidental vivía constantemente en la presencia de Dios y del Demonio, presencia real, como lo atestiguan, entre miles, Lutero, el revolucionario, y Francisco de Asís, el más grande mensajero de Cristo tal vez. Los hombres de aquella Edad conversaban familiarmente con Uno y Otro, y tenían de su existencia inexpugnable certidumbre. En cambio, hoy día, el teólogo, el filósofo y el místico cristiano mantienen apenas "nociones" de la divinidad y del demonio, sin ninguna imagen de ellos ni comunicación personal directa. La teología de esa cultura eurasiática tropezó entonces en un callejón sin salida, en el "áporos" rumbo de sus propias definiciones: porque, concebida la divinidad como infinita, omnipresente y simple, su presencia no podía ser autolimitada ni hétero-limitada, al espíritu del hombre, sin contradecir su infinitud. Lo único imposible que le quedaba a la omnipotencia era eso de auto-limitarse, eso

de restringir su presencia en el mundo. Y ello establece y define toda una revolución conceptiva. De ahí que el agnosticismo sea ahora la actitud entrañada de nuestros contemporáneos más cultos, y aun de las masas ignorantes; de ahí que la conducta de nuestra generación carezca de normas indeclinables de fundamento religioso y marche erráticamente al azar de un criterio personal íntimo, de hábitos o de simple orden de conveniencia social, ineludible "exteriormente".

Y esto ya no es estructura espiritual coherente.

*

Asimismo, luengo tiempo hace que la filosofía adolece de esta situación conceptual caótica, sin la prestancia de aquellos sistemas sintéticos que la hicieron antaño normativa para todos, con leves discrepancias de interpretación colateral, pero dentro de un fondo unívoco convincente, y lo que es mejor aún, tranquilizador y persuasivo. Ahora asistimos a la atomización de las opiniones, a la sutil disociación de las ideas, a la búsqueda del álveo-matriz de las verdades, del gran cauce de su convergencia y reposo, sin resultante genérica alguna, hasta hoy, que nos satisfaga y tranquilice: es el hacinamiento de menudas observaciones, felices a veces, pero precarias de suyo, e ineficaces para la proyección de un conjunto ideológico armoniosamente estructurado: facetas sólo de la verdad universal y vagos afloramientos de la recóndita urdimbre del sér.

La rápida sucesión de tales escuelas de la filosofía contemporánea, la angustia con que bucean en la ciencia y en el subconsciente, en la experiencia del presente histórico y del pasado espiritual del hombre, y la poca, si alguna, certidumbre que suscitan en el alma y en el ánimo de las nuevas generaciones, nos dicen de su frágil interpretación del mundo y de su propia deleznable arquitectura ideal.

Muchas palabras que tuvieron extraordinario valor ideológico en esa cultura, han cambiado de contenido o perdídolo to-

talmente, y los conceptos en ellas encerrados, después de haber sido durante treinta siglos aguzados y sutilizados hasta la máxima potencia interpretativa del hombre, casi casi hasta la "evanescencia" o el desvanecimiento de su prístina significación, y de haber conformado, encauzado y como polarizado en cierta medida y ciertas direcciones la mente humana, se nos aparecen hoy gastados e infecundos para nuevas creaciones del espíritu. Dieron de sí cuanto podían aportar gnoseológicamente dentro del campo de ideación que ellas mismas constituyeron, y dentro del potencial creador de esa mente que ellas estructuraban e informaban al tenor suyo y con su índole, por lo que, exhausta su virtud gobernante y genitora, quedan en el haber humano como faros apenas de un remoto rumbo, transitado ya y sin regreso.

De este orden son: causa y efecto, ente y nada, sustancia y fenómeno, esencia y existencia, materia y espíritu, finito e infinito, simple y complejo, orgánico e inorgánico, actividad y reposo, sensibilidad y conciencia, calidad y cantidad, espacio y lugar, ritmo y modo, extensión y forma, intensidad y número etc., que como conceptos requieren nueva interpretación o no admiten ya interpretación ninguna... Hoy día muchos de ellos son a modo de signos monetarios para el comercio de las ideas, que aún conservan algún valor de cambio, pero ya no un valor en sí, unívocamente inteligible.

*

Sin duda, algunos de los conceptos que acabo de enumerar son ahora meramente científicos o forman el cuerpo de estudios desligados ya del filosófico, pero aún se conservan tangentes a la filosofía en su amplia significación genérica: dentro del radio de lo que se entiende por estrictamente científico, triunfo gigante, si los hubo, de la Cultura Eurasiática, en su última jornada occidental sobre todo, triunfo majestuoso que ha encumbrado al hombre moderno a la demiurgia de creador de naturaleza, de mo-

delador suyo, en todo caso, y de rey de la creación, según la arcaica voz de las religiones, en ese mismo ámbito de su imperio espiritual, digo, surgen hoy día problemas que se van haciendo insolubles para las leyes tradicionales de esta cultura; el análisis indefinido, la constante bifurcación o dicotomía de las investigaciones y adquisiciones técnicas, nos está llevando a una progresión geométrica de las naciones ya, que no cabe en la mente individual, y sólo puede subsistir mediante el auxilio de la escritura y su acumulación en las monstruosas bibliotecas del mundo contemporáneo. Es algo que amenaza congestionar por tal modo la inteligencia del hombre, que puede en un momento dado abrumarle e invalidar su adecuado ejercicio.

No bien se descubre algún cuerpo químico, del orden orgánico, sobre todo, cuando se multiplican los hallazgos de derivados o asociados suyos, que a poco más constituyen "una familia" de la más intrincada parentela y más abstrusa nomenclatura que sea dable presuponer. Y así, la química orgánica tiene que fraccionarse en miles de especialidades, la biología, otro tanto, la medicina, ídem. "Aparece" una enfermedad, y a poco se la diferencia en cinco, diez o veinte distintas, con distintos microbios o distintas perturbaciones somáticas y funcionales, hasta el punto de que la ciencia de un año es ya vetusta al siguiente, en una imagen de carrera maratónica que nos deja sin respiración, ni sosiego de equilibrio mental posible.

Y ese sosiego de "equilibrio" mental es requisito básico para el espíritu del hombre, si no queremos que se desorbite y enloquezca. El espíritu humano necesita consolidarse en el reposo de las grandes síntesis. El desmenuzamiento de su haber conceptual le produce vértigo en los procesos de su imaginación, obscuración y desarmonía en la fábrica de sus ideas, caos en la consecuencia de sus voliciones y conducta.

Ante la magnitud inconmensurable de los bienes con que esta ciencia analítica nos está dotando, no dejará de parecer ridícula esta aprensión acerca de sus efectos en la contextura y

ordenamiento funcional de la psique, mas ello es que en un análisis de la índole del presente, me es indeclinable el sugerir siquiera su existencia y posibles derivaciones futuras.

*

Y si esto impresiona mi espíritu, más aún le ha conturbado el presentimiento de que las grandes adquisiciones del saber humano con que la ciencia y la experiencia psicológica se han enriquecido, no armonizan bien con las "categorías", "axiomas" y "definiciones" que rigen el devenir de aquella Cultura Occidental Eurasiática y son, o fueron, los sillares de su milenario edificio.

Uno no ve al presente las divisiones insalvables entre las especies del sér, ni para el reino mineral, ni para el reino de la vida; el cristaloide y el coloide que antes distinguieron uno de otro no son ahora insoluble trinchera entre los dos, que cristales vivos vemos hoy día, y cristales inorgánicos también, que se comportan como seres vivientes en su generación y procedimiento evolutivo; ya entre razas y especies se acortaron las distancias; y la herencia dejó su inmutabilidad para obedecer a transformaciones experimentales, que son verdaderas creaciones de naturaleza insólita y fecunda; los mismos cuerpos simples de otra época, pueden cambiar de esencia y hacerse otros; ya, en fin, no se nos aparece el mundo como asociación de elementos y funciones de perenne eseidad, sino como la gradación de una misma entidad en ascendente complicación de modalidades de su mismo sér.

*

Viendo alguna vez desarrollar a la inversa una película cinematográfica tuve la primera intuición de que la causalidad no es lo que por tal tuvo siempre la Cultura de Occidente: nada, al parecer, tiene virtud de creación en sí, nada es fuente o venero

de ninguna novedad esencial, sino que, según su posición, es motivo de novedades existenciales, lo que es muy diferente de suyo, y muy importante de saber estrictamente: la posición del electrón en el átomo, del átomo en la molécula, de la molécula en la estructura celular de órganos y tejidos, desde el embrión hasta el sér en la asociación o en la sociedad de los suyos, mineral, vegetal, animal o humana, y de los mundos en el espacio, y del espacio en la infinitud de las expansiones posibles: he ahí lo que equivale a la antigua noción de causalidad y nos coloca ante nuevo orbe cultural psíquico, ante la indeclinable implantación de otra cultura. Ejemplo más diáfano aún de esto nos ofrece el significado de la frase según la posición de las palabras que en ella se estructuran sintácticamente y la componen, y severa admonición se desprende de aquel postulado físico-matemático de Einstein-Lorentz que dice: "Dos sucesos simultáneos en un sistema de coordinadas no son siempre simultáneos para otro sistema de coordinadas", por donde la relatividad del espacio-tiempo favorece esta mi interpretación de la posición causativa.

*

Las nociones de tiempo y de lugar no pueden hogaño concebirse independientemente del sér de quien se predican, porque éste las trae consigo y de suyo las valora y sustenta, por tan preciso modo que cada sér posee su tiempo y su espacio, según el ritmo existencial que le caracteriza y define: basta anotar la propia experiencia íntima para entender que aun dentro de nosotros el tiempo no es patrón externo de medida, sino relación de intensidades: un minuto puede equivaler a un siglo de duración en la actividad afectiva, perceptiva y hasta creadora del hombre. Ese minuto tiene un siglo de contenido real, aunque el tiempo exterior, medido por el ritmo de otros seres circundantes, la rotación de la tierra, por ejemplo, diga otra cosa y otra cosa indique.

Tampoco no existe lugar "donde" las cosas sean "colocables", sino que cada cosa crea un lugar, su lugar. Espacio sin seres es falsificación de la fantasía humana, que ampliada y como generalizada, ha dado ocasión al seudo concepto de la "nada", que no es más que la eliminación imaginativa del ser con conservación de su espacio, o sea un paralogismo ingenuo, como el que consistiría en suprimir el ente y conservar las funciones de su entidad, como sería suprimir el móvil y pretender conservar el movimiento.

El espacio se concibe como la posición de un cuerpo con relación a la posición de otro cuerpo, y el tiempo como la sucesión de distintas posiciones de un mismo cuerpo: de ahí la íntima relación entre espacio y tiempo, y su indisoluble relación con la existencia del sér.

*

Esta misma existencia puede considerarse como posición del sér.

Si tomamos un ejemplo particular de la naturaleza, el carbono, digamos, vemos que según la posición de sus moléculas se nos presentará como carbón o como diamante o como núcleo de vida en los cuerpos organizados.

Si contemplamos la disposición de las ondas "etéreas", su tamaño, que es una posición, nos las diferenciará en rayos luminosos de diferente virtud, y en vibraciones más o menos numerosas, que son los cambios de posición de su entidad.

La existencia de estas especies de carbono y de luz surge, pues, de las respectivas posiciones de su propio sér.

Pero, entre las innumerables especies que constituyen los seres de la naturaleza no existe el abismo aislador que entre especie y especie presuponía nuestra cultura tradicional, antes se encadenan unas con otras en serie ininterrumpida, por clímax o gradaciones de número ascendente y complejidades de posición,

que las van diferenciando unas de otras, y las van dotando de nuevas funciones. Mas ello es que el mero número "externo", sin nuevas posiciones, como sumando apenas, no ayuntaría nada, o poco menos que nada, al sér inicial, al ente simple de que arrancan las variaciones, que con el tal número solamente acrecerían el potencial de su virtud, mas no producirían la mutación de esa virtud, y así, puede colegirse de ello que es la variedad de posiciones "íntimamente" combinadas con él, lo que engendra la variedad de funciones, la multiplicidad de las especies ónticas.

Esto lo ilumina bien el caso del sonido, pues que sumando cuantos se quiera de una misma nota, aumentará la potencia audible, mas no se diversificará en sí, y sumando varios al azar, surgirá sólo el ruido: para obtener un arpegio o una sinfonía, indefinidamente, se requiere la posición de los sonidos en acordada graduación o escala rítmica.

Lo mismo ocurre en la distribución molecular de un cuerpo para que de él puedan derivarse otros.

Y en la vida asociada del hombre, esto tiene importancia suma, como así lo revela la virtud que, por su posición, tiene un hecho inicial en las grandes revoluciones de la historia, una idea primogénita en la organización de los sistemas ideológicos del pensamiento, o la situación eminente de un individuo para la eficacia de sus empresas intelectuales y políticas: es siempre la posición la que va rigiendo los destinos del sér y sus funciones.

*

Empero, no debe pretermitirse, ni minorarse en forma alguna, la augusta participación del número en el proceso genitivo del mundo: la posición y el número están tan entrañablemente asociados en este hacerse y este devenir de la naturaleza, como el espacio y el tiempo de sus funciones, sino que el interpretar el inmenso valor del número en tal abscóndito sentido suyo, es ardua tarea que apenas han vislumbrado los hombres hasta hoy, y muy "apenas" ciertamente.

Si contemplamos la vibración como cambio rapidísimo de posiciones, veremos que a mayor número de cambios de posición sucede mayor intensidad en las acciones y, lo que es todavía más significativo, nuevas virtudes del movimiento, y así, al conjugarse posición y número adquieren o asumen (yo esto no lo sé), un extraño poder de generación, que merece algún análisis, imposible de realizar en estas breves líneas de mera indicación de rumbos.

*

El agotamiento de la virtud genitora de ideas y directora de conducta de esta Cultura de Occidente se aprecia, asimismo, en su incapacidad para resolver los magnos problemas sociales de la política nacional e internacional de los pueblos libres, pues no pudo con sus normas darles nunca un día de sosiego efectivo, ni acertar en la organización de la democracia a que constantemente aspiró en el decurso de las treinta centurias de su máxima vigencia.

Tampoco pudo resolver las relaciones económicas de las sociedades humanas, cual lo dicen el caos aún existente en ellas y las múltiples tentativas que está ensayando para producir esta solución, desde hace tiempos angustiosa, e inaplazable hoy día.

El arte, después del afortunado advenimiento de la novela y de la música, "patina" en la fatigosa repetición de sí mismo, hasta el punto, grave de cierto, de existir ahora superproducción de palabras, en vez de producción de obras efectivamente insignes, con el riesgo de agobiar la flaca aptitud del hombre para ordenar su masa ingente en eficaces aportaciones de experiencia, ni menos aún para sintetizarla en el armónico conjunto de una sabiduría indefectible.

Superproducción de palabras en el orden literario. Pero, también impotencia de engendrar nuevo campo de operaciones artísticas: ningún instrumento de creación estética como el cinematógrafo tuvo nunca el hombre, que en sí reúne palabra, pintura, música, arquitectura, paisaje y espíritu, y movimiento, sobre todo movimiento, el gran cautivador de la atención humana y el brujo por excelencia para la mutación concatenada de los ambientes y de los episodios, y véase lo que hasta hoy, fuera del campo científico, se entiende, ha realizado: la incesante repetición del dulce apólogo de la Cenicienta, miles de veces resproducido con leves variaciones decorativas; la imitación caricaturesca del costumbrismo exótico, de la colonización audaz o del mundillo suburbano de las metrópolis; y la adaptación de las obras literarias del pasado, con muy relativo buen éxito seguramente, con muy relativa conmoción real del alma. Es que el dicho cinematógrafo está trabajando con las normas de la exhausta Cultura de Occidente, y en tanto y por lo tanto, se resiente de la infecundidad de esa cultura.

*

Son hechos de apreciación elemental, que un niño podría definir correctamente, y que anoto con el leve rubor de estar diciendo trivialidades, pero imperativamente movido a ello para adelantar otros juicios de más entidad cognoscitiva acerca de la cultura que parece estar naciendo en este instante histórico del mundo.

Hechos triviales hasta para un niño, porque nadie ignora hoy día que la Cultura de Occidente no pudo definirnos los conceptos supremos de dios, alma, mundo, conciencia y vida, y por consecuencia, estos supuestos básicos de la actividad mental del hombre han desfallecido al punto de no ser ya imperativos en la conducta de las sociedades, de no tener ahora el mando interior de la moral humana, e ir ésta, por ende, a la sirga del azar, caóticamente individualista, defectible y deleznable.

Algunos insignes capitanes de esa cultura que dijeron haber visto a Dios y comunicádose con él en acto de presencia real,

no nos transmitieron el prodigioso efecto de aquella entrevista, y así, ella quedó desarticulada del haber espiritual del hombre, como hecho histórico, si histórico fue, esporádico e inútil: el ver a Dios significaba, dentro de la hipótesis conceptiva que de él tuvo esa cultura, descifrar instantáneamente todos los enigmas del mundo y de la vida, de la esencia y la existencia, de la eternidad y del tiempo, que en ese concepto de Dios se presuponían evidentes dentro de su simplísima diafanidad existencial, en su rostro, como decían los exegetas de la teodicea vigente entonces. Nosotros no tenemos porqué negar la veracidad ni la verosimilitud de aquella experiencia, ni recusar a sus afortunados poseedores por la gravísima reserva con que guardaron sus efectos ante la angustiada expectativa de todas las generaciones, pero sí estamos en el derecho consecuente de cancelar su valor demostrativo y de calificarlo de inexistente para la especie conjunta.

Y como tampoco ha podido la tal cultura absolver los interrogantes que los recientes adelantos de la ciencia ofrecen a nuestra interpretación y gozamiento, su situación de languidez supina nos conduce, de manera inexorable, a inquirir discursivamente si es posible el advenimiento de otra que la sustituya y supere.

Todo gran descubrimiento de la técnica, todo nuevo paso progresivo de la civilización, el fuego y la rueda, la escritura y el cero, el compás y la brújula, el vidrio y la imprenta, la electricidad y el vapor etc., determina avance correlativo prodigioso en la cultura ideológica de los hombres, de un valor cuasi logarítmico: ahora bien, los maravillosos descubrimientos y esclarecimientos científicos que actualmente están surgiendo con rapidez inverosímil y desconcertantes magnitudes, no rinden la correspondiente cosecha de ilustración espiritual, porque, infortunadamente, las normas conceptuales y morales de la Cultura de Occidente dieron de sí cuanto podían darnos, y en su ambiente agónico, occiduo al menos, no pueden ya germinar nuevas creaciones ideológicas, y así, vamos hoy día desnivelados, descoyuntados, desorbitados, como un motor de progreso de fantásticas velocidades acoplado a un lastre de ideas en rotación inarmónica y lentísima.

II.—Mas ello es que para saber si el surgimiento de alguna otra cultura es actualmente posible, conviene investigar cuál es el núcleo germinativo o centro de irradiación de cualquier cultura dada, pues sin este conocimiento, nadie podría afirmar, ni menos confirmar, la existencia de nuevas construcciones culturales autónomas.

Y así digo, después de pensarlo muy prolijamente, que ese núcleo ideal es el concepto que el hombre tiene de su posición en la naturaleza, y que sólo veo tres interpretaciones posibles de esa posición: o es el hombre criatura de Dios, como la Cultura de Occidente nos dice, y todo el mundo intelectual y moral gira en torno a esa divinidad creadora; o es episodio fugaz dentro de una naturaleza indiferente, como lo conciben muchos escépticos y agnósticos de todas las edades de la historia, y entonces nuestra sabiduría y nuestra conducta apenas son drama mítico del azar y sueño sin sentido; o el hombre, en cuanto especie, se entiende, que lo individual no cuenta (ni contar podría en achaques de esta magnitud), es creador de naturaleza, "expresión" progresiva de la deidad, trance teogónico, o arcana teoforía esencial acaso, que día a día más y más se manifiesta y define en el curso de la historia.

Porque si nadie vio a Dios cara a cara, ni lo pudo intuír satisfactoriamente, la conciencia intelectiva del hombre, este su erguirse ante el cosmos que la abriga y sustenta, y sondear en su intimidad y trascender de sus fronteras, e interiorizarlo a su modo en substrato sutil, esto de marchar con la luz y golpear con el rayo, de coser las constelaciones con el hilo de su mente y recoger en un segundo de introspección la eviternidad de las edades pretéritas, esto sí lo vemos con evidencia indestructible, y esto sí es portento

que solo cabe en el concepto de divinidad que heredamos de las culturas anteriores.

Hombre creador de naturaleza, hombre señoreador del mundo, hombre consciente de su propia dignidad, y ante ella responsable de su conducta.

¿Que es demasiado endeble individualmente, y fugaz en demasía también? ¿Que la existencia individual está desacorde en su aflictiva cortedad con la prodigiosa esencia que la produce, y la angustia del vivir es, por consecuencia ineluctable, resultado suyo, conflicto suyo? ¿Que el sentirse tánto y el saberse efímero, el anhelar como eternos y el disfrutar como sombras nos afligen? Nadie será osado a negar esta nietzscheana inquietud si se coloca dentro de las normas conceptuales de la llamada cultura "europea". Sin embargo, en la nueva postulación cultural que estoy brevemente esbozando, es la especie hombre y no el hombre individuo, el sujeto central de todas las consideraciones, y así, el cambio de rumbo interpretativo nos conduce a un cambio de sensibilidad, a una catarsis de la ansiedad inútil con que la antevisión de la muerte nos abruma el espíritu y nuestra voluntad autónoma entorpece o mucho enmagrece a lo menos.

Empero... regresando un poco a Parménides, me pregunto: ¿No habrá también otra solución menos defectible, menos sujeta a la precariedad de la existencia humana y a la brevedad de su presencia cósmica, sobre todo? ¿Una más íntima vinculación entre la Divinidad y el hombre, por ejemplo, en que éste sea mero acto psíquico de aquella y no criatura aparte o forma temporal de su propio devenir recóndito, como adelante intentaré decirlo más ampliamente? Como evidencia "de facto" es cautivadora e irrecusable la deducción de que el hombre se encamina a lo divino en eso que me he permitido llamar "trance teogónico" suyo, mas ello es que su aparición en el cosmos tiene tanto de fortuito y es en sí tan careciente aún de estabilidad que uno vacila en atribuírle sentido universal de esa magnitud, y al contrario, tiene que conceder irremisiblemente que ese hombre no tra-

jo un destino previo, sino que lo obtuvo y está obteniendo al azar de su proceso histórico. Sin embargo, el hecho es tan grande en sí y tan grave de suyo que yo quisiera dejarlo abierto a nueva meditación y más amplia pesquisa ideológica.

*

Si algo eficaz ha de ser la cultura naciente, será sintética, inextricablemente organizada, por modo tal, que partiendo del núcleo conceptual suyo, todo pueda explicarse en legítima concatenación óntica y lógica, a la vez, y no cual ocurre en la eurasiática, que necesita zurcir las tesis fundamentales de su composición con puentes de mera fantasía, de aquellos, verbigracia, que establece entre el espíritu y la materia, entre Dios y sus criaturas, tapando así con la cortina del misterio las grietas insalvables de su falencia "ab origine".

Esto de ser sintética acarreará magníficas consecuencias prácticas para el bien material y espiritual del hombre: así vemos hoy, poniendo por caso la medicina, que la carencia de un concepto sintético de la enfermedad nos conduce a considerar una serie abrumadora de síndromes nosológicos y a aplicar a cada uno, en otra serie paralela casi indefinida, terapéutica especial, cuando en la medicina por venir podrá llegarse al tratamiento conjunto de la salud, a la defensa unívoca de sus posibles trastornos, sin este desmedido afán de diferenciar microbios y agentes patógenos de toda índole, en desmenuzamiento casuístico que nos tiene agobiados de vacunas y preceptos.

*

Y levantando más el vuelo de estas lucubraciones, podemos avisorar el nuevo oriente y nuevas luces que ellas sugieren para las materias egregias de la humana sabiduría: aislando mentalmente de la tela inconsútil de la realidad del mundo el grandioso

"fenómeno" de la vida, cuya solución ha escapado a esta cultura prócer, se pudiera adelantar alguna hipótesis demostrativa del alcance ilustrativo que aportarán los nuevos rumbos que trato de explorar someramente:

Analizada como adición cuasi exótica a la materia común resulta un maremagno de perplejidades; considerada como manifestación especial del sér, como la revelación de una categoría y potencia suyas, no se rompe la concatenación fenomenológica del mundo, ni estallan en él esos hiatos o diéresis de su operación que nos desconciertan el juicio: la vida puede ser interpretada como la quinta dimensión de la materia, como su dimensión de intimidad. Y no de interioridad meramente, sino de intimidad.

Dimensión hacia dentro, integración por ende (capacidad de asimilación), y acumulación de intensidades (potencialidad de transmisión hereditaria).

*

Y la conciencia, este otro enigma de la Cultura de Occidente, este quebradero de cabezas de todas las filosofías tradicionales, se despeja un poco si (discurriendo analógicamente) la entendemos como reflexión de la energía hacia dentro: que, si como la luz material rebota en las superficies en ángulo recto de proyección externa, esta luz interior, al llegar a la periferia (hablando metafóricamente), se reflejaría hacia dentro (cual se dice que lo hacen las ondas hertzianas en la estratosfera o palio estratosférico de Heavyside), y produciría la iluminación de sí misma, o sea la conciencia intelectiva del hombre.

Adelante volveré con más espacio a este intrincado asunto, al estudiarlo como una presencia interior.

Tal cultura sintética enaltecería noblemente las relaciones humanas, dentro de las sociedades y dentro de las naciones, y consolidaría la conducta de los individuos, hoy en grave laxitud y delicuescencia, el curso enderezaría de las costumbres en este

preciso momento en que la intensa asociación de los humanos las está imponiendo universalmente.

Al encentrar en la especie la unidad espiritual del hombre, y no en el individuo, las normas de asociación se harían más potentes, e irrecusables los postulados de igualdad y fraternidad, de todos los pueblos y naciones, de todas las clases y agrupamientos, de todas las profesiones y confesiones.

Así nos explicaríamos mejor la tendencia contemporánea a la asociación humanamente universal, pero no como integración en imperios económicos o políticos, lingüísticos o raciales, militares o religiosos, sino culturales estrictamente: en una palabra, como a la común sociedad del ecumene.

El individuo que obrara según el criterio de que pertenece a unidad espiritual superior, a un trance teogónico del mundo, a la divinidad que se va revelando históricamente en la especie humana, o a un pensamiento de la Divinidad, no asentaría su comportamiento, como ahora, en motivos externos de conducta, sino en el ineludible mandato de su propia entidad y en las normas indeclinables de la sociedad en que actúa.

Lo que conformaría con la exégesis y sabia hermenéutica de que la moral emana de la asociación, es consecuencia suya y fundamento suyo, eminencia y base a un mismo tiempo de su ejercicio.

Naturalmente me he preguntado en el proceso de la elaboración de este estudio cuál puede ser la misión que corresponde a América, en general, y a Colombia en parte, en la génesis de la cultura por venir: porque cada continente, según su índole, aporta un mensaje interpretativo del mundo y de la vida, y porque la nación que lo exprese primero será la timonera y piloto de ese nuevo orbe espiritual, será la nación histórica por excelencia.

*

Asia, tan bien dotada para la meditación y la fantasía, nos regaló con eximias creaciones religiosas y poéticas: Europa, adic-

ta a la razón y a la mesura, desarrolló la ciencia, el derecho, la filosofía y el arte ponderado y armonioso; América, por su voluntad de acción sajona y su sensibilidad latina ecuménica, ha venido prosperando la democracia, la paz y la justicia, con gran técnica en el Norte y un caótico pero exuberante anhelo en el Sur.

Es indudable que la personalidad cobró de América la recia textura que hoy tiene, por el combate gigantesco que hubo de librar para su conquista y colonización, para la emancipación y cultura de sus vastos y abruptos dominios geográficos; y el universalismo de su sensibilidad, por la miscelánea conjunción y conjugación de estirpes de todos los continentes que convergieron a ella en su poblamiento.

De ahí que América pueda darnos precelente aportación espiritual para el alumbramiento histórico de la nueva cultura: nos la dotará de esa cualidad sintética de que tánto he hablado en líneas anteriores, y del valor universal indispensable para la justa y adecuada asociación de la especie en conjunto cultural armónico, con armonía de gradación, se entiende, pues que no todas las naciones y pueblos pueden ahora nivelarse por una misma cimera altitud de pensamiento y de obra; y nos dará valuación estimulante del hombre en sí, con el gran sentido religioso de su misión y sus deberes, de su poder y sus derechos.

Naturalmente, pueblos aún en formación, no tienen bien consolidada su arquitectura espiritual, ni siquiera se nos presentan con los lineamientos de una asociación suficientemente avanzada para poderles asignar carácter definitivo. Las dos máximas agrupaciones americanas de anglosajones y latinos, desde luégo, se diferencian enormenente en sus modos de ser, de pensar y de obrar, y así, ofrecen morfologías sociales casi opuestas:

GRUPO ANGLOSAJÓN	GRUPO IBEROAMERICANO
1. En lo social predomina el matriarcado	Predomina el patriarcado.
2. En religión, lo ético-social.	Lo teológico-litúrgico.

GRUPO ANGLOSAJÓN	GRUPO IBEROAMERICANO
3. En filosofía, lo pragmático.	Lo especulativo.
4. En arte, lo social	Lo individual.
5. En la personalidad, la asociación	El individualismo.
6. En la cultura, el análisis ..	La intuición, la síntesis y la universalidad.
7. En la praxis: lo propio en las costumbres, lo nacional para la política y la economía	Lo universal en el sentimiento, y aun en la conducta, muy imitativa a veces.

Con tales condiciones, ¿podría nacer en América cultura uniforme, cultura de auténtica morfología continental? Cada una de las naciones que componen este Continente presenta, además, características que la diferencian un poco, y hasta un mucho, de sus congéneres: trazando una sinopsis psicosocial de ellas, tal como se ofrecen a la vista de un viajero de avión desprevenido, y sólo en cuanto se refiere a este momento de la historia particular de cada una, y escogiendo apenas dos o tres adjetivos dominantes para su calificación momentánea y somera, pudiera decirse que:

Argentina	es nacionalista y progresista.
Bolivia	introspectiva, desorientada hoy e insatisfecha.
Brasil	hábil, emprendedor y dúctil.
Canadá............	firme y ecuánime (y de afortunada composición étnica, además).
Colombia..........	moderada, idealista y demócrata. (Nacionalista también, pero no bien asociada aún).

Chile	sensato, pragmático y audaz.
Ecuador	de gran sensibilidad, desorientado y dolorido.
Estados Unidos ...	ambicioso y humanitario, idealista y técnico, a la vez.
México	combativo, revolucionario y artista.
Naciones caribes ...	en conflicto cultural momentáneo, tienen grandes valores espirituales inconexos.
Naciones centroamericanas ...	en desconcierto histórico, con buenas virtudes dispersas.
Paraguay..........	valeroso y tenaz.
Perú	alerta, refinado y sutil.
Uruguay	observador, reformista y bien asociado ya.
Venezuela	inteligente, heroica y muy nacionalista.

De este mosaico se desprende, a primera vista, que existen más diferencias que concordancias, y de ahí que sea difícil esperar la organización de una cultura de común denominador en el Continente Americano.

Sin embargo, miremos este atractivo problema un poco más inquisitivamente: funciona hoy el PANAMERICANISMO, que aunque sólo sea movimiento político en su fondo y en su forma, y la CULTURA organización básicamente espiritual, algo tiene que puede servir para el asiento suyo, y hasta algo tiene que ya participa de algunos elementos vinculados a toda cultura, como son, la soberanía de los estados, las libertades ciudadanas, la higiene y la educación, la economía, en fin, que él se propone defender o fomentar en todo el Continente.

La divergencia caracteriológica y etológica entre anglosajones e iberoamericanos no es, tampoco, tropiezo irreductible para este surgimiento de una cultura panamericana de estilo universal: dorios y jonios discreparon asimismo en estas materias, alejandrinos y romanos, también, y luégo adelante, en la Europa medioeval, las naciones germanas y latinas que en ella intervinieron culturalmente, aportaron elementos espirituales de compensación que la hicieron más rica en su estupendo y numeroso contenido ideal.

Y en cuanto concierne a la variedad de temperamentos de los pueblos iberoamericanos entre sí, recuérdese que asimismo la hubo entre los componentes de la gran anfictionía helénica, y aun más honda, como la que distanciaba a atenienses de lacedemonios, o beocios de argivos: que si de Atenas sutil surgieron Sócrates y Platones, de la Tebas reposada y pragmática hubimos la eminencia espiritual de Epaminondas y de Píndaros, que en el orden moral y en el orden mental fueron, y siguen siendo todavía, cumbres precipuas de la dignidad humana y del humano triunfo.

Sólo una cosa me inquieta en esta composición y constitución de la sociedad de las naciones iberoamericanas, y es el excesivo fraccionamiento de algunos grupos de ellas, que dieron en formar entidades minúsculas independientes, sin percatar que la gestación y el mantenimiento de una cultura superior y perdurablemente histórica demanda dilatados ambientes de sustentación suya: el demótico, es a saber, cierto volumen de población; el étnico, es decir, la buena calidad de sus gentes; el económico, o sea, alguna base de holgura para el hacimiento y funcionamiento de estas disciplinas desinteresadas y costosas; el geográfico, o ámbito físico de su ejercicio social; el lingüístico, instrumento eficaz de difusión, idioma hábil, rico y dúctil, para la expresión del pensamiento y el estímulo de las ideas en sí, puesto que una lengua culta es, juntamente, vehículo de la producción mental y elemento catalizador de sus actividades; y el ambiente político, en fin, donde la libertad y la seguridad de la persona tengan apropiado y acondicionado asiento.

Mírese, si no, el escalafón de cultura en que están nuestras naciones de América, y obsérvese cómo existe entre ellas un paralelismo de su alcance con el alcance de esos ambientes respec-

tivos. Y no que todos ellos se requieran íntegramente para el feliz funcionamiento de las grandes culturas, ya que unos son más eficaces que otros, y algunos pueden compensarse con el auxilio de fuentes foráneas, dentro de la asociación equilibrada y compensadora de las relaciones universales de la cultura y del espíritu.

Pero, que lo piensen dos veces los pueblos que, por respetable, en otro sentido, vanidad de hacer casa aparte, se están quedando sin techo propio para su alma y su historia: en otras circunstancias y con otra ocasión he dicho que las culturas nacionales están en proporción geométrica con esos ambientes, que una nación de cien millones de habitantes no produce solamente diez veces más cultura que una de diez, sino centenares de veces superior en intensidad y magnitudes.

*

Eximios conductores de la humanidad contemporánea, verdaderos hacedores de la historia viva, diré mejor, presuponen que cierto noble grupo de pueblos que hoy día están luchando en pro de los mayores intereses espirituales del mundo, defienden con ello la Cultura de Occidente, su religión, sus ideales de persona y de Estado, su economía y costumbres, las normas egregias, en fin, de su comportamiento tradicional y del libre curso de sus destinos: ello está bien, y muy bien, como lema político de combate como pendón visible e inteligible para todos, y así lo acatamos y queremos.

Mas ello es que dicho programa no se acuerda con la revolución que esta hecatombe mundial sin liquidar aún, subtiende, con la revolución espiritual subyacente a ella y de ella determinante, si no yerra el juicio de todos los que nos preocupamos con este asunto, cumbre de cuantos incidieron en nuestra vida y de ella solicitaron cabal entendimiento. Y el más bello asimismo, a pesar de la tragedia apocalíptica que lo encuadra de sangre y de dolores, porque nos dió oportunidad, a los miembros de esta generación, de asistir a uno de los actos supremos de la historia humana y una de las mayores pruebas de la sensatez del hombre libre.

Y no se acuerdan por cuanto acabo de exponer acerca del desfallecimiento de la Cultura Occidental y de su notoria impotencia para seguir rigiendo el espíritu del hombre y el destino de las sociedades cultas. La democracia, pongamos por caso, y caso el más visible de los propugnados por el grupo de naciones a que me estoy refiriendo, no es ahora, y jamás no podrá seguir siendo, los que fue para nuestros mayores del siglo XIX, pues la misma fórmula excelsa de Lincoln: "Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", es eficacísimo enunciado verbal, apotegma que todos entendemos en su intención legítima, mas no postulado efectivamente aplicable en la dinámica política de los pueblos; y por lo que hace a la emocionante tríada de la Revolución Francesa: "Libertad, Igualdad y Fraternidad", útil fue en su hora, cuando había monarcas absolutos, nobleza privilegiada y esclavitud de hombres, pero ese mandamiento cumplió sus destinos, y ya es punto menos que inane. Lo que al presente necesitamos es: Cooperación efectiva, en vez de igualdad; Estímulo, en lugar de la mera fraternidad abstracta y, por ende, inútil; y Equidad, fecunda equidad, ahí donde arboreció la libertad gentil, diariamente restringida hogaño por las irrebatibles imposiciones del crecimiento de las sociedades y su consiguiente limitadora convivencia.

*

Esta es la diagnosis y este el índice de los argumentos a que en largas horas de estudio he llegado respecto de la situación cultural de nuestra época. Muchos de esos argumentos pertenecen al orden lógico y tienen de suyo valor demostrativo; otros son prenociones apenas o porismas de alcance teoremático, que requieren muy sesuda confrontación con las leyes y principios que rigen las

ciencias físico-matemáticas y naturales para adquirir "vivencia" científica y algún mérito de certidumbre. Unos pocos demandan ser compulsados con la realidad funcional psico-fisiológica, para ver si resisten esta ruda prueba de verosimilitud. En todo caso, el asunto de la presente disertación exige las dimensiones de un libro muy amplio y serio para poder llenar su arduo cometido técnico: lo que queda dicho es sólo una aspiración a iniciar entre nosotros los colombianos la inquietud mental por este magno problema del siglo XX, y así, humildemente lo entrego al estudio y a la consideración de mis conciudadanos, como una ofrenda de mi vocación y de mi afecto. Y porque, honradamente, yo mismo temo en mí y de mí la hipérbole falsificadora, que en tan graves asuntos siempre nos asedia y siempre nos perturba el propio pensamiento original y sencillo.

Hemos vivido en un "mundo mental" y aprendido que nuestros grandes conflictos y tragedias son mentales también. Ahora vamos a ensayar una interpretación del mundo mejor articulada a sus manifestaciones evidentes, con derroteros ideológicos aun más amplios: vamos a ver si al prodigioso dominio del espacio, que el hombre ha logrado en las últimas centurias obtener para su felicidad y engrandecimiento, podemos añadir mayor dominio del tiempo, que algo más lo acerque al señorío de su propia existencia y de la naturaleza en que vive, y a la semblanza del dios con que ha soñado desde el alba misma de su aparición en la historia.

La asociación equitativa de todos los pueblos de la tierra en sociedad católica del espíritu será la base infrangible de esta cultura universal, hoy en cierne: hagámonos dignos de su promisoria epifanía contribuyendo con algo a esa asociación justiciera y fecunda.

PRIMERA PARTE

LA ESFINGE DE LA HISTORIA

●

"Todas las cosas son (universalmente) concéntricas".—Parménides.

CAPITULO I

NUESTRO MUNDO ACTUAL

La orfandad del hombre contemporaneo. — Los viajes, la prensa periódica y la radiocomunicación, que nos permiten hacer cotidianamente el balance del mundo, revelan que la humanidad carece hoy de conductores espirituales de primera magnitud. Con efecto, si repasamos mentalmente la serie de los pueblos libres que hogaño representan la civilización y la historia, en ninguno hallaremos hombre que entienda lo que ocurre ni, menos todavía, conduzca a sus conciudadanos por rutas iluminadas de fe sosegadora o siquiera de relativa certidumbre.

No que estadistas y rectores de la cosa pública ignoren los problemas que hoy atribulan a la especie humana, pues que son evidentes para todo el mundo y constantemente observados, iluminados y aun desmenuzados hasta su último fondo por los hombres de estudio y los innumerables órganos de publicidad de que la actual civilización orgullosamente dispone, sino que no se ve por ninguna parte la inteligencia que sintetice su letal encadenamiento y logre así descubrir el núcleo genitivo de estas alteraciones.

Tratar aisladamente esos trastornos que perturban la vida humana y en mucho, si no del todo, la van haciendo insoportable ya e inútil, sin el claro conocimiento de su concatenación y origen, es conducta ciega y alocada actitud que afligen la existencia del hombre y aun su destino histórico final comprometen.

La economía, individual, nacional e internacional, carece de orientación estable; la política partidaria y la general de los pueblos, tanto administrativa cuanto ideológicamente consideradas, marchan a tropezones, en caótico turbión de inmoralidad y de

locura; la vieja urdimbre moral de individuos y de naciones se desmorona a ojos vistas, sin que uno pueda advertir el surgimiento de otras normas suplentes; la religión es sólo lamparita languidecente que parpadea en recodos sentimentales de angustia; el arte recorre incongruentes senderos de pesadilla, emotivamente ya casi infecundo; la ciencia, tenida por señora y sultana de estos tres siglos, de esta atormentada vigésima centuria sobre todo, como los avaros, día a día se enriquece sin gozar de lo suyo ni a otros permitir que de ello gocen, inmensamente acaudalada, sin duda, pero aún espiritual y hasta hedonísticamente estéril.

La filosofía, la gentilísima filosofía, otro tiempo orgullo del hombre y su más egregia consoladora espiritual, talismán y joya a la vez, ya apenas subsiste...

¿Qué ocurre entonces? Si somos algo más de dos mil millones de este "Homo Sapiens" que dominó el planeta; si el cielo, el mar y la tierra nos pertenecen; si la riqueza general de las naciones cultas se ha centuplicado; si el espacio y el tiempo desvelaron su secreto ante nosotros; si el átomo, la gravedad, la luz y el éter ancilarmente nos sirven... si los mismos dioses eclipsaron su rostro ante la soberbia inquisición de nuestros juicios... ¿por qué yacemos derrotados y humillados en el mundo?

Conviene que cada uno de nosotros diga lo que opine, hasta donde le asistan su mente y los recursos intelectuales de que disponga. Por mi parte, pueda o no, así lo intentaré en las muy breves líneas que a continuación voy a escribir sobre este tema, y muy someras, naturalmente, como mero pespunte periodístico que son y sólo intentan ser.

Nuestra generación no puede morir tranquilamente sin hacer algún esfuerzo espiritual que siquiera en algo compense las enormes barbaridades de que es responsable ante la historia y las generaciones venturas. Los que hemos vivido cuanto va ya del siglo veinte nos reconocemos culpados de la mayor estupidez que registran los anales del mundo y no damos signo perceptible de enmendar nuestro criterio. Es un trastorno colectivo intelectual

y moral que recuerda la ceguez con que las Euménides aturdían a quienes deseaban castigar más duramente. No de otro modo se explica uno que en un momento dado se apague la inteligencia del hombre en tantos pueblos ilustres que siempre la tuvieron iluminada y eximia, y aunque sólo sea como atenuante de nuestra grave culpa, debemos, cuál más, cuál menos, aportar el esfuerzo humilde de nuestro estudio en solicitud y procuración de volver la vida humana a los cauces de su dignidad, de su tranquilidad y de su gloria.

*

El hombre instrumento. — La diminuta e incómoda terraza del aeropuerto de Miami, donde el agobiado viajero se muere de cansancio por no asfixiarse de calor dentro del atestado saloncito interno en las tórridas noches estivales de la Florida, permite, en compensación, ver uno de los espectáculos más característicos de la edad moderna. Es el llegar y el partir de los aviones con frecuencia de minutos. Parecen aerolitos que llovieran, trepidantes y sonoros, del espacio oscuro al suelo. Sino que a poco más de estarlos uno contemplando pierde la articulación objetiva con la realidad ambiente y los ve surgir por entre las ventanas de la noche con sus parpadeantes lucecitas de rojo y blanco, de rojo y azul o de amarillo y rojo, y su melancólico zumbido entreverado de quejosa sirena y giratorias hélices, como si fuesen, que sí lo son al fin y al cabo, mensajeros de una magia antes inverosímil. Todos los sueños del Oriente fabulador están ahí, corcel alado, tapiz viajero, ave mítica, en esa estructura de aluminio con busto de potentísimos motores.

Magia sin duda y triunfo grandioso del espíritu humano sobre los elementos de la materia que antes le dominaban a él y punto menos que paralizado le mantenían sujeto a su potencia insuperable y muda. Triunfo ciertamente. Mas ello es que de las fauces de estos aviones, como de las fauces de los trenes de ferro-

carril, como de las fauces de los lujosos trasatlánticos, no surge el hombre dominador y libre, el invicto "Rey de la creación", sino pobre manada de seres que van en fila de indio por algún estrecho callejón de cuerdas a ser medidos, esculcados, despectivamente marcados, como cualquier rebaño de bueyes humildes o de carneros. Todos marchan alebrados y confusos delante de los nuevos amos de horca y cuchillo que se llaman porteros, choferes, inspectores de sanidad, revisores de inmigración, aduaneros adustos, hosteleros despreciativos, disimulados espías... que a cada uno, impersonalmente, le llaman por un número y le contradistinguen con una sigla, resto de lo que fue su antiguo nombre de ciudadano libre en la ficción de las democracias modernas.

La esclavitud y la servidumbre subsisten. Sólo que ya no son nominativamente personales, que ya no son de X emperador, de X duque, conde o marqués, sino de leyes, instrucciones y reglamentos; que ya no es uno esclavo o siervo en su persona sino en su vida, pero, esto sí, más opresoramente, porque el antiguo señor feudal no exigía el recuento de cada una de nuestras acciones, de los proyectos de nuestra voluntad, del objeto mismo y el propósito de todos nuestros actos. Ante un cónsul, ante un recaudador de hacienda, ante un inspector de higiene, ante un agente de la "seguridad" ¿quién habrá libre en este mundo?

Ficticias son de hecho las libertades que de derecho tuvimos después de dos mil trecientos años de lucha insomne. La misma libertad de pensamiento que el siglo XIX obtuvo a fuego y sangre, nugatoria ya lo es, por substracción de materia, porque ahora nadie tiene ideas de nada, porque ya no hay pensamiento que merezca ser libre.

Fenómenos desconcertantes han revuelto, invertido aun, el valor de los hechos. La rueda que acreció prodigiosamente el dominio del hombre y su personalidad, por ende, apartada de lo meramente individual, aplicada a grupos, le robó esa misma personalidad. La libertad que adquirió por el uso de la mano, la ha perdido por el desuso de los pies. La espiritualidad que hubo de

congregarse en sociedades, se le esfumó en el seno de las abigarradas muchedumbres; los instrumentos que el hombre creó para dominar la naturaleza ambiente, primero lo civilizaron, le permitieron adquirir cultura ideológica luégo, comodidades, lujo y salud, hasta que un día, ya en el siglo anterior, el llamado por antonomasia de "las luces", la máquina misma superó al hombre y a su vez le encadenó a su propia esclavitud.

Y hoy, apenas promediando el siglo XX, usted, señor lector, y yo, y con nosotros la humanidad entera, vemos que ya no solamente el instrumento dominó la naturaleza, ya no solamente el instrumento esclavizó al hombre, sino que ahora todos nosotros mismos somos instrumento: Instrumento del Estado, instrumento de la Sociedad, instrumento de la Familia... instrumento del azar irónico, que nos jugó la más tramposa partida de tahur fullero.

Miremos todo esto un poco más a espacio.

*

¿Progreso o mero cambio de nombres? — Nuestra vida y nuestra hacienda, de que antes disponían despóticamente el esclavista, el señor feudal y el bárbaro caudillo de las mesnadas depredadoras, corresponden hoy al Estado. Los impuestos progresivos y el servicio militar obligatorio implantados por los pueblos cultos lo atestiguan así clamorosamente.

Más aún: Hemos perdido el espacio interior, el reino compensador y delicioso de la intimidad que antaño escudaba el espíritu estoico de algunos esclavos de los antiguos imperios y repúblicas o el espíritu cristiano del siervo medioeval. Nadie puede hoy refugiarse en el silencio de su alma, viajar de incógnito, trabajar de incógnito, amar de incógnito, morir de incógnito... Ese sabroso reino de la intimidad ya no existe. Detrás de cada hombre o mujer la sociedad y el Estado van como sabuesos husmeando sus acciones, y en cuanto alguien se aparta, así sea honestamente, de la común vereda del gregarismo, la prensa y la policía le asal-

tan, le desnudan, le acribillan a desdorosas suposiciones, le entregan su vida al voraz sadismo de las turbas y lo dejan para siempre ya hecho un guiñapo inútil.

Es verdad que la medicina, la cirugía y la higiene han regalado a la humanidad en este siglo con algo más de veinte mil millones de años-vida por generación. Empero, no le han proporcionado la manera de utilizarlos espiritualmente. Y a esa ganancia indiscutible es preciso descontar otros veinte mil millones de años vida que las nuevas generaciones requieren para adquirir la madurez mental que la cultura contemporánea exige. Porque si un hombre a principios del siglo XIX podía abarcar a los veintiún años los conocimientos profesionales y generales de la cultura de entonces, medicina, digamos, jurisprudencia, ciencias naturales o escriturarias y teológicas, hoy a los cuarenta aún no las ha asimilado bien, dada la magnitud de su volumen.

Y si es verdad, igualmente, que el analfabetismo se extingue en los pueblos cultos y que una mayor cultura literaria es innegable por doquiera, la resultante espiritual de esa divulgación es pasmosamente contradictoria, en cuanto y por cuanto la estructura moral de las nuevas gentes es muy inferior en reciedumbre y conducta a la de aquellas iletradas de la generación de nuestros abuelos y de otras pretéritas generaciones, y antes parece que esa dotación alfabética sólo capacite para hacer más audaces las malas inclinaciones de ese mismo hombre común desprovisto de aquella moral arquitectura.

Este negocio social se complica con el detrimento de las normas tradicionales de la conducta, cuanto delicuencia sobre todo. Rotas en mucho las bases éticas del comportamiento, principalmente la religiosa, la filosófica y la social, unos pocos se conducen bien por el dictamen de su dignidad íntima, por el noble orgullo de su espíritu. Los más requieren la acción coercitiva del Estado, que ha dado ocasión y origen a inumerables teorías de prevención y corrección penal, con resultados parciales muy satisfactorios, con panorama general del problema en realidad poco

halagüeño, conforme lo advierten las estadísticas del rápido crecimiento universal de la delincuencia. Es terapéutica equivocada que adelante estudiaré más estrictamente.

Las abrumadoras precauciones que a este respecto toman el Estado y las empresas de orden económico, casi en su totalidad consistentes en aumentar los retenes de fiscalización y las cauciones pecuniarias, nunca substituyen el noble concepto del honor que antes garantizaba el buen manejo, y sólo sirven para aguzar o agilitar la inventiva dolosa de los presuntos empleados, comisionados y deudores. Encarecen apenas la administración de los negocios, la entorpecen y retardan, hasta dificultar su cumplimiento o consumir ellas solas el provecho retributivo que se busca.

Se me argüirá, sin embargo, que a lo menos el hombre contemporáneo disfruta de comodidades ingentes y aun maravillosas, por donde su vida se ha tornado más alegre y fácil, más fecunda en bienestar y apetecible. No negaré que, descartando la enorme pero transitoria escasez que produjo la guerra, tales recursos existen hoy, y hasta superabundan, mas en cierto modo son inasequibles por su torpe distribución o la especulación abusiva de su comercio, que ya recuerdan el desdichado banquete de Sancho Panza, tan nutrido de manjares como de prohibiciones, mayor tormento todavía que el de su carencia absoluta. Bienes hay, cierto, mas poco aprovechables. Y otra cosa nos ocurre, aun peor que las anteriores, y es la de que en este trajín agobiador de nuestro mundo, ya nadie dispone del sabroso sosiego con que antes podíamos disfrutar de su bondad ingénita.

En resumen: El exceso de premura anula las comodidades;
el exceso de reglamentación destruye la libertad;
el exceso de suspicacia invalida la honradez;
el exceso de fiscalización encarece y dificulta los negocios,

y todo esto, en fin, hace del hombre contemporáneo una pieza del mecanismo social, un utensilio de personalidad hipotética... un buen instrumento, pues, si mucho, bien especializado en su técnica, bien articulado en su profesión y bien enyugado, naturalmente, al grupo de sus opiniones y doctrinas.

*

Desvio de los sentimientos. — Estoy de acuerdo con quienes sustentan la opinión de que la naturaleza del hombre no ha cambiado mucho desde que la historia, y aun la antehistoria, nos le permiten estudiar psicológicamente, y que unos son, con leves cambios circunstanciales, sus defectos y virtudes, sus vicios, pasiones y tendencias.

Pero esos leves cambios circunstanciales se abren en abanico de proyecciones sociales tremendas, y a las veces producen catástrofes imprevisibles.

Tal así hoy día.

Sentimiento de humanidad, sentimiento de armonía social, sentimiento de patria, sentimientos familiares, religiosidad, amistad, amor... conservan sin duda, una misma esencia,su esencia prístina tal vez, mas ya no se conducen como antes, no tienen ahora los caracteres y manifestaciones que solían.

En varias épocas mostró el hombre entrañadísimo sentimiento de humanidad, como se advierte en Cristo, Buda y Confucio, en Sócretes, San Pablo y Marco Aurelio, en Séneca y Francisco de Asís, en los políticos y moralistas de los siglos XVIII y XIX, etc. Aún hoy vense documentos, como la Carta del Atlántico, el manifiesto de los físicos de la energía atómica y algunas alocuciones del Papa y otros prelados de las diversas religiones del mundo, que indican la persistencia de aquella augusta índole del hombre. Nunca viéronse, sin embargo, actitudes conceptuales y políticas de tan agresivo desprecio por el espíritu y la vida y la dignidad humana como las que esta última guerra universal puso ante nuestros ojos abismados y perplejos. Sádicos hubo siempre, y homicidas, insensibles y locos morales también, pero este tipo de nuevo cuño, el humanicida, así en grande, y el depravador técnico, ése surgió recientemente para abochornarnos ante el mismo Lucifer.

Los sentimientos familiares se contraen en intensidad y en amplitud. El vasto circuito de consanguinidad queda hoy alindado por padres, hijos y hermanos, y aun esto, laxamente. La vieja piedad filial del patriarcado, de que tan bellas anécdotas tenemos nosotros, pasó a principios de esta vigésima centuria por un conato de rebeldía de generación a generación, de hijos a padres, por ende, y ha venido acondicionándose a nuevo molde, de amistad apenas, justo sin duda, y hasta eficaz dentro de las flaquezas del matrimonio contemporáneo, divorcio especialmente, mas no muy firme en la esfera del corazón, ni muy equitativo para con la ponderosa carga de criarlos, educarlos y quererlos dentro de la imponderable devoción que ello exige.

La sociedad, que en otro tiempo se estructuraba en clases cooperadoras, así hubiese entre ellas deplorables injusticias, al presente se divide en campos enemigos de odio tenaz y lucha inmisericorde, que en su ceguedad llega en algunos países, como el nuestro, a destruír alocadamente la riqueza particular del prójimo, sin percatarse de que en algún modo toda riqueza es patrimonio común de los contemporáneos, y de todas maneras, patrimonio común de las generaciones futuras. Este desorden, y los que emanan de la poca honradez con que cumplimos el trabajo asalariado que se nos encomienda, me determinan a opinar que, a lo menos en Colombia actualmente, el sentimiento social se halla perturbado, y que puede decirse que si estamos nacionalmente unidos, no estamos asociados adecuada y eficazmente. Lo que resulta ser una catástrofe económica y moral, por todos sus aspectos. A más de esto y en consecuencia suya, la cordialidad de las relaciones sociales disminuye, falla el mutuo respeto, y la clásica cortesía, aquella preciosa urbanidad del siglo XIX, se extingue: las clases inferiores hiciéronse deliberadamente agresivas, y las superiores se hunden en procacidad y turbios modales.

Del sentimiento patrio poco he de decir, puesto que todos conocemos sus dolencias: hipertrofiado en unos sitios, coercitivamente minorado en otros, voluntariamente ajustado en todas partes al nuevo rumbo de la mancomunidad ecuménica, es algo que está en el telar de las innovaciones posibles, probablemente hacia la formación de grandes conjuntos administrativos, de vinculación económica sobre todo. Mas no veo yo revelarse en la "postguerra" aquella preclara virtud de sacrificio personal que distingue y fortalece a los grandes caudillos de las jornadas históricas, aquel darse en holocausto por algún ideal o alguna norma, y en contrario, descubro, principalmente en nuestra casa, la ruda arista del egoísmo mediocre y la dejadez sibarítica de los que renunciaron al mérito, como si hubiese algún conductor de humanidad, uno siquiera, sin esa virtud de saber, cuando ello se necesita, abandonar el yo para encarnar gloriosamente un pueblo, un partido o una estirpe.

Es la amistad sentimiento que ha venido muy a menos en los tiempos que corren. La explicación de ello es fácil, si paramos mientes en el predominio de que gozan el sistema y la mecánica en el mundo contemporáneo, tal como ocurre en las bellas artes y el gobierno de los hombres. La mutación, peyorativa desde luego, consiste en haberse trocado la que fue amistad de personas en amistad de función, amistad de espíritu a espíritu como la entendieron las generaciones antiguas, indeleble y heroica, en este vago sentimiento de camarada de trabajo, compañerismo de estudios, fugaz encuentro de viajes, fútiles presentaciones, etc., sin entrañas de deber ni vocación alguna de nobles sacrificios. Y ello constituye alarmante deterioro de una de las más proceras virtudes de la vida asociada, indeciblemente grata y útil.

También el amor, señor imperial si los hubo, vese ahora trastornado, y reducido en esencia. Un volumen requeriría el tratar de él adecuadamente. Diré sólo algunas breves palabras acerca de las peligrosas desviaciones que hoy sufre: Existe el amor ideal, que comprende el poético, el místico y aun la gentilísima amistad

amorosa; existe el estrictamente fisiológico, con su cohorte del ocasional, del "donjuanesco" o de meras curiosidad y vanidad sexuales, íntimamente relacionado con el impulso polígamo del hombre; y existe también el habitual, aquella dulce y benévola ternura que vemos en la senectud de esposos y de amantes, reclinatorio de flaquezas, disimulo de defectos, olvido de deslices, revaluación primordial, en fin, de recónditas adhesiones del alma, que superaron la veleidad traicionera y el arduo enigma. De esas tres modalidades de la esencia icástica del amor humano, la primera se derrumba por la fácil comunicación social de los sexos y la minoración de los valores afectivos, por la eliminación de la distancia ensoñadora y el anhelo. Contra la última militan rudamente la estulticia y el divorcio.

De ahí, pues, que hoy prevalezcan las variedades de la segunda especie amorosa.

Y porque así es, vemos que la poliandria y la poligamia de algunas sociedades primitivas vuelve a la plenitud de su vigor, sino que de espaciales que fueron mudáronse en temporales, es decir, que lo que antes ocurría bajo un mismo techo y a la vez, hogaño acontece en serie de sucesiones y vario sitio, así perdiendo el corazón lo que gana la epidermis y la dignidad lo que alocadamente malbaratan la premura del placer y sus señuelos.

El sentimiento religioso se ha mostrado siempre muy esquivo al análisis técnico, como que participa de varias fuentes, que se entrecruzan y confunden: la sentimental de su origen, la racional de su progreso y la abstrusa de sus reconditeces subconscientes e intuitivas. El "Popol Vuh", biblia rudimental de los Maya-Quiché, acierta al presuponer que los dioses ensayaron la formación de varias criaturas antes de lograr la que pudiera por sus dotes reconocer a su creador y reverenciarlo, pues parece que es de esencia humana el darse algún dios y a este dios tributar culto. Dios y sal son los alimentos, espiritual y físico respectivamente, de que el hombre nunca pudo antes prescindir en absoluto. No obstante este jui-

cio, cambios hubo y cambios se han presentado hoy día que requieren nuevo examen.

Razón y fe lucharon siempre. Cuando el politeísmo clásico se enfrentó con el progreso de la sabiduría helénica, la filosofía edificó para los hombres cultos de su edad el frágil albergue de sus lucubraciones. Siglos después los grandes señores del pensamiento medioeval cristiano, desde el egregio San Agustín hasta el ilustre Santo Tomás, ensayaron con triunfo vincular filosofía, religión y ciencia. Al crecer esta última en centurias posteriores, el trinomio se rompió nuevamente y volvió la filosofía, Bruno, Spinoza, Descartes etc,. a conducir el timón de la cultura. Sobre la religión y la filosofía estancadas luégo, el continuo avance de la ciencia les arrebató el comando, sin lograr, empero, reducir a nociones evidentes los enigmas del mundo. Y así, hoy asistimos a la derrota de estas madrinas del espíritu con un vaivén inane de preponderancia alterna, según sean plácidas o crueles las horas del destino. En dicho caos, la religión busca la ciencia y la ciencia asume actitudes filosóficas, sin hallar ninguna de las dos basamento para el derrotero de las generaciones en cierne. En mi humilde opinión, corresponde el turno a la filosofía, pero no a la tradicional, sino a un planeamiento total "ab initio" de la ontología y de la suprema escatología, del ser en sí y del destino.

Toda solución colateral sería inútil, y aunque nos asuste el nuevo viaje, es preciso regresar a Jonia y reemprender el arduo camino.

*

ALTERACION DE LAS INSTITUCIONES. — Familia, Sociedad y Estado son las tres magnas instituciones en que el hombre se desarrolla y vive. Otras hubo antes, como clan y tribu, y aun gremio y confesión o escuela, que ya se extinguieron o apenas subsisten tenuemente.

De las tres prenombradas, el Estado ha venido adquiriendo en este siglo XX abrumadora amplitud, hasta disminuír el espa-

cio legítimo de las otras dos entidades, y de algunas más, como la religión, la economía y las organizaciones partidarias, que, a lo menos en ciertos países, ahora casi absorbe en conjunto y sujeta a su interés exclusivo.

Y ya antes vimos cómo el ciudadano padece individualmente con ello una de las mayores disminuciones de su personalidad que la historia registra, y cuán grave es el quebranto espiritual y el moral agobio que por ello sufre.

A las veleidades del amor y a las estrecheces de la economía doméstica que ya de suyo tanto restringen hoy la estabilidad de la familia, la sociedad con sus crecientes exigencias de dilapidación, disipación y lujo, y el Estado, por otros motivos, más imperiosos aún, añaden implacable detrimento a la vieja solidez de su estructura y a la indiscutible bondad de sus funciones. Entre la sociedad, pues, concupiscente y frívola, y el Estado terriblemente ambicioso de poder y muy presuntuoso de sus modestas virtudes, no va quedando nada o punto menos que nada, de los fundamentos tradicionales de la familia, a mi ver irreemplazables para la educación moral, la formación del carácter, el desarrollo de los sentimientos, la estética, en fin, de la personalidad, y ese mundo prodigiosamente retributivo y noble de los afectos, sin el cual la vida pierde una de sus mejores esencias.

La sociedad, no ya en el sentido de entretenimiento y trato por que antes me referí a ella, sino en el de mancomunidad o congregación humana, fue, y sigue siendo, la estructura suprema para el surgimiento y la evolución del lenguaje, de la cultura y del espíritu. Sin ella, individuo, familia y Estado carecerían asimismo de soporte. Arte y ciencia suyos son, y la religión en mucha parte.

Su organización espontánea condujo, sin embargo, a graves injusticias en el reparto de las oportunidades de vivir y el goce de la vida. Formáronse clases desvalidas e individuos desventurados, a quienes la equidad no alcanzó nunca, al lado de otras y de otros disfrutadores de privilegios excesivos. Consecuentemente aparecieron la incuria y la delincuencia, de una parte, el abuso y la

crueldad, de otra, inseguridad y dolor en ambas, de que emanó el Estado, a modo de regulador equitativo, con sus varias modalidades de tipo patriarcal, de tipo caudillesco y de tipo democrático, en fin, más o menos acondicionados a la organización de tribus, imperios y repúblicas.

Empero también allí diose la iniquidad, por la que hubo luchas entre ese mismo Estado y la nación, o parte de la nación al menos, que pues a poco trecho se hizo parcial en su conducta o demasiado absorbente, totalitario, como hoy se dice. La democracia fue el intento de resolver estas peligrosas dificultades, y así la tuvimos en el orden político, en el social y el económico, y aun en el eclesiástico y el técnico. Con todo, no bastó ella. El problema retuvo incógnitas insolubles para su comportamiento y definitivo alcance, que son, precisamente, las que intentaré definir en este estudio.

Esa democracia pasó, en segundo término, a remediar el conflicto entre grandes y pequeñas naciones, combatiendo el imperialismo insufrible de aquella mediante la solidaridad defensiva de estotras, como actualmente ocurre en los proyectos de las asambleas de pueblos que funcionan en el mundo; y en tercer lugar, el más noble sin duda, a enfrentar definitivamente el nacionalismo estrecho, hirsuto a veces, con el universalismo ecuménico, que ya se esboza en el panorama de la historia futura.

También la religión, que por su inefable valor de santidad y enorme contenido de enigmas parecía inmune a estos vaivenes azarosos, ha experimentado, como ya dije, tormentosas sacudidas conceptuales y recibido rudos golpes en las entrañas mismas de su ser. El haber velado la divinidad y el demonio su presencia personal en el mundo ante los feroces ataques de la ciencia experimental y de la duda, la ha hecho languidecer y tímidamente refugiarse en el inaccesible foro interno y en esa magna pesadumbre de la angustia cósmica.

Requiere, por lo tanto, nuevo planteamiento de su misión augusta y de su esencia.

El centro de interés de todas estas instituciones es, naturalmente, el hombre. El hombre genéricamente concebido, o sea la humanidad conjunta, sujeto real de la historia y del espíritu. Individuos, sociedades y naciones son entidades efímeras que mal pueden aspirar a recibir el tributo indefectible de la vida en sí ni los valores esenciales de su ejercicio supremo. Mas he ahí que el hombre individual, por el gracioso don de conciencia que posee y la virtud de persona que adquirió en su atormentado devenir social, no se resigna a sólo ser parte inerte del rodaje humano, instrumento nada más o pelele de la familia, de la sociedad y del Estado. La existencia individual es también portento incomprensible y prodigiosa magnitud, cuya posesión el hombre no se somete a preterir como insignificante o inútil para su propio espíritu, ni a ello se sujetará nunca.

*

Civilizacion interina. — Ahora bien, lo que nos importa, y mucho nos incumbe, no es solamente el descubrir los trastornos parciales de nuestra civilización, pero hallar en ella el núcleo genitivo de todas sus perturbaciones, para no continuar podando ilusamente ramas de un árbol cuya enfermedad se aposenta en las raíces.

Y esa fuente radical de todos nuestros males no es otra que la interinidad de esta civilización incongruente en que vivimos.

De esa su perenne inconsistencia surgen los infortunios todos que nos impiden gozar de los bienes mismos que ella descubre, y es ella la que esos mismos bienes trueca en nuevo malestar y más apurado desorden.

Al substituir el hombre la ordenación de la naturaleza, estabilizada en grandes conjuntos a través de centenares y de millares de milenios, por el orden "inteligente" de su propia voluntad, se produce una armonía cautivadora y deslumbrante en la restringida agrupación en que ello acontece, mas un desorden lejano en

toda la amplitud del conjunto, como cuando destruímos algunas plantas, animales o fuentes para producir mejor otras o embellecer un sitio. Y ello así ocurre porque las adecuaciones de la naturaleza son de ritmo lento, mientras que las innovaciones del hombre, cuando no alocadas, son precipitadas y errátiles.

Enloquecido el hombre dentro de esta inestabilidad trágica y creciente, nuevas reformas concibe y nueva alteración causa, día a día hundiéndose más en el abismo de sus propias empresas y lucubraciones.

Y así vemos que cuando promulga alguna ley y de ésta se originan desequilibrios remotos, la corrige con dos o tres más, y ellas luégo con el doble suyo, en tal progresión que los legisladores no dan abasto ni los administradores o jueces logran abarcar el maremagno de sus normas.

Tanto así acaece en el juego de la economía, en que precios y salarios imitan la carrera de Aquiles y la tortuga, sin nivelarse nunca ni siquiera equilibrar someramente sus funciones; como también ocurre entre los tributos y los gastos de la hacienda pública, y en cuantas más actividades de esta índole se contemplen.

Las ciencias y las artes siguen este proceso de aceleración, y, si no yerra mi juicio, determinan por sus incesantes inventos y modificaciones de lo ya inventado, por su torrencial avance en técnica y aun en conceptos normativos, la máxima interinidad de la vida moderna, la locura del cambio y la locura peor de estar aguardando ese cambio indetenible.

Indetenible y funesto. En economía, v. gr., nada importan, o muy poco en verdad, los niveles altos o bajos del valor de las cosas, ni su escala de gradación, si la equivalencia resulta estable. En la organización del Estado, en la fundamentación de la fe religiosa, en la certidumbre del saber científico, la verdad en sí es inferior en bondadosos efectos al equilibrio de una adecuación perfecta, aunque sea errónea en sus fundamentos racionales últimos.

Ninguno de los grandes beneficios que la ciencia actual promete, ningún artefacto de los que la inventiva técnica produce, ninguna idea de las que la sabiduría contemporánea emite logra permanecer en vigor el tiempo necesario para armonizar su posible utilidad con las otras realidades existentes, engranar provechosamente en la vida común, y así, nosotros adquirimos por igual ese ritmo de entidad efímera, y vivimos en el mundo como en una posada de caminos, inquietos e inconformes, angustiados por la fuga constante de los seres y las cosas, de las ideas mismas y los sentimientos.

En tal ciclón de mutaciones, la filosofía no puede cimentar ningún sistema;

la religión tiene que cambiar frecuentemente su hermenéutica escrituraria y el alcance de sus dogmas;

la moral, despreciado su fundamento de convivencia social, tórnase comedia de embustes;

los partidos políticos se disuelven ideológicamente y pierden su fuerza normativa;

las huelgas de reajuste tienen que sucederse cotidianamente para proseguir su inacabable tarea de Penélope.

Y por tales motivos y razones, la sociedad se transforma en mero grupo de aluvión; el hogar se convierte en hostería de aventureros transeúntes; el Estado abandona su rumbo histórico; el individuo, remate el más infortunado de esta serie, acaba por ser un asteroide insignificante, desorbitado y triste.

Interinidad, interinidad: he ahí el origen de este caos insoportable ya del mundo.

*

El mito ya lo decia. — Más de treinta siglos hace que los griegos simbolizaron en Cronos, el tiempo, la irremisible función de devorar a sus criaturas , y apenas hoy vislumbramos los modernos el recóndito porqué de ese mito oscuro. La sutil intuición del hombre primitivo descubrió prontamente que cuanto nace del tiempo en el tiempo muere, sino los dioses, que su fantasía forjó para conjurar ese inapelable veredicto del Fatum.

De entonces acá el hombre continuó angustiadamente midiendo el curso de sus días, más y más atropellado y presuroso según iban creciendo el espacio de sus actividades y la amplitud del dominio interior de su espíritu. La evolución de los relojes historia paso a paso el proceso ecuacional de estas dos magnitudes, con el precioso aditamento de que señala a la vez las consecuencias suyas en el ánimo introspectivo de los seres humanos, en ese sentido y ese sentimiento de precariedad que les imprime el incesante recorte de su vida.

Y así vemos que el hombre primitivo calculó sus horas y sus años por la lenta rotación del sol y las constelaciones, como criatura humana que fue de las cosas naturales y calladamente sumisa a su destino ignoto. Cuando hallóse ya dominador de una parte de la naturaleza ambiente, en cunto agricultor y navegante, v. gr., inventó los primeros relojes de sol, que le capacitaron para medir el día con relativa exactitud, Achaz de Judea, Beroso de Babilonia, Anaximandro de Mileto etc., del 740 al 580 antes de Cristo. Vinieron luégo los relojes de arena y las clepsidras para extender esa medición al curso de la noche, cuando fue ello útil a las artes, como en Egipto, o a la especulación mental de Grecia, pues sabemos que Platón trató de mejorar su rudimentario funcionamiento.

Mas he ahí que un día los hombres halláronse frente a frente con la angustia de un próximo fin de su existencia, allá por el ocaso del siglo X, cuando toda la cristiandad esperaba la extinción total del mundo. El tiempo cobró así inusitado valor, y los corazones temblaron al ritmo silencioso de las horas fugitivas. Era necesario contarlas una a una, avariciosamente, por saborear un poco más siquiera la dulcedumbre de su presencia efímera, y así surgió el reloj de torre, que Gerberto de Aurillac puso por primera vez en la catedral de Magdeburgo.

Ese mismo reloj que luégo aquilató sus virtudes durante la segunda Edad Media, y fue melodía en los "carillones" de Flandes, plegaria en los conventos, orden de guardia o de labor en los castillos, vigilante insomne de los obreros agremiados, compañero apacible ya de todo ese mundo medioeval europeo, gregario y místico.

Signo de mancomunidad y de quietud, desde la graciosa espadaña de los templos aldeanos, el tañido melodioso de sus campanas arropaba el pueblo, rebotaba en las colinas, se dormía temblando en la oquedad del valle. En la culminación de su estilo aún le vemos en el Big Ben de Londres, anunciar la hora del meridiano de Greenwich a la inmensa urbe y al imperio planetario de Albión, o artísticamente reducido, en su forma mural llamada de Westminster, le hallamos todavía, pausado y sonoro, presidiendo en los hogares felices la mansedumbre de las inmutables emociones de la familia patriarcal y el acordado ritmo de sus normas.

Hacia mil quinientos triunfa la rebelión de la conciencia individual, que quiere ser persona libre en la conducta de su espíritu, y se inicia la revolución económica burguesa, y con esa rebelión y esta revolución aparece, por obra de Pedro Henlein de Nuremberga, el reloj de bolsillo, que al hombre así individuado y ya para siempre solo, había de medir el tiempo con autonomía del orden común.

Sino que ese hombre emprenderá ahora circunvalar el planeta, escudriñar la esfera celeste, rendir a su imperio absoluto los reinos de la vida, recorrer los rumbos de la realidad y de la idealidad, erguirse, en fin, como señor del espacio inmenso, sin mirar y ver que el tiempo se le encoge hasta ese límite de fugacidad y levedad que marca el reloj de pulsera que hoy usa, ese como diablillo admonitor que a toda hora parece que se extingue en su rápido pespunte de segundos, en su hilito fugaz de vida, como la vida afanada y fugaz de su dueño.

Conforma todo esto con la conciencia del día cuando fríamente ella persuade que lo que se gana en intensidad se pierde en extensión, que es decir lo que acontece a nuestra vida alocada y tumultuosa, en que el espacio de nuestro ser, al multiplicar y dilatar sus actividades, restringe el tiempo, así enlazando, para noso-

tros trágicamente, el inquietante teorema de Einstein con el viejo mito de Cronos.

*

El remedio posible. — Refrenar el ritmo acelerado del progreso.

Muchos pensadores contemporáneos dudan de la efectividad del progreso. No yo. Los britones de Boadicea no pueden compararse con los británicos de la Reina Victoria; los galos de Vercingetórige están muy lejos de los franceses de Hipólito Taine, Luis Pasteur, Renán o Bergson; los Cromagnones de España quedan muy distantes de Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León y Miguel de Cervantes Saavedra; la Cundinamarca de Nemequene no puede medirse con la Colombia de Rufino José Cuervo... El progreso existe en todos sus órdenes: De la Ilíada de Homero a los Diálogos Socráticos de Platón algo ha ocurrido; del Yahveh de las primeras épocas al Padre Nuestro de Cristo hay buen trecho espiritual, sin duda.

Mas una cosa es el progreso en sí y otra la adquirida aceleración del progreso, que anula, y aun invierte, los beneficios de los mismos bienes que el progreso consigue. Admitamos el advenimiento de las invenciones en cuanto su margen de bondad sea tan grande que supere con mucho el margen de desorden que suscitan las necesarias mudanzas que esas mismas invenciones aportan.

El hombre avanza hacia el pleno dominio de las fuerzas naturales, y sería indiscreto paralizar ese demiúrgico avance que pone en sus manos algunos atributos de la divinidad, y que le permitirá seguramente transformarse él mismo en una hipóstasis de Dios. Mas cortemos esta premura que reduce el progreso a mero cambio, sin reposo suficiente para disfrutar el bien de sus adquisiciones.

Sólo que ese refrenar del ritmo dañosamente acelerado del progreso no puede cumplirse sin restringir también el crecimiento de la población humana.

No porque hayamos superado la posibilidad de alimentar la existente, como ya se alegaba en los tiempos de Cristo, cuando era aún escasa la población de América, Europa y Oceanía, y a fines del siglo XVIII, según la impresionante declaración de Malthus, abundantemente contradicha por los hechos. No: el planeta puede producir para el mantenimiento de una población triple, y aun cuádruple si se lo demandamos técnicamente. Mas, ¿por cuánto tiempo? ¿Y de qué calidad al fin y al cabo? ¿Y para qué, sobre todo?

Los suelos agrícolas se empobrecen, se destruyen los bosques, merman las aguas corrientes, se trastornan las lluvias y aun la biológica rotación del oxígeno. Cada hora botamos al mar miles de toneladas de materias fecundas, sin reemplazo posible. Ahora bien, aumentando estos derroches de nuestra incuria suicida, de nuestra loca ceguedad, las enfermedades por carencia, y sus congéneres las degenerativas, prosperarían catastróficamente. La fragilidad del terreno fisiológico, núcleo de toda la patología animal y vegetal, que no los microbios que tan abundantemente descubrimos hoy y tratamos, se enseñorearía del hombre y acabaría con su especie.

Los dos mil millones de seres humanos que existen son ya suficientes para todas las aspiraciones de la vida y del espíritu. El precepto bíblico de "creced y multiplicaos" se cumplió hace mucho, y ya no obliga. Mejor sería sostener esos tantos millones holgadamente que seguir fundando urbes colosales, donde toda incomodidad tiene su asiento y tiene oportunidad toda restricción; naciones ferozmente rivales y espantosamente crueles; nuevas generaciones, en fin, que tengan que abrirse su espacio vital a dentelladas, con robo y asesinato, con violación y villanías inclusive.

Mejor que lleguen en adecuada proporción a ocupar el puesto libre y noble que vayan dejando sus padres, con amplitud económica para las tareas del alma, con sosiego para el goce leal de la vida, con creciente vigor para enaltecer la estirpe.

Un censo decenal permitiría establecer las cuotas de nacimientos apetecibles, conforme a la tasa de las defunciones y a los recursos vitales del ambiente. La medicina y la higiene podrían ordenar el ritmo de ese funcionamiento vegetativo y adecuarlo al bien público, para que la nación no fuera defraudada por los imprevisores, los indeseables y los locos.

Tal como marchan hoy las cosas, duplicándose la población cada dos o tres generaciones, no habrá nunca techo suficiente que las abrigue, alimentos que las nutran, vestidos que las protejan, escuelas, colegios y universidades que las eduquen, empleo que les permita ganarse el sustento, distracciones que les alivien de la fatiga natural del ánimo; y el hambre continuará, continuarán el dolor y la amargura, el resentimiento, las guerras y el delito... Y los escépticos o los puritanos que se opongan al único remedio radical que existe, llorarán algún día contra los desolados muros de la nueva Sion esta obscuración de su alma.

*

¿ACTITUD INCONGRUENTE ACASO? — A la hora en que todos renegamos de la excesiva sistematización del mundo y de la insoportable intervención del Estado en todas las cosas y muy particularmente en las que atañen a nuestra libertad civil, y nuestra dignidad íntima, aparecer yo proponiendo la máxima coerción posible en las funciones supremas del amor y de la vida, es actitud al parecer alocada e incongruente. ¿Acaso no he predicado en este mismo estudio que el equilibrio de la naturaleza es más amplio, y más estable en consecuencia?

Sí. Pero como ya el hombre rompió esa gradación natural de los seres y la vida apoderándose del mundo y destruyendo lo que no coincide con el imperio de su estirpe, y él mismo se encuentra hoy día abocado a eliminarse en lucha interna por el dominio de ese mundo, ha llegado la ocasión de extremar el ejercicio de sus propias armas para salir del rincón murado en que se encuentra.

No se ocultan las tremendas dificultades que acarrearía la implantación de mi proyecto, fuera de las anotadas anteriormente con relación a la libertad y a la dignidad de nuestros más caros sentimientos. En primer lugar, la de su aplicación práctica en poblaciones ignaras y dispersas, al margen de toda civilización urbana asequible, o demasiado pobres para el relativo costo de la respectiva profilaxis, por donde pudiera ocurrir la proliferación de los menos aptos para la vida o la cultura, y de tal modo obtener todo lo contrario del resultado apetecible.

En segundo término, no menos deplorable aun y peligroso, la de aquellas naciones que tienen por norma existencial suprema el reproducirse copiosamente, como los semitas, los negros, los indúes y los chinos, media humanidad con poco más o menos, y que son libres de hacer lo que gusten allí en las regiones autónomas que habitan.

Ni es menor la que consiste en la actual distribución del poblamiento humano, por cuanto en ciertos países sobra la gente y falta en otros, como, digamos, Argentina y Bélgica, Italia y Canadá, Australia e Inglaterra, Alemania y Brasil.

Tampoco no sería menuda empresa el determinar quién habría de iniciar el duro trance y asumir los gravísimos tropiezos de un ensayo de esta índole.

A todo ello respondo que más apuradas revoluciones llevó adelante el hombre, como la imposición social del cristianismo, la supresión de la esclavitud, el triunfo universal de la democracia, la liberación de la conciencia individual, el imperio de la higiene en dilatadas zonas silvestres, es decir, cuantas obras consideró en un instante dado ineludibles para su dignidad o su existencia.

Ni es tan depresiva la exigencia de regular para todos lo que la mayoría de los civilizados practica hoy fácil, alegre y espontáneamente. Limitar los hijos de cada hombre y cada mujer a tres o cuatro, según las regiones que técnicamente se estudien, es aplicar con justicia distributiva lo que ocurre normalmente "dentro" del matrimonio en casi todo el mundo civilizado.

Iniciarlo... pues ya lo iniciaron aquellos pueblos que así lo necesitan.

Y en cuanto a imponerlo a los que por religión, incuria, costumbre o libídine quieran rehuírlo, de ello se encargarán la miseria propia y el contagio ineludible del bien ajeno, la lenta sensatez del tiempo y una que otra restricción defensiva de la intercomunicación universal, como la de impedirles todo movimiento migratorio, toda expansión comercial externa y todo estímulo técnico de su proliferación vegetativa.

Los desniveles nacionales del poblamiento actual del mundo, en cuanto corresponde a los países más civilizados, podrían enmendarse un poco mediante arreglos bilaterales de inmigración acompasada y oportuna, como ya lo han convenido entre sí algunos de esos pueblos.

Lo que con esta restricción se busca es la tregua indispensable para que los humanos y la naturaleza recíprocamente se amolden a sus propios recursos de convivencia, la estable armonía o adecuación de sus relaciones, y salvar así esta carrera de obstáculos en que lo que ayer se resolvió hoy se modifica, y lo que hoy sirve estorbará mañana, sin término posible ni reposo.

Y abrir cuenta generosa a los negocios del alma, que ya no disfrutan del espacio vital que les corresponde, arrinconados y casi proscritos por la implacable voracidad de los económicos, los sensuales y los superfluos de mera tramitación o reglamento en en que actualmente se diluye y se consume nuestra vida.

*

Cultura y responsabilidad historica. — Con ocasión de otros estudios acerca de la sociología en general expuse la teoría de los espacios que require toda cultura nacional autóctona para surgir y ser útil: espacio étnico, geográfico, económico, político etc., olvidando entonces la enunciación de la "responsabilidad histórica" como causa excitante primordial de toda gran cultura.

Es lo que fácilmente se observa al contemplar el surgimiento de preciosas culturas regionales en pueblos de pequeña magnitud de población y diminuto territorio patrio, como los Estados-urbes de Italia y Grecia, las naciones holandesa y lusitana, cuando tuvieron la gerencia espiritual de vastos dominios; y el sucesivo desalojamiento del meridiano cultural hacia los pueblos que han venido heredando la rectoría espiritual del mundo: España, Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y Rusia, por ejemplo.

Exactamente como ocurrió en los grandes imperios de la antigüedad.

A veces este acontecer histórico es muy confuso. Una región de feracidad exuberante como la isla de Java, que puede alimentar cuarenta y cinco millones de seres humanos en ciento veinticuatro mil kilómetros cuadrados de territorio, nada crea en achaques de cultura, en tanto que otra diminuta y estéril como la Palestina de los hebreos asombra el mundo con el prodigio de su aportación cultural. Es asunto de posición en mucha parte. Pero es también resultante de haber ésta asumido la representación histórica de los desheredados de la tierra, víctima resentida y eternamente inconforme de los imperios que la mantuvieron emparedada en perenne esclavitud o sujeción disimulada al menos. Y así, ella es el grito de los infortunados del mundo, y aún sigue siéndolo en la rebeldía insomne de sus hijos dispersos, que en la pobreza suelen ser apóstoles del ideal y el profetismo, y en la holgura, banqueros de garra temible, vidicativa y hábil. Es como si ese grupo de Israel encarnase la "responsabilidad histórica" de todos los derrotados del mundo.

Esa responsabilidad apareció en nosotros durante los días fugaces de la Gran Colombia, y de ahí que entonces iniciáramos con resultados halagüeños la creación de una cultura propia. Tuvimos la epopeya de magnas proporciones, y ya sabemos que los fastos gloriosos constituyen el pedestal de toda gran cultura naciente. Tuvimos los primeros arranques de una poesía egregia, que con Bello y Olmedo cobró altura eminentísima, y ya sabemos

también que ésta sigue a la otra en la gradación histórica de los hechos culturales. La oratoria política y la militar, de Bolívar sobre todo, tuvieron afortunados acentos. El periodismo comenzó a organizar la opinión pública y esa cultura naciente con voceros suyos de la meritísima índole de El Semanario de Caldas, La Gaceta de Cundinamarca y El Correo del Orinoco etc., que desafiaron dificultades agobiadoras a veces. Dimos normas y realizamos actos de derecho internacional que aun hoy perduran sobresalientes. Sostuvimos la democracia con leyes y administraciones de tenor civil, acrisolado y firme, ejemplarmente fecundo en toda la América cuando ese civismo y esa democracia padecieron graves asechanzas y efectivo menoscabo a veces. Surgió la historia. Y aun la ciencia, difícil producto de la plena madurez de las culturas, asomó su gentilísima presencia en los discípulos y continuadores de la Expedición Botánica y estuvo a punto de organizar la ardua labor de las investigaciones originales.

Actuaba en nosotros el sino de la responsabilidad histórica. Nuestra posición geográfica dentro de la América Latina en trance de emancipación; la tradición jurídica de nuestros conquistadores y posteriores gobernantes de la Colonia; la mayor uniformidad de nuestros pueblos en lengua, religión y costumbres; la audacia mayor de nuestros próceres, etc., así lo determinaron y así se hizo.

Desventuradamente esos mismos próceres de aquella augusta creación la agostaron en cierne, y lo que pudo ser hazaña histórica es hoy apenas el dulce sueño y el símbolo de un día fugaz que se apagó en eclipse.

Permanece, sin embargo, el símbolo. Y a él debemos acogernos cada vez que el infortunio nos hiera o cada vez que alguna empresa heroica reclame de nosotros actitud enhiesta y firme.

¡Hoy, por ejemplo!

Gravemente deprimida la cultura eurasiática en que hemos vivido, agotado al parecer el venero de sus máximas creaciones, América debe atender al reclamo urgente de laborar la nueva gesta del espíritu, de iniciar el curso de otra cultura. Es, además, misión ineludible de todo Continente, esa de expresarse en la interpretación del mundo, de la vida y del destino.

Y dentro de ese Continente está ubicada Colombia. ¿Cómo pues, desoír la voz indeclinable del espíritu? ¿Cómo desoírla, si sabemos también que sólo tienen historia los pueblos realmente formadores de cultura?

Fuera de que recibirla prestada de otras naciones, a más de humilde, es peligrosa posición moral, porque esa cultura foránea, y ya esto nos sucede en mucha parte, como que surge de otra índole, encarna otro anhelo y busca rumbo diferente de la índole, el anhelo y el rumbo de nuestra estirpe, será en nosotros híbrida, infecunda por ende, perturbadora de la expresión espontánea del espíritu nacional propio y aún dislocadora de su genuina conducta.

*

Responsabilidad y personalidad.—Inicióse la cultura eurasiática con muy afanosa búsqueda de la personalidad, y puede decirse que a los principios venció batallas de primera magnitud en este asunto. Sócrates y sus continuadores, y aun antes, los sofistas más sutiles, Protágoras por ejemplo, centraron en el hombre, en el hombre espiritual se entiende, todo el ahinco de su lucubración y su dialéctica. A lo menos para su gente helena y la noble clase de los eupátridas, quedó perdurablemente firme la noción de persona y la autonomía de su fuero íntimo.

Correspondió luégo a los cristianos extender este don supremo a los desvalidos y los siervos, aun a los esclavos y seres más humildes de la especie, bajo el palio de Dios Padre y la gracia del Espíritu; y a Roma, en fin, por ministerio de Caracalla, elevar a estatuto jurídico la universalidad de esta ley en la potestad civil de la ciudadanía para todos los habitantes del Imperio.

Con esto, y después acá, la cultura pudo acrisolar los méritos del hombre y subirlo a cumbres de estima que casi tocaron los

portales de Dios, como ocurre en la taumaturgia de los santos y la infalibilidad de los máximos pastores de la grey, y hasta en las fábulas de hechiceros y alquimistas, que aún hoy subsisten. En el orden político, la primera revolución inglesa del siglo XIII, la emancipadora de Estados Unidos y la de Francia, caótica y fecunda a la vez, definieron las normas y las sentaron perdurablemente en el trono social de nuestras instituciones.

Mas ello es que al desembocar aquella cultura eurasiática en la calamitosa traílla de restricciones de la persona a que hoy asistimos, el ánimo acongojado del historiador y del sociólogo se pregunta si no hubo fraude moral en el descarrío de este proceso de liberación y de dignificación del hombre, y si, a lo menos, no es justo decir que tal cultura, en ese su máximo sentido histórico, fue frustránea en sí y engañosa en sus consecuencias finales.

Ahora surge, no sólo esa restricción de la personalidad, sino su escondite en algunas funciones públicas o semi-públicas de muy peligroso carácter a veces.

La mayor gravedad de este hecho nace de que personalidad, libertad, dignidad y responsabilidad son tetraedro moral indisoluble, suyas facetas no se pueden desunir sin destruírlo totalmente. Aún más, que si en su conjunto substantivo producen acrecimiento extraordinario de las potencias intelectivas y volitivas del hombre, como ya lo dije de las naciones respecto de la adquisición de su magnitud histórica, en su eclipse prosperan la incuria abominable y el dolo.

Con la fuga de la responsabilidad primordialmente.

Insisto en declarar esta tesis, porque mucho me impresiona la tendencia contemporánea de la cultura a favorecer el anónimo en los actos fundamentales de su ejercicio social, político sobre todo. Por algo es ésta la edad de las sociedades colectivas, de las juntas generales y de los congresos de toda índole.

El principio en sí es útil, pero entraña letales consecuencias para muchas de sus aplicaciones. En estos grupos colegiados nadie responde nominativamente ni ante la historia ni ante la opinión

pública, los dos notarios supremos de la honestidad de nuestros actos. Leyes del congreso, ordenanzas departamentales, acuerdos de cabildo, resoluciones de juntas directivas, órdenes de sindicatos...pueden y suelen encarnar ocultos pensamientos, que sólo su curso ejecutivo pondrá de relieve, cuando ya nadie acertaría a decirnos de quienes emanaron personalmente, y a quienes, por lo tanto, deberíamos repudiar luégo como administradores del bien público. Ocurrido el daño, abominable a veces, no sabemos hoy a quien imputar su origen, ni sabemos quien ha de resarcirnos de él, ni cómo eludir su aciaga repetición. Anonimia e irresponsabilidad son, pues, hermanas gemelas que recíprocamente se encubren los deslices. De ahí que sea necesario el que toda ley, toda ordenanza, todo acuerdo y aun las resoluciones administrativas de las juntas generales de negocios, lleven debajo de su título el nombre de su autor intelectual, a la manera como en la Suprema Corte se estila mencianar al respectivo "magistrado ponente".

Porque los altos cuerpos políticos colegiados no tienen otro tribunal de cuentas que esos que nombré de la opinión pública en el espacio y de la historia en el tiempo, y no podemos admitir, ni debemos admitirlo, que la inmensa personalidad jurídica de sus miembros carezca de responsabilidad visible. Ni patrocinar alocadamente, como sucede hoy, que haya personería para ordenar una huelga y ausencia de persona responsable cuando esa huelga quebrante la ley, destruya los haberes públicos y privados, hiera o mate al prójimo.

El día en que los miembros de tales cuerpos colegiados tengan que responder con su propio prestigio o su fortuna de la honestidad de sus actos dentro de la corporación, existirán sin duda, como existieron siempre, hechos dolosos y proclives intenciones, mas no tan abundantes ni tan descaradamente impunes. Como el día y la hora en que los sindicatos tengan que vigilar la conducta de sus asociados en huelga y responder de sus fechorías anónimas, ¡ah pocos vidrios rotos que veríamos en estas calles de Dios, y cuán bello certamen de cultura el que presentarían sus huestes!

Personalidad e irresponsabilidad se excluyen.

Porque personalidad, responsabilidad, dignidad y libertad apenas son caras distintas de ese tetraedro moral del espíritu de que hablé antes, y que otra vez nombro para concluir con alguna enseñanza de tono menor esta serie de notas, cuya terminación ya de suyo discretamente se impone.

CAPITULO II

EL SENTIDO DE LA HISTORIA

Teorias e Hipotesis. — Este somero examen de la vida contemporánea me conduce lógicamente, y como de la mano, a inquirir cuáles son o cuáles, a lo menos, pudieran ser, las causas que determinan la historia del hombre, por ver si en ellas consiste el trastorno en que hoy se encuentra el mundo o, al contrario, si es que nos hemos desviado de su cauce normativo y eficiente.

Iniciar, pues, una breve excursión por los dominios de eso que suele decirse filosofía de la historia.

Lo que no es ciertamente fácil, ya que abunda en varias, y a las veces, muy sutiles opiniones, y en no pocas contradicciones asimismo. En este momento, v. gr., me vienen a la memoria las dos célebres nomenclaturas que hicieron de las principales épocas de la humanidad Varrón de Narbona y Juan Bautista Vico, y pienso que pueden servirme de punto de partida para algún esclarecimiento de este arduo tema.

Dice Vico que la historia humana ha pasado por tres épocas o edades, a saber: la de los dioses, la de los héroes y la del hombre común, en fin; mientras que el narbonense, diez y ocho siglos antes, ya la había dividido técnicamente en tiempos oscuros, tiempos fabulosos y tiempos históricos, muy conforme, sin duda, con lo que hoy admite la ciencia. ¿Cómo, pues, fue ello posible que el padre de la filosofía de la historia, según se ha llamado a Vico, se mostrase tan inferior en este asunto a un escritor latino de casi dos milenios atrás?

Pues no se asombre de ello usted, señor lector, que aun nosotros los hombres cultos de este siglo y de esta hora propugnamos iguales opiniones, sin saberlo, es verdad, pero sin disculpa también, porque las damos de muy conscientes de nuestra sabihondez

y de muy peritos en esos achaques de historia. Tome usted y revise la narración del Paraíso adámico y hallará la época de los dioses; compulse con los titanes y los héroes de la Hélade la vida de los patriarcas bíblicos, y de algunos de sus grandes campeones, como Adán, Noé, Matusalén, Sansón, David etc., y comprenderá que esa sigue siendo la edad heroica de todas las mitologías; descienda a la historiografía normal y se encontrará al fin entre los hombres.

Y no deja de ser cautivadoramente impresionante el que el heroísmo hebreo estribe sobre todo en la longevidad, mientras que el de otras naciones se fundamente en la acción, y que el uno se condicione en la sujeción a Dios, en tanto que el otro aparezca casi siempre como tremenda rebeldía para con los dioses o el destino.

Por otra parte, esto parece haber sido tendencia irrevocable del hombre en todas las edades suyas, ya que lo observamos en el ciclo de Agamenón, para la Grecia homérica, en el de Rama para la India, ciclo de Noah y de la Torre de Shinar o de Babel en Babilonia, y aun en los americanos aborígenes de Quelzalcoatl, Manco Cápac y Bochica. Los Amautta-Kuna del Perú trazaron la misma división de Vico, diciendo que primero hubo los seres divinos (Wari-Wiracocha-Runa), luégo los gigantes (Wari-Runa) y al fin los hombres (Purun-Runa).

Es que los pueblos todos tienden a hacer del héroe un intermediario entre Dios y el hombre común, a veces mezclando a la trama apoteósica buen golpe de hechicerías, pero con tal similitud de rumbos a través de todas las edades de la civilización que muchas ocasiones me ha retenido el desciframiento de su frecuente ocurrencia histórica. Compare usted, señor lector, el ciclo heroico-legendario del Rey Arturo y sus caballeros de la Mesa Redonda, Lancelote o Lazarote del Lago, Tristán de Leonís, Parsifal (Perceval o Perlesvaus, propiamente) con su homólogo de los Nibelungos, que trueca a Atila en Etzel o Atli, a Godomar de Borgoña en Gunther, a su ilustre paisano Segerio en el magnífico Sigurd o Sigfrido, a Teodorico de Verona en el Dietrich de Berna, enlazando los dos ciclos con el emblemático caballero Lohengrin, en la poética fábula de que fue hijo de Perceval.

El ciclo de Carlo Magno y sus doce pares tiene con el ciclo de Napoleón preciosos puntos de contacto espiritual, en que lo verdadero y lo mítico se tocan para adquirir valor simbólico muy impresionante. Don Roldán (o Hruodlant), Oliveros, Oger y Reinaldos emparientan moralmente con Ney, Berthier, Murat, Massena, Bernadotte y Soult etc., así encarnando en lo histórico contemporáneo la poemática ficción o semificción de otros siglos.

Ni se queda atrás en esta gesta nuestra estirpe española, pues el ciclo heroico-libertador del Cid resurge en el grandioso ciclo de Bolívar, con personajes de la altura hazañosa de Páez, de Córdova y de Sucre, que no desdicen de los más enhiestos del mundo.

Tenía, pues, razón Vico en conservar ese disparate de su antitécnica clasificación de las edades históricas del hombre.

Sin que esto signifique que Varrón de Narbona no estuviese en lo justo. Su fórmula es impecable a la luz de nuestro criterio actual, y con ella se vinculan las múltiples interpretaciones que hoy tenemos del devenir histórico y sus normas.

Cuando el padre de la sociología, Augusto Comte, emprende la revisión de este negocio, su esquema reproduce en otra forma la definición del narbonense, puesto que encasilla las edades del hombre en tres grupos, la religiosa, la metafísica y la técnica, o positiva, como él dice.

Pero las interpretaciones abundan.

Y por cierto que las tenemos de toda índole, religiosas, filosóficas, científicas y aun meramente fantásticas, o alocadas e incongruentes. Es que el hombre nunca ha descuidado la meditación de este tema, como que siempre le tuvo en el primer plano de su curiosidad mental y de su más grave inquietud.

¿Qué mueve el curso de la historia , qué influye en el hacimiento de las sociedades humanas y en la organización de su cultura?

Por ver de hallar algún entendimiento de tales cuestiones, ya que su esclarecimiento cabal es muy difícil, he coordinado en once especies la interpretación que de ellas han hecho los más conspicuos tratadistas de varias épocas.

Desde luego, la primera que surge en el orden cronológico del pensamiento es la religiosa. Se atribuye su paternidad eminente a San Agustín, y a Bossuet su apadrinamiento mayor. Sin embargo, otros hubo que la promulgaron con notoria vehemencia, como el monje medioeval Joaquín de Fiore y el mismo Johann Gottfrierd Herder, amigo de Goethe y autor de una célebre Filosofía de la Historia, pues sostuvo que la Providencia mantiene el "plan unitario" que siguen las naciones en su armonioso desenvolvimiento vegetativo, en su unidad biològica, por decirlo así, y aun más recientemente, profesores tan eruditos como Theodor Haecker, Reinhold Niebuhr y Arnold J. Toynbee proclaman ese providencialismo histórico.

Ni ¿cómo olvidar que esta idea surge implícita o explícitamente anotada en todos los textos primitivos y contemporáneos que exponen la creación providencial del mundo? Hesíodo y Moisés tendrían que figurar a la cabeza de este concepto, y aun más remotamente, los ignotos forjadores de esta tesis que hubo en Egipto y en Caldea, o en Babilonia, sobre todo, y en no importa cuál otro pueblo de los prehistóricos o ahistóricos que existieron y existen.

Entre sí las religiones se disputan violentamente la posesión de esta certidumbre conceptual y con frecuencia se acriminan de fraude unas a otras, Ello carece de importancia eliminatoria, porque si bien históricamente considerada toda religión verdadera es o fue en el momento de su génesis una herejía triunfante, en su conjunto poseen el denominador común de la común religiosidad que las engendra y sostiene, y así, esta concepción del origen y de los fundamentos de la historia puede considerarse punto menos que universal de suyo y sentimentalmente irrefutable, o inconmovible al menos.

La tesis filosófica corresponde indudablemente a Hegel, su expositor sistemático más profundo. Constituye la columna vertebral de su "panlogismo" como hoy se le designa, por cuanto es armazón puramente mental, y sólo mental tal vez, ya que difícilmente pudiera acoplarse con los hechos. Razón que sale de sí misma, se objetiva particularmente y vuelve a sí sintetizada en lo Absoluto, realizando en su periplo la razón individual, la libertad y la justicia.

Filósofo del Estado —por el Estado y para el Estado a la vez — Hegel presume que en la Alemania de su época había culminado ya la evolución del Espíritu, sin cuidarse poco ni mucho de la situación de ese espíritu en otras partes, y sin advertir que aquel Estado por a. o por b., en si o a través de personas que intensamente lo encarnaron, como Augusto de Roma, Felipe II de España , Luis XIV de Francia, Cromwell de Inglaterra, y aun entre nosotros los gobernantes que aspiraron a robustecerlo en grado sumo, al modo de Diego José Portales de Chile o de Rafael Núnez en Colombia, ya había obtenido plenitud de imperio en todas sus funciones y en muchas más que asumió coercitivamente. Y de haber vivido hasta hoy, visto hubiera también el tratamiento que a esa Libertad y esa Justicia de su propia manifestada esencia dio el Estado alemán una centuria después, por la boca diligentísima de Goebbels, uno de los hombres más demoníacamente hábiles que tuvo el siglo XX, y por los hechos terríficos de su capitán, el autónomo Hitler.

Otro tanto, aunque en escala menor, podríamos decir de algunos precursores del nazismo, J. G. Droysen y H. von Treitschke, por ejemplo, que quizás se asustarían hoy de ver los frutos lejanos de su predicación docente.

Y sin embargo... comoquiera que el Estado, apesar de aquellos casos remotos que fueron otrora reducidos a silencio y superados después, y a pesar, asimismo, del emocionante fracaso del germanismo posterior, continúa ampliando el radio de sus operaciones, acreciendo su potencia íntima y extendiendo las nuevas

normas de su vasallaje por el mundo, máxime en las naciones que a sí mismas se tuvieron por las más democráticas y cultas, algo de intrínseca verdad debe de haber en ese postulado de Hegel. Porque a este predominio despótico del Estado recurren los sabios y los necios, los proletarios y los capitalistas, los escépticos de toda laya y aun los pontífices de algunas religiones vigentes.

A esta especie filosófica corresponden también las interpretaciones que del curso histórico de la humanidad han hecho los idealistas de toda índole, los panteístas sobre todo, y hasta los estoicos en mucha parte, sino que entremezclando tan frecuentemente sus lucubraciones filosóficas con principios de religión que los hacen confusos y me eximen de considerarlos en escalafón aparte.

En orden lógico, y por contraposición, me viene ahora a las mientes la idea de muchos, Voltaire, digamos, de que es el azar, el mero azar de las "fuerzas naturales", lo que rige los destinos del hombre y su rumbo histórico por ende. Es mucho decir y es no decir nada, pues que es eso mismo lo que se intenta dilucidar, el cómo del seno de la ceguedad arcana ha podido nacer un mundo de conciencia y de espíritu.

Otros pensadores que han ahondado más en la materia, Comte, Stuart Mill, Spencer, Taine, Quetelet y Buckle, por ejemplo, rehuyen esta actitud de efugio que la voz "azar" encierra en su propia indeterminación, y adhieren a la hipótesis de que el acontecer humano, como las sociedades y pueblos que en él se constituyen, son el producto de las mismas causas naturales que rigen los demás fenómenos de la creación, los organizan en armonía de magnitudes y potencias, sin necesidad de influjo foráneo ni de voluntad inteligente alguna. A mí poco me seduce esta terminología de la "causalidad", y adelante diré cómo pudiera concebirse en otra forma que no entrañe un "actuar", una "operación" que los fenómenos determine y ajuste.

Francisco Guicciardini, que con Maquiavelo inicia la historiografía moderna, concibió la historia de cada pueblo como hecho singular, anticipadamente oponiéndose al ciclismo rotatorio de su conterráneo Vico y al ciclismo cultural de Spengler. Esta singularidad no encaja bien con lo que Hegel llamaba el "Geistzeit" o sea el espíritu de los tiempos, ni con la similitud de recorrido que hacen todas las naciones para la adquisición de su entidad y su cultura, que no parece sino que unas a otras inconscientemente se plagian y repiten.

Es pensamiento un poco romántico que por coincidencia me sugiere la actitud de Juan Jacobo Rousseau, quien, llevado sin duda de las ingenuas versiones que del mundo aborigen americano circulaban por Europa entonces, remotamente emanadas de las que Las Casas y Colón emitieron antes, opinó que no había progreso sino deterioro moral en las sociedades cultas, y que el hombre primitivo era puro y bueno, conforme a la naturaleza. Negación, por tanto, de los atributos más nobles del progreso espiritual de la especie, e implícita condenación de la historia en sí; posición romántica y escéptica a un mismo tiempo que nadie prohijaría hoy formalmente, y que sólo permanece al estudio de las nuevas generaciones como episodio conceptual curioso y efímero. Romanticismo que otras épocas ya conocieron, según se deduce de las leyendas de una "edad dorada" en que el hombre vivió a los principios de su historia, abandonada luégo o primitivamente cancelada por los dioses. La literatura de todas las edades, comenzando por el Génesis, se hizo eco de estas concepciones románticas de la historia, y por los tiempos de Rousseau, o poco adelante, Chateaubriand y Bernardino de Saint-Pierre la enjoyaron con la labia de su estilo maestro. En este mismo suelo de América Juan Zorrilla de San Martín, Julio Arboleda y algunos otros obtuvieron triunfos resonantes de aquel romántico fontanar de la pureza aborigen.

De su lado, los ingenios adictos a las normas positivas de la ciencia han buscado la solución dentro del cuadro suyo, y así vemos cómo el ilustre Hipócrates trató de la influencia que el clima ejerce en las sociedades humanas, y nuestro prócer Francisco José de Caldas elaboró con este concepto juicios que aún perduran

como muy valedera aportación científica. En este campo es justo reconocer a J. Bodin, el insigne autor de la "República", primacía de visión por lo acertado de sus juicios y la época en que emitió sus opiniones, y al mismo Aristóteles, quien diez y nueve siglos antes que Bodin, y poco después que Hipócrates, asimismo entrevió el mérito de este influjo. Montesquieu, Michelet, Ellsworth y Buckle adoptaron también esta opinón, pero ella debe sus más técnicas explanaciones a la gente moderna, Peschel, Ratzel y Haushoffer en Alemania, Vidal de Blache en Francia, que sentaron las bases de la antropogeografía, que yo mismo investigué hace poco con relación a Colombia, y sobre todo, los interesantes estudios del norteamericano Huntingdon acerca del clima y la vegetación, y los que el ruso Tchijewsky ahora adelanta respecto de la acción de los ciclos de radiación solar en los movimientos migratorios del hombre.

Otros se han complacido en encomiar el alcance, para muchos absoluto, que tiene la constitución étnica de las naciones en el desenvolvimiento cultural del hombre, y así sabemos cómo el francés Arturo de Gobineau, el inglés Houston Stewart Chamberlain, los americanos Madison Grant y Samuel J. Holmes, los alemanes Rosenberg y sus discípulos, etc., inicialmente apoyados en alguna opinón colateral de Max Müller, y más directamente todavía en el patriciado orgulloso de algunos pueblos conquistadores del mundo, en ese concepto de estirpe privilegiada que va desde Moisés y Pericles, desde Julio César y Mahoma hasta Napoleón, Disraeli, Teodoro Roosevelt y Hitler, han librado ruda batalla de polemistas en pro de esa opinión, que muchos otros, los más, agriamente desdicen. Eruditos tan sensatos como Franz Boas y Paul Rivet, v. gr., sonríen ante especulaciones de esta índole, y todo el peso de la ciencia apoya hoy la tesis de que en el mundo, en nuestro mundo al menos, no hay razas indemnes de contaminación étnica.

Esto no obstante, yo me cuidaría mucho de negar virtudes propias y preclaras disposiciones a ciertas estirpes que en el decurso de las edades han venido alquitarando en buen ambiente los mejores atributos físicos, morales y culturales del hombre, y que estos se trasmiten en condiciones propicias, como ya lo saben o deben de saber en nuestra patria los que entienden en el grave problema inmigratorio.

Mucho se roza con esta teoría racial el sobreprecio de lo heroico, enérgicamente preconizado por Carlyle y Emerson, por Garbriel Tarde y William James, por Nietzsche, en fin, y centenares otros, Montesquieu y Voltaire inclusive, que polimáticamente sustentan dicha opinión también. El auge que últimamente adquirieron los estudios biográficos tiene mucho que ver con esta actitud reverencial del hombre por los héroes de su historia, y aunque toda biografía es fundamentalmente autobiográfica, y todo héroe es el producto de una responsabilidad moral y de un momento crítico, no sería yo osado a deslucir o disminuír siquiera el alcance normativo que el genio adquiere en nuestra especie. Mas, entendámonos cautelosamente: yo no concibo que los héroes creen determinadas corrientes históricas, sino que las encarnan o conducen. A mi entender, y descuente el lector lo que juzgue presunción de mi ineptitud, el héroe cuanto hace es infundir su estilo personal a los movimientos sociales o nacionales que acaudilla e impone. Esto considerado el asunto en sí, valuado a la luz de la filosofía de la historia. Mas ello no contradice el mérito personal que el genio añade a su misión con el ejercicio de sus dotes eximias, el lustre, pues, y la plusvalía, por así decirlo con término de moda, que imprime al mensaje social que le cupo en suerte, al mensaje social que a él le induce y él a su vez personalmente conforma.

Qué lejos queda esta hipótesis de la económica que con el nombre de "materialismo histórico" sostienen hoy día innumerables tratadistas de este asunto. En verdad, nunca descuidaron los historiadores aludir al elemento económico que condiciona el bienestar de las gentes o el referirse a él con ahincado intento. Las grandes migraciones humanas, las guerras de conquista, las lu-

chas de la plebe romana y las de los siervos, esclavos y colonos de todas las regiones del mundo así lo enseñan, y mal podían ignorarlo quienes lo relataron o padecieron alguna vez. Con todo, en la forma sintética (I. caza y pastores; II. agricultura y artesanía; III. industria y mecanismo), y con el predicamento de que disfruta al presente, emana de los estudios de Carlos Enrique Marx y Federico Engels que vieron la luz pública a mediados del siglo XIX, en parte, pero parte decisiva, sugeridos ya por los anteriores de Saint Simón, y apoyados dialécticamente en las obras de Ludwig Feuerbach y de Hegel. Dudo de que hoy exista historiador o sociólogo alguno que descuide esta interpretación, aunque sólo sea parcial o colateralmente, y miles son, millones tal vez, los que la siguen con inmutable fe de catecúmenos. Escritores de la talla de Lamprecht y Seligmann la reciben como buen instrumento de análisis y hábil guía para la conducta de las sociedades, así sostengan la validez interpretativa de otras normas.

Y tienen razón. Siendo lo económico medio fundamental de subsistencia para individuos y naciones, es inútil discutir su categoría de validez suprema. Ello no obstante, otros valores existen que mueven también el curso de la historia y que a este le disputan a veces la prelación y el triunfo. Con ocasión de otras indagaciones yo mismo me he fabricado un esquema de los móviles supremos del espíritu, de los anhelos que simultánea o alternativamente le rigen: "Libido essendi, libido agendi, libido sentiendi, libido cognoscendi, libido imperandi"... que abarcan el amor de ser, a que primordialmente corresponde la lucha material económica, pero asimismo el amor por la sensibilidad, desde la concupiscente hasta la moral y la estética, el amor por expresarnos, por ejercer la energía interior que nos alienta y las virtudes morales e intelectuales que adornan nuestro espíritu, placer indecible si los hubo y fuente de esas acciones que informan la santidad y el heroísmo, muy más preciadas que la vida a veces; el amor de conocer y de saber, que para muchos vale tanto como la suma de todos los otros amores, y el amor, en fin, de predominar, de mandar

y ser primero, que hasta en los más humildes animales, y no se diga el hombre, mueve a intensa pugna, a bizarrías y a orgullo.

De que se deduce que algo más existe en el encauzamiento histórico que la mera lucha por las bases económicas de la vida social, y que ese algo, esa "sobreestructura", como Marx lo reconoce, es el quilate-cumbre del espíritu, su razón de ser y el galardón de haber sido.

Muy emparentada con esta teoría, aunque más elástica, de suyo y no menos hábil, es la concepción de Lester Ward acerca de que los grandes inventos guían el curso histórico de la humanidad. Paladinamente confieso que trabajé muchos años en esta línea de investigaciones, y aun obtuve buena copia de información sobre los instrumentos más útiles y su acción en el desarrollo de la cultura, pero que luégo me desentendí del asunto y aun cobré desgana de él al advertir que ya ese filón de historia había sido explotado abundantemente. Y ello fue error de mi parte, porque todavía ofrece algunas novedades dignas de mayor escrutinio y más dilatada aplicación al curso de la historia. Partía yo este tema en dos órdenes bien diferenciados, aunque convergentes en su objetiva finalidad: los hallazgos que cuasi espontáneamente enriquecieron el haber cultural del hombre, y las investigaciones propiamente dichas de su ingenio. El fuego, el abrigo rupestre, la natural germinación de las semillas útiles, el rodillo que sugiere la rueda, la espina vegetal o animal que anuncia la lezna o el punzón, y conduce lógicamente al alfiler, al dardo, al anzuelo y a la aguja, productos ya de la inventiva humana; el leño flotante que guía la imaginación hacia la canoa y el barco; el remo y la vela que debieron surgir de la manipulación casual de utensilios naturales; el cautiverio accidental de algunos animales que produjo su domesticación y posteriores usos... Todo esto sobre la base de una mente ya evolucionada para discernir entre la causa y el efecto, entre el sujeto y el objeto, entre lo presente y lo futuro, entre la acción y la previsión, constituyó los sillares de nuestra civiliza-

ción primitiva y el comienzo indefectible, aunque brumoso, de la historia.

Porque, pensaba yo y argüía dentro de mí, esos instrumentos que nos deparó el azar, no sólo capacitaban al hombre para vivir con mayor holgura y ahorrar tiempo utilizable en la meditación, para la rumia de lo que era ya y ya tenía, al lado de lo que podía luégo ser y obtener adelante, basamento de toda la evolución social, sino que le acuciaban a pensar y le agilitaban el raciocinio, le hacían más amplia la imaginación y más sutil el dicernimiento suyo.

En esos hallazgos fortuitos se cimentó toda la civilización del hombre, como en un hecho protector y un germen estimulante a la vez, hogar propio y poblamiento urbano, agricultura y almacenamiento de provisiones, navegación y comercio, amplitud de tiempo y seguridad de espacio para el arte, la industria y la meditación, para el ejercicio, en fin, de las funciones sociales y la definición de la persona.

Mas otras adquisiciones hubo que fueron el prodigio de alguna averiguación tenaz o de afortunada intuición, genial a veces, que constituyen el más eficiente motivo del progreso cultural del hombre. Vidas enteras y austeras consagradas al descubrimiento de algo que sólo existía en pálida vislumbre allá en la mente, y que un día alboreó, tomó cuerpo de realidad y fue adelante fecundo en otras creaciónes. Pues, y conviene repetirlo enfáticamente, los inventos, aquellos artificios y máquinas, y aquellas normas de trabajo y de conducta que el hombre ya asociado ha venido produciendo para estabilizar o fortalecer su vida, para embellecerla y darle significación trascendente, no sólo cumplen la función inmediata de su oficio y propósito, sino que son de suyo fértiles en engendrar otras nuevas invenciones y en disciplinar la sutileza de la mente inventiva y sus discursos, por donde la espiritualización del hombre y su cultura ideal les deben cuanto son, al fin y al cabo, y cuanto aun puedan ser en lo futuro. Y es esto precisamente, lo que me decidió alguna vez a rechazar la tesis espengleriana de que la civilización material es una a modo de petrificación y muerte de las culturas, y a sostener, en cambio, su filiación inversa.

Y ya que nombro a Spengler, recuerdo que no he comentado la hipótesis del ciclismo histórico, ora de los ciclos temporales de Vico, ora del universal orgánico de Herder, ora de los que ciegamente se producen por ley natural, como lo insinuaron otros pensadores de la talla de Maquiavelo, Hellwald, Hartmann y Schopenhauer, ya, en fin, en circuitos aparte de cultura, como Spengler las concibe.

Propiamente no es original suya esta hipótesis. Para ser justos tendríamos que rememorar a Kurt Breysig que a mediados del siglo XIX expuso algunas opiniones pertinentes a esta teoría histórica, y decir, además, como ha ido pasando el fervor primigenio que en Europa y América suscitó Spengler a raíz de la primera edición de su libro. Ahora prevalece el rumbo de los que estudian la historia como ciencia del espíritu, a semejanza de Dilthey, Windelband, Rickert y Weber, el primero, sobre todo, tan difundido como encomiado en las universidades de América.

En vista de todas estas opiniones, cuál más, cuál menos verosímil, sino que muchas de ellas contradictorias entre sí, está uno tentado a conceder razón a Hipólito Taine cuando, con ese su perspicuo dón de análisis nos las dio conjuntamente resumidas en su fórmula de que los hechos históricos se producen según "la raza, el medio y el momento", abarcando así cuanto los otros expositores de este asunto conceptúan ser normativo del proceso histórico.

A mí, personalmente, me enamora esta apotegmática concisión de Taine, mas no deja de inquietarme el hecho de que diciendo mucho en abstracto carece de definición concreta, pues no sabe uno si en el término "momento" significa algo así como el "Geitszeit" o espíritu de los tiempos de Hegel, o meramente la concatenación temporal del acaecer histórico, ni si la voz "raza" presupone preeminencia particular de alguna. Y sobre todo, la palabra "medio" es de suyo tan universal que se hace nebulosa como

sujeto de un juicio de aplicación objetiva: posición geográfica y clima ambiente, estructura social y equipo instrumental de civilización, tradición y costumbre... nada, en fin, desborda de la significación de este vocablo, pero todo al fin se nos escapa de él por su misma agobiadora amplitud.

*

Mi tesis.—Es tan sencilla que muchos la hallarán simple o a lo menos ideológicamente ingenua. Con tal que no sea inoperante y sí útil, como lo ha sido para mí, aquella calificación no me preocupa, ni casi me importa de suyo.

La he tomado de la historia, mas no del contenido de la historia, que ya en su despliegue universal constituye tal volumen de hechos que su lectura y análisis absorbería la existencia de un hombre y abrumaría al fin su mente, sino de lo que en realidad existe como nuevo aporte de cada una de las grandes jornadas de esa historia universal, fijando como límite de tales jornadas precisamente aquel su producto de novedad. Porque no los siglos, que son mensura convencional y externa del acontecer histórico, ni la misma existencia de las naciones contemplada solitariamente, ya que los pueblos repiten en su propio vivir unos mismos derroteros de elaboración cultural, sino el mensaje espiritual conjunto que se manifiesta y organiza en ciertos espacios de la historia.

En alguna ocasión puse como lema y epígrafe de un libro mío la siguiente cláusula:

> "El hombre es un mensaje;
> el individuo es un mensaje social;
> la nación es un mensaje de cultura;
> la humanidad es un mensaje de Dios",

subentendiendo, naturalmente, la perfección en cada caso, es decir, el cumplimiento total del destino que les incumbe. Porque nadie pretendería que ello significa el que cada individuo o cada pueblo o cada período de humanidad es un mensaje, pero solamente en

cuanto individuo, nación y humanidad encarnen algún destino histórico.

Con esta norma heurística hallaremos fácilmente que la historia humana nos revela los siguientes mensajes supremos:

Primera Jornada:		Pre-paleolítico:	Humanación o definición de la especie.
2ª	"	Desde el paleolítico hasta la invención de la agricultura:	Socialización: Lenguaje, hogar, primeros utensilios.
3ª	"	Desde la agricultura hasta el Imperio Romano:	Espiritualización: Arte, religión, filosofía, economía, estado (Mesopotamia, Egipto, Persia, Grecia, Palestina, etc.)
4ª	"	Desde Augusto hasta el comienzo de la Edad Media:	Mancomunidad ecuménica: catolicismo paulino, estoicismo, ciudadanía romana en general, asimilación de los bárbaros.
5ª	"	Edad Media:	Salvación: Cristianismo, arabismo, budismo, confucianismo, etc.
6ª	"	Renacimiento, Reforma y expansión geográfica:	Personalidad: Autonomía de la conciencia individual y de las naciones.

7ª	"	Del Siglo XVII al XIX:	Ilustración: Ciencia, racionalismo y progresismo.
8ª	"	Siglo XIX:	Libertad: Emancipación política, democracia, liberalismo económico, etc.
9ª	"	Siglo XX:	Equidad: Socialismo, cooperación, proteccionismo del Estado, seguros...

Cualquiera objetaría este cuadro diciendo que los mensajes emblemáticos de cada jornada se pueden ya ver o columbrar en las otras, y que ninguno de ellos se circunscribe exactamente al período que yo le marco, antes bien, sobrepasa esos límites por atrás y por delante, sin la precisión que presupongo para ellos. Lo que no tiene ninguna importancia en tratándose de cosas de la vida, que es de índole irreductible y fluctuante, y sí la tiene para advertirnos la continuidad de la historia y la unidad de su espíritu.

Dicho cuadro nos avisa que no es fácil interpretar esa historia como ciclos nacionales cerrados, ni aun como ciclos culturales independientes, y hasta nos conduce a creer en un proceso ascencional del conjunto histórico, que añade a las leyes naturales de la materia algún sentido diferente. Pues vemos que se aparta de la constancia con que ésta repite sus acciones sin mutación de resultados, sin superarse en sí, como la vida parece realizarlo en su desarrollo perenne. Esta es opinión casi universal, apoyada por filósofos egregios y mantenida por científicos de primera categoría en el mundo. Mi actitud, sin embargo, es muy otra, pues tras largas y difíciles cogitaciones y de arduos estudios, yo no podría honestamente apartarme del concepto de que la naturaleza es una en sí y sólo fragmentada en "reinos" aislados por el espejismo que nos impone la perspectiva de su inmenso campo de acción, del distanciamiento progresivo de sus funciones, que de extremo a extremo estas mismas hace ver como irreductibles a un denominador común. El tema es tan vasto en su conjunto y tan sutil en muchos de sus componentes, que requiere tratamiento aparte, y así lo haré en estudio posterior que con el nombre de Antropología filosófica tengo ya más cuidadosamente elaborado y casi listo para incorporar en este volumen.

Quisiera, eso no obstante, escarmenar un poco ahora algunos términos que aparecen en mi cuadro anterior sobre el mensaje de las grandes jornadas de la historia, pues advierto que pueden prestarse a relativa vaguedad y no poca incertidumbre.

Así, por ejemplo, el vocablo "salvación" que califica la síntesis historial de la Edad Media no establece que el hombre de aquellos siglos hubiera logrado resolver definitivamente el problema de cómo vincularse a Dios y ser feliz en la "vida futura", sino que ese problema fue el núcleo cardinal de todas sus actividades y su máxima inquietud.

La solución que se dio de él nos ofrece casi todo un diagnóstico espiritual de aquellas épocas. Supuso que dicha salvación sólo era posible mediante la gracia de algún intercesor poderosísimo, y así fue ampliando cada día más el radio de eficacia y el número de aquellos mediadores, principiando por Cristo, el perfecto y paradigma de todos, siguiendo con María, su madre inmaculada, la Iglesia en sí, encabezada por los pontífices, los santos de la comunión espiritual del mundo, los ángeles de la corte de Dios, y aun por las ánimas redimidas del purgatorio. Constituyóse, pues, toda una falange de mediadores excelsos, con la entrañada convicción de que la parvedad moral del hombre y lo proclive de su naturaleza eran insuficientes o inconvenientes para merecer tamaña gracia él mismo.

El hombre de la Reforma reaccionó contra esta "diminutio capitis" de su estatuto personal religioso, y proclamó orgullosamente que él podía entablar con Dios el diálogo propiciatorio de la gracia sin ningún intermediario, a no ser Cristo, y esto en cuanto Cristo era Dios también o delegatario suyo. Crecía, pues, la personalidad del hombre y cancelaba así el mensaje espiritual de

los tiempos medioevales, descalificándolo en proporciones tremendas.

En consecuencia de dicha actitud, ya ese hombre, hecho moderno con irrefrenable orgullo de su reciente autonomía, dedicóse a ensanchar sus conocimientos, y se hizo sabio en muchas ciencias, filosofó audazmente y proclamó la éra del progreso indefinido, con el lábaro de la "Ilustración", preeminente en el siglo XVIII.

Para tal situación tenía que surgir, y abundantemente surgió, un anhelo de libertad civil, de libre disposición de su persona y de sus bienes. La democracia, el capitalismo, la emancipación de tutelas coloniales, fueron el fruto de aquella nueva condición del hombre, y de ahí que los decenios finales del XVIII y toda la centuria XIX le viesen atareado, trágicamente atareado, en hacerse libre, y proclamar que lo era de suyo hasta el sólo límite de la libertad ajena.

Mas no fue poca su sorpresa y no poco el desconcierto suyo al verificar a principios de este siglo XX que la ilustración y la liberación dejaban en pie conflictos sociales y personales catastróficos. A remediarlos ocurrió con la norma de la "equidad", que creyó encarnada en el socialismo de una u otra índole, desde el socialismo de Estado hasta el comunismo absoluto, desde el gobierno de la técnica impasible hasta la exaltación de la plebe.

Y no estamos contentos. Ni nos salvamos, ni somos libres, ni nos satisface nuestra sabiduría, ni la personalidad ejerce la plenitud de sus funciones, ni la equidad se cumple. En este sentido tenemos que declarar humildemente que la Cultura Eurasiática, progenitora y mantenedora de este engañoso elenco de felicidades se liquida hoy con muy grave déficit, como intenté probarlo en las primeras hojas de este escrito.

Ello nos conduce a inquirir dónde estuvo el motivo del error y dónde pudiéramos hallar la enmienda posible.

Y como esto no es accesible sin el reconocimiento preliminar de lo que ha determinado la espiritualización del hombre, lo que le hizo sujeto de cultura, y de historia por ende, me voy a permitir ingenuamente ensayar algún breve análisis de este muy trajinado y enmarañado asunto.

Partiendo de aquellas circunstancias que por mutación biológica y lenta adecuación al medio ambiente de su existencia el prehombre se hizo hombre, cualquiera que sea la "phile" o cadena genealógica de la especie que aceptemos para dicha evolución, cosa que aquí no importa definir por el momento, y aceptando lo que he dicho acerca de los primeros hallazgos espontáneos con que ese hombre de aquellas nebulosas edades enriqueció su capacidad de defensa e inició el ejercicio interpretativo e inventivo de la mente, tenemos que reconocer que su asociación en grupos más y más amplios, su agrupamiento, pues, en sociedad, así fuese todavía rudimentaria y transeúnte en ocasiones, constituyó el estímulo supremo para la invención de otros recursos y el pausado advenimiento de la cultura.

Admirable fue, sin duda, el milagro de ser individualmente hombre, ente de conciencia ya erguido ante el mundo en esa pasmosa oposición de objeto y de sujeto, de esos dos imperios en que su presencia inteligente dividió la creación, él, de un lado, aunque diminuto y frágil, y de otro la inmensa magnitud del universo; admirable también la organización de la familia en núcleo de cooperación operativa y afectiva ya coherente, que a esa criatura humana acondicionó para mejor defenderse de los embates enemigos de la naturaleza y de otras especies animales; pero nada es equiparable en eficiencia al hecho de constituírse en sociedad ese hombre primitivo.

De ahí en adelante toda la historia futura de ese hombre se partió en dos luchas aparentemente contradictorias: la de fortalecer sus agrupaciones parciales para el mejor dominio de la naturaleza ambiente, y la de combatirse entre sí esos parciales agrupamientos. El común denominador de aquellas actitudes incidentalmente adversas entre sí y en ocasiones gravemente dañosas del imperio final de la especie sobre el mundo, consiste en que una y otra emanan de ese mismo anhelo de superación y lo intensifican,

adecuan y pulen, y así intensificando, adecuando y puliendo aquel anhelo, el sujeto mismo de la "anhelación", ese hombre, se iba creando con ello su propio espíritu.

De ello se deduce que la sociedad es la primera fuente del espíritu, y que la historia es el proceso de creación de ese espíritu.

Y con decir esto surge instantáneamente la esfinge: ¿Es aquel espíritu hacedor o es hechura? ¿Se da el espíritu como entidad independiente del hombre, o sólo existe en la existencia del hombre? Si lo primero, la historia tendrá ineludiblemente un sentido religioso, la humanidad y el mundo tendrán que entenderse como adjetivas de entidades previas invisibles, de la divinidad abscóndita, desde luego. Si lo segundo, el hombre está adquiriendo progresivamente los atributos con que él mismo concibe a la divinidad, se está haciendo Dios.

Mas ello es que la primera hipótesis tropieza con insolubles contradicciones en el entendimiento de cómo se articulan este mundo y el otro mundo, este espíritu criatura y ese otro espíritu creador; y que la segunda presupone, catastróficamente a mi ver, la limitación de Dios a la brevedad del tiempo histórico y a la precariedad de la existencia planetaria en que vivimos.

De ahí que haya tenido que investigar otra solución y apoyarla en más amplios detalles que los que puedo exponer en este somero apunte, por lo cual invito al bondadoso lector que quiera seguir el curso de mis lucubraciones, a que las busque adelante.

Empero, con una u otra hipótesis, o con la mía, si se quiere, el significado y el derrotero de la historia no sufren ningún equívoco, que sobre las bases de lo expuesto anteriormente, ahora ya podemos enunciar sintéticamente su rumbo y desentrañar de él lo que tenga de normativo y útil para las nuevas generaciones.

Porque si la sociedad es fuente del espíritu, la mayor amplitud que ella obtenga redundará en la mayor amplitud de éste, y así de tal premisa lógicamente se sigue que la expansión ecuménica de esa sociedad y su máximo perfeccionamiento constituyen el desiderátum supremo del hombre y la estación terminal de su

viaje histórico. La historia vendría a ser como la memoria de la humanidad conjunta, la cultura representaría su conciencia intelectual, y espíritu equivaldría al resumen de ambas.

Lo que sugiere que la especie humana se comporta como la unidad de un ser, cuya vida se expresa en la historia y no en una nación o conjunto de naciones meramente yuxtapuestas en el espacio vital de su existencia, y nos instruye sobre la mancomunidad de su destino.

En consecuencia, la trayectoria del devenir humano se encamina hacia la solidaridad universal del hombre y a la conjunción de todas las modalidades de cultura en unitaria cultura universal también, por donde nos resulta el imperativo moral de que todos los pueblos de la tierra deben someter sus aspiraciones egoístas a este mandato culminante de la especie, acondicionando a él su soberanía, su economía, los recursos de su técnica y el afecto natural de sus corazones. Porque si lo que tenemos ya de espíritu nació de sociedades relativamente pequeñas y ciertamente aisladas entre sí, es de suponerse que la integrada sociedad ecuménica del hombre produzca espiritualidad inmensamente mayor, más segura de su destino, más bondadosa en su comportamiento y más, muchísimo más, feliz de suyo.

Y quién sabe si así, después de vencer el hombre el espacio, como ya lo está venciendo, no pueda asimismo dominar el tiempo efímero y procurarse uno al amaño de sus íntimas aspiraciones, ora dilatándose en él, ora dilatando aquél en su propia duración personal, o de cualquier otro modo que la mente posteriormente conciba.

La progresiva adquisición de saber y de poder que registra la historia universal del hombre, y el progresivo esclarecimiento de la conciencia de su sér y su poder, que hasta donde podemos averiguarlo hoy día parece única en el cosmos, nos permiten ampliar este concepto de conciencia humana a uno más vasto de conciencia universal. Creciendo cada día aquel saber y aquel poder, prometen dominar las leyes del mundo en corto tracto de siglos por

venir, y dotar con ello al hombre de la esencia o la semblanza de Dios.

La cuestión de que sea esencia o virtud divina la que está adquiriendo el hombre, o sólo similitud y semblanza de Dios, es la más abstrusa que se ofrece a nuestro juicio. Pero es fundamental, y no conceptúo permisible a mi generación el eludir su planteamiento, por lo cual he de volver sobre este punto en capítulos posteriores de esta obra, para dar el ejemplo moral que me corresponde entre los míos como miembro de esa generación, aunque no esté calificado para ello o lo esté muy mediocremente.

Mas no puedo dejar para entonces, aunque haya luégo de revisarlo con mayor amplitud, el concepto de que aquella unidad cultural, y espiritual por ende, del género humano, que hace de la especie hombre un ser orgánico en sí, implique la consideración de que el individuo en ella carece de significación propia. En los conjuntos biológicos gregarios que la naturaleza ensayó formar unitariamente en edades anteriores del mundo, abejas, termes y hormigas, por ejemplo, el individuo se subordinó tanto a la comunidad que se nos presenta como separado órgano funcional suyo. En el hombre, ese individuo retiene funciones propias que no nos permiten considerarle totalmente adjetivo de su especie, como lo está intentando hacer el Estado moderno, según observaciones que esbocé al principio de este estudio.

La probanza de tal acerto no sería difícil, mas sí prolija, por las múltiples facetas que posee. El primer considerando que debemos tener en cuenta, lo constituye la apreciación de si los grandes valores que componen el cuerpo de la cultura, economía, verdad, bondad, libertad, santidad, justicia y belleza, tienen o no existencia en sí, fuera de su relación funcional con nuestro espíritu. La discusión es posible, y ya ha sido entablada vigorosamente, si se propone el tema en abstracto, pues de que esos valores "valgan" autonómicamente, es decir, aislados de la presencia del hombre, se deducirían conclusiones de primera magnitud para el plan conjunto de la creación, porque ello significaría la preexistencia de

algún orden superior inteligente, y no de un orden secundario de adecuaciones meramente funcionales de magnitud y posición. Mas si se plantea pragmáticamente, es a saber, conforme ocurre, sin lucubraciones filosóficas en sí, no cabe duda de que en ausencia de la mente humana aquellos valores por lo menos no serían perceptibles.

Porque, ¿cómo preciar las gemas y el oro, o los frutos de la vegetación, sin alguien que los vea y use de ellos? ¿Ni qué serían las flores del mundo, el suave susurro del viento en las frondas, los palacios luminosos del alba, los misteriosos paisajes de carmín, de oro y de violeta que enjoyan el lecho ponentino del sol, o la inmensa copa azul cenital del medio día en las praderas aromadas del mundo, ante la mustia soledad de un cosmos sin espíritu, que aquellas maravillas vea, oiga, estime y contemple?

Y en lo humano, ¡cuánto mayor es la categoría valorativa del individuo personal! Mudas para siempre estarían hoy la belleza de Frine sin Praxiteles, la donosura de Ester sin Asuero, la tímida dulzura de Rut sin Booz. Y no que sólo permanezcan esas virtudes ante la mirada contemplativa del hombre, sino que éste al percibir el impacto emotivo de su presencia augusta, otros mundos evoca en ellas y de otra luz las viste, porque es dón suyo individual que cuanto recibe en el alma devuelva magnificado y tocado de espíritu. La poesía del Dante universalizó la efímera beldad de una virgen que alguna vez vio pasar al lado suyo, orillas del Arno; el pincel de Da Vinci desentrañó de la sonrisa equívoca de Madonna Lisa Cherardini la perennidad del sortilegio femenino; los cinceles de Canova detuvieron para siempre en el mármol impoluto de Carrara el momentáneo portento de Paulina Bonaparte, e Isaacs el colombiano contuvo en poemática eternidad el instante fugitivo de una ternura inocente.

Y no es fuerza que tengamos que recurrir a la magia del arte para estas magnificaciones que el hombre individuo realiza en el ejercicio de su existencia personal, también los humildes conocen el ensalmo de aquella fáustica revelación y lo viven a solas consi-

go. No hay ser humano que no haya sentido pasar por su espíritu alguna vez la tremulante ola de misterio que sintetiza el mundo en la mirada de unos ojos cualesquiera, en el vago rumor de una catarata remota, en el parpadeo confuso de las constelaciones, en el perfume ondulante de una pradera encendida de sol. Lo que él recibe es un hecho parcial y diminuto. Lo que él siente es la plenitud del cosmos en aquella fugitiva levedad. El la magnifica especularmente, y sin poder negar que esos ojos, ese rumor, la cintilación aquella y aquel efímero perfume concentran en sí entitativamente la plenitud universal del ser, esto no tendría sentido existencial sin aquel humilde ente humano que lo acoge en sí y lo valora en su conciencia.

¿Ni qué sería de la santidad sin aquellos San Franciscos de Asís que la encarnaron individualmente en el mundo; ni qué de la bondad sin un Vicente de Paúl que la ejerciera alguna vez, o de la verdad que no viviese en la mente de algún Galileo o Newton, de algún Platón o Sócrates, realmente vivos? ¿O qué belleza femenina sería imaginable si no hubiesen existido las mesdames Recamier y ladies Hamilton que individualmente la tuvieron y enseñaron a los hombres?

Es que el hombre en sí es también magnitud universal que no se resigna al mero tránsito efímero de su existencia, y reclama arrogantemente alguna perduración y alguna significación en sí también. Esta pasmosa realidad de ser y de entender no puede aína cancelarse en el deshoje intrascendente de unas cuantas cifras del calendario común, y busca un puesto de propiedad irrevocable en las entrañas del cosmos. El mismo ante sí mismo es la incógnita máxima de su conciencia y el problema más insoluble de cuantos solicitan su audaz discernimiento. El mismo es para sí mismo (fuera de toda desviación esquizofrénica) el sér más extraño y remoto. Vive consigo sin conocer su origen, sin vislumbrar siquiera su destino ulterior, y aun sin entender lo que es en sí, y se observa sorprendido de ser lo que es, luminosamente vivo y oscuramente incierto, en tal confusión de incertidumbre y de evidencia que la presencia de su yo es la más exótica presencia que halla para él en el mundo.

Peregrino visitante que surge en la noche y en la noche enigmáticamente se esfuma, es hacia fuera un rebelde ante el orden natural, por no querer ser cosa suya o ente común, y es hacia adentro, el pavoroso conflicto de conocerse un día y no poseerse a sí mismo eternamente.

Y como esa rebeldía, que es individual por excelencia, y ese conflicto interior, individual también, constituyen estímulos fundamentales para la vida asociada del hombre, en religión y arte sobre todo, se deduce que no es discreto disminuír la personalidad de ese hombre, y menos aun posible anular su individualidad eminentísima.

*

Rumbos y perspectivas.—La visión de este momentáneo conflicto entre el Estado y la individualidad del hombre me recuerda el augurio de Lenin (y de Engels, naturalmente...) respecto del triunfo final de ésta, cuando las sociedades hayan adquirido la madurez moral a que se encaminan históricamente. Un no sé qué de ello se vislumbra ya en el recorte de las autonomías nacionales que se discute en las Asambleas que estudian los problemas de la paz y nueva organización estatal del mundo. ¿Hasta dónde será ello posible? Al lado de ese noble anhelo de fraternidad ecuménica se yergue dulcemente imperativo el sentimiento de patria, vinculado a las horas supremas de la vida en que se formaron corazón y espíritu y nos hicieron lo que somos con la emoción de presencia de otros seres que perduran en nosotros indisolublemente unidos a la esencia misma de nuestro sér, y que en realidad de verdad en muchísima parte substancialmente nos informan y constituyen.

El amor hará también este milagro. Cuandoquiera que amamos en algún país, así sea diferente y remoto, este país adquiere

en nuestros corazones valor intrínseco de patria adoptiva, y aun definitiva a veces. Confiemos en que al amarnos unos a otros en todos los ángulos del mundo, ese gentilísimo sentimiento de patria se ampliará en nueva magnitud y adecuación nueva, similarmente retributiva y perdurable.

Un poco se dificultará la acción uniforme en esta solidaridad común por razón de la diferencia de ritmo que existe en los diversos continentes de nuestra geografía planetaria. El tiempo asiático es más pausado que el europeo, y éste lo es más que el correspondiente de la América del Norte, y es de presuponer que en lo futuro haya otros tiempos regionales distintos. Ello implica graves consecuencias para la armonía o el desorden del espíritu, pues ya se percibe la inquietud moral de aquellos pueblos de ritmo acompasado que por una u otra causa, generalmente económica o política, vense constreñidos a trabajar o a pensar al modo trepidante de Norte América, sin lograr lo uno ni conservar lo otro, y sí obtener de tal conflicto temible dosis de confusión propia y nueva angustia.

El caso podrá presentarse muy pronto al constituírse la cultura austral de que he hablado en otras ocasiones, en contraposición o en aposición al menos, con la eurasiática, que es eminenteímente norteña. Desde luego, ya despuntan las diferencias caracteriológicas entre Inglaterra, digamos, y Australia, su hija remota, entre Argentina, aquí en América, y Estados Unidos, que muchos definen como oposiciones momentáneas de índole económica o de mero orgullo, y que yo me atrevería a enlazar también con este otro motivo.

Ello es desconcertante para quienes estudien el comportamiento de las zonas, austral y boreal, en la realización de ciertas leyes naturales, el movimiento ciclonal del aire, por ejemplo, que en alguna se hace a la derecha y a izquierda en la otra, como la imagen que el espejo nos devuelve. Y si de tal manera ocurren también las cosas del espíritu, podría ser que a la larga lo que para los íncolas de una parte apareciera normal, fuera revesado y torcido para los de la otra. Las especies vivas de ambos "reinos", animal y vegetal, difieren mucho entre sí cuando se dan en uno y otro hemisferio a la vez o se han dado alternativamente con el transcurso de cortas edades, según se observa en los mamíferos superiores, el hombre inclusive.

Es que el espacio y el tiempo esconden aun a nuestra mente la solución de innumerables enigmas. De este último sabemos que fluye de un antes a un después, mas no hemos descifrado, ni advertido quizás en todo su alcance, la posibilidad de que tenga asimismo un arriba y un abajo, un descenso, pues, como lo sugiere la aceleración de su curso. Muchas gentes opinan que esa premura con que transcurren los años en la senectud es ilusión del hombre y nada más, como lo es igualmente la lenta procesión del tiempo en los años infantiles. Yo no lo sé con plena certidumbre de saber, mas en el cuadro anterior de las grandes jornadas de la historia, y en otros muchos casos, se percibe claramente aquel fenómeno de la aceleración, muy a la manera que ocurre en la caída de los cuerpos.

¿Es acaso, que el tiempo "se mueve" en el vacío hacia un núcleo de atracción, como en la gravedad ocurre? De ser ello así y así continuar con dicha aceleración, nos aproximaríamos mucho a su máxima intensidad, o lo que es decir, a que un segundo representara la eternidad misma, y así volviésemos a lo arcano precósmico en que eternidad y tiempo se confunden. Sería una manera de consumirse el mundo en sí, una refundición de la existencia aparente en la substancia permanente. Sabemos, sin embargo, que a esta aceleración del tiempo corresponde una expansión del espacio, visible, según datos recientes, en la periferia de las nebulosas espirales que limitan nuestro mundo, y sabemos también que ese máximum de la aceleración es matemáticamente inasequible... Una explicación más sencilla nos proporciona el considerar esta aceleración del tiempo como el resultado de la mayor carga de impulso que la acumulación de los recursos instrumentales,

conceptuales y mentales en sí impone a los acontecimientos, haciéndolos aparecer más rápidamente; pero, de uno u otro modo, el hecho de esa aceleración persiste con toda la magnitud de sus prodigiosas consecuencias finales.

Incógnitas de nuestra humana concepción actual del cosmos, a que pudiéramos referir otras, análogas suyas, que duermen su sueño de infinitud en la recóndita esencia del espíritu. Porque esos conflictos que nos desconciertan ¿no son, también, poderoso acicate de la espiritualidad del hombre? Ello es que si no los hubiera, tampoco existiría el espíritu. Ciertos conflictos nos hacen pensar, nos hacen ser, y esto nos conduce al abstruso postulado de Parménides, remozado hace poco por la ciencia, de que el sér es pensamiento y la divinidad el pensamiento en sí.

Más todavía: fuera de estos conflictos ideológicos que mueven y conmueven el razonamiento, de los de la sensibilidad que anteriormente expuse como vena alimenticia del arte, y de aquellos del sexo que acarrean tantas neurosis, según el extremado concepto de Freud, otros existen en el orden moral que desde tiempos remotos engendraron porciones muy extensas de nuestra actual contextura religiosa. Lo demoníaco, por ejemplo. De esa lucha interna a que asistimos para la determinación de nuestra conducta, verdadero estrado de litigios de parte y contraparte, trágico a veces, se fue formando el mundo de las potencias auxiliares benéficas, cohorte celeste, ángel guardián, "daimón" de Sócrates, y las malévolas de tipo satánico. El hombre asistió en la entraña del espíritu a esa lucha entre Miguel y Lucifer desde la iniciación de su conciencia moral, y les dio entidad aparte, con culto de evocación o de exorcismo. Hoy día entrevemos que propiamente somos nosotros el demonio y el ángel, según la actitud que esos conflictos determinen en nuestra conciencia moral y sus proyecciones hacia el mundo.

Y ahí aparece un rumbo nuevo.

Verdad es, y noble verdad, que la moral arranca de la convivencia social de los hombres y que por la equidad de dicha convivencia se sostiene. Pero ese fundamento social se enaltece y fortifica en el concepto de dignidad del hombre. La parte obligatoria de la moral es, pues, social en sí, mas la parte personalmente digna de orgullo consiste en la satisfacción retributiva de estimar uno su propia conducta como norma social indefectible, y saberse ejemplarmente puro. Responsabilidad social y dignidad personal son los polos de este eje de la conducta. La eliminación de móviles externos, ora de jefatura moral, ora de retribución concupiscente, y el implantamiento de la moral sobre bases más íntimas, es triunfo por venir que podemos saludar gozosamente, así parezca hoy, y así sea todavía, difícil.

Ello es que habiendo languidecido la fuerza conductiva de la moral religiosa, y siendo insegura y esquivable en ocasiones la coercitiva del Estado, este nuevo rumbo se nos aparece como el más asequible y promisorio, como lo único tal vez hoy día. Y no es absolutamente nuevo, que pues a él recurrieron los hombres de personalidad vigorosa en todos los momentos de crisis moral que ha padecido la especie, agonía del paganismo clásico, por ejemplo, y agonía del cristianismo medioeval, más cerca de nosotros. El esfuerzo defensivo de un Marco Aurelio, en aquella edad, de un Spinoza no hace mucho, de un Guyau, un Littré, un Stuart Mill en pleno siglo XIX, así nos lo dice en carne viva inobjetable.

Cuanto a lo económico, tenemos al frente problemas de doctrina, problemas de conveniencia social y realidades subsistentes que defienden su permanencia con tesón irreductible.

Es muy posible que el capitalismo individual de grandes proporciones, que permite la propiedad personal ilimitada en cabeza de un solo hombre, haya desaparecido para siempre, ya que doctrinariamente no es equitativo que habiendo muchedumbres desamparadas unos pocos disfruten de riquezas y demás recursos superiores a las necesidades personales y aun a las posibilidades propias de consumo.

De ahí que el Estado pretenda hoy día hacerse el mediador y el regulador de la fortuna, no sin veleidades de administrador y

de posesor también. Hasta ahora, infortunadamente, se ha mostrado pésimo gerente de negocios, sin imaginación creadora, sin interés administrativo y, sobre todo, sin responsabilidad moral efectiva. Presupone mal, gasta mal, ejecuta mal y todo lo hace con lentitud y embrollos, hasta el punto de que es el hazmerreír de los negociantes listos y del pueblo.

Para obviar este obstáculo gigantesco y casi isoluble, se han multiplicado últimamente las entidades administrativas de relativo gobierno autónomo, con que un tanto se corrigen algunas deficiencias anotadas, mas no muchas ni mucho. Es que nada reemplaza los desvelos del interés inmediato, ni nada suple la agudeza mental que su acicate suscita y aun engendra de suyo. Ello es que la conducta de los negocios de propia pertenencia no sólo produce máxima dedicación por afecto y mayor habilidad por la constante disciplina de su ejercicio, sino que la riqueza en sí, tal vez por representar un triunfo, acrece las capacidades íntimas de la persona, en el orden moral desde luego, y en el intelectual muy frecuentemente. Fuera de esto, la alegría de poseer algo propio es valor que de personal trasciende a social, porque el gozo de vivir constituye un desiderátum de la sociedad, que por eso, en mucha parte, se produjo, y una fuerza, seguramente enorme, para ejercer y enaltecer la vida en sí y continuarla.

Ante estos hechos y estas deducciones uno se pregunta si no habría algún camino intermedio que nos redimiese un poco más de aquellos trastornos, y de mi parte he llegado a concebir que la institución del capitalismo familiar pudiera ayudarnos a resolver este asunto. Sería algo así como reducir la propiedad privada a la entidad familia, hasta el límite de una holgura noble, o sea, hasta obtener el capital que permita mantenerse sin trabajo adicional alguno. Es decir, un régimen de familia rentista, que estimule para producir primero, y así la riqueza social no se estanque en la posible desgana de un comunismo o de un socialismo de Estado, y permita luégo a los miembros de esa familia dedicarse al cultivo desinteresado de su vocación, inclusive las obras de arte, de especulación mental o técnicas que a primera vista pudieran parecer a la comunidad caprichosas e inútiles.

Este "capitalismo familiar limitado" tendría también otras ventajas. En primer término, consolidaría los vínculos familiares, declinantes hoy, y en segundo, evitaría la monotonía de un vivir social excesivamente reglamentado y "standard", como decimos ahora, o de patrón fijo, que me parece, a más de detestable siempre, a la larga inhibidor de todo esfuerzo.

Para que un regimen familiar de esta laya pudiera ser operante, sería ineludible limitar su constitución al matrimonio y sus efectos inmediatos: esposo, esposa e hijos célibes. Al casarse uno de éstos, aportaría al nuevo hogar su legítima heredable, según lo estatuyan las nuevas leyes que se dicten, a intento de favorecer en todo caso, y muy discretamente, el patrimonio de la familia. De este hecho se desprendería otro de los bienes posibles de tal institución familiar económica, la dificultad de divorciarse los cónyuges sin perder el culpado su nuevo patrimonio, con que tendría que regresar, como lo practican nuestros aborígenes de la Guajira, a su familia anterior, a rehacer fatigosamente otra vida. Habría también que dejar puerta de escape a ciertos infortunios ineludibles o necesarios afectos, en la conservación de un sistema legal de fáciles adopciones, conforme fue costumbre y legal uso entre los antiguos romanos.

Precepto constitucional de esta magnitud requiere la elaboración muy cuidadosa, y algo difícil, del estatuto legal correspondiente, y así, conceptúo útil ampliar un poco más el análisis de sus posibles complicaciones. La herencia, desde luego, nos presenta una de las mayores dificultades, que, sin embargo, no considero insoluble. Así, por vía de meditación, aduciré algunos ejemplos: como solamente la entidad familia podría poseer patrimonio privado, ella sola sería sujeto legal de herencia, y así, caso de muerte de uno de los cónyuges, la familia conservaría su unidad con el sobreviviente y los hijos menores. Al llegar éstos a determinada edad, veinticinco años, por ejemplo, tendrían que escoger entre

casarse para recibir su porción de herencia o hacerse con ella, miembros adoptivos de otra familia, pues de lo contrario, los célibes, con ventaja injusta, retendrían indefinidamente el patrimonio heredable. Los viudos al establecer otro hogar, tendrían que constituír nuevo patrimonio, heredando del anterior lo correspondiente, como cualquier heredero célibe que contrajese nupcias. El patrimonio sin herederos pasaría al Estado o a la beneficencia pública, a menos que la familia en posibilidad de extinguirse, adoptase una o algunas personas que la continuaran con su nombre y sus haberes.

La vida me ha enseñado que los vínculos familiares son preciosos, por innúmeras razones, principiando por las de afecto y protección cordial, y encomiando, sobre todas, la formación íntima de una personalidad culta y noble, que sin aquéllos vínculos y aquel prestigioso ambiente es punto menos que imposible. Tales razones me han inquietado siempre y guiado a insinuar algunas reformas en la distribución de los beneficios de la industria, como la que hace pocos días propuse de que los obreros tuviesen participación en el reparto anual de las utilidades de las empresas a que corresponden, mas no entregando directamente a ellos esta participación sino a las mujeres jefas del hogar, para que éste, y los hijos sobre todo, hubiesen así mayores recursos de subsistir y dignificarse, allí donde los hombres, como entre nosotros frecuentemente ocurre, dilapidan en ocio temporal y en vicios el minúsculo salario que reciben.

Otro de los rumbos que sería útil contemplar en esta breve interpretación de la historia y su perspectiva en lo futuro, consiste en el problema religioso, que a todos grandemente nos incumbe y preocupa. Sino que para enfocarlo mejor dentro de la vida social e individual del hombre, y así acercarnos, un poco más siquiera, a su abstruso entendimiento, conviene desbrozar con previo análisis otras rutas de la investigación ideológica, como tímidamente lo intentaré en los siguientes apartes de este opúsculo.

SEGUNDA PARTE

LA ESFINGE Y EL ESPIRITU

●

"Me he buscado a mí mismo".—Heráclito.

CAPITULO I

GENESIS DE LA MENTE

Nociones preliminares.—Al psicólogo y al psiquiatra de inquisitiva trayectoria experimental les sorprende mucho y mucho les conturba el descubrir la pequeñez del campo de conciencia ideológica y de los intereses espirituales de que en su cotidiano vivir disfruta el hombre término medio, al lado de la inmensurable magnitud de los problemas que solicitan la actividad inteligente de su propio destino. Un dedal de espíritu, eso somos, aureolado engañosamente con la desmedida ambición de nuestro orgullo.

Si es que da grima, en verdad, el ver de qué se compone "el alma" de nuestro prójimo común, media docena de aspiraciones elementales, como el comer y el dormir, el alojarse y vestirse, el chismear un poco y el amar epidérmicamente a su consorte sacramental o apenas transeunte. Morirse luego, después de dejar en reemplazo suyo unos cuantos retoños de su existencia inútil, algunos pesos, tal vez, o algunas deudas, y la memoria de haber asistido hebdomadariamente a "cine" .

Morirse sin saber que se llevó inéditas virtudes de entendimiento y de acción prodigiosamente grandes, hipóstasis casi de lo divino, y que dejó sin a ello mirar siquiera, el milagro de los mundos y el enigma abrumador de la inteligencia humana.

Uno de los grandes filólogos del siglo XIX, Max Müller, afirmaba que el vocabulario de que dispone el hombre rústico de nuestras sociedades no alcanza a un millar de voces. Ello no es verdad. Mas sí lo es que su haber lexicológico se reduce a unos cuantos centenares de locuciones hechas, fórmulas de comunicación social que se repiten indefinidamente, a la manera de los discos de un fonógrafo o un reloj de cuco: "Buenos días", "¿Cómo está usted?", "¿Qué tal en su casa?", "¿Cómo va de trabajo?",

"¿Qué noticias tiene?", "Llueve un poco", "¡Qué mal anda la política, no le parece?", "Y los niños, muy grandes, verdad?", "Vio ya usted la última película?", "Bueno bueno, hasta otra vista, y que lo pase usted muy bien"...

Y sin embargo, cada uno de esos maniquíes que nos hacen sonreír con la estereotipia de su paupérrimo discurso, con su minúscula alma de clisé y su nonada de espíritu, violentamente sacudido por un choque moral puede dar de sí y de suyo prodigiosas reacciones de santidad, de entendimiento o de heroísmo, y sellar con el signo de su conducta ennoblecida algún bello instante de magnitud histórica.

Y aun sin eso, sin esa excepcional situación que despierte las potencias recónditas de la persona humana, la mera presencia del hombre multitudinario, la "acción de masa", como si dijéramos, en algunas ocasiones constituye ambiente catalítico, eso que hoy llaman "un clima", para la génesis del espíritu y el adecuado devenir de la cultura superior. Porque espíritu, cultura, historia y sociedad son hechos unívocos en su esencia y su proceso.

Si este fuese estudio de mayor amplitud, podría aducir ejemplos de tal orden que grandemente me impresionaron en el curso de mi vida. Y otros de índole nosológica que, por comparación, resultarían, a más de amenos, algo instructivos. Narrado así a la ligera, diré de uno de estos últimos, discretamente comentado por el paciente mismo. Era éste un médico en la mitad de la vida y de su carrera, intelectualmente mediocre, pero de encomiable sindéresis y esa especial auto-crítica de que la profesión suele dotarnos. Padecía de silencioso proceso sifilítico, que él creía dominado ya, cuando un mediodía hallóse tan ágil de cuerpo y tan alegre de espíritu como nunca antes habíase sentido. En una hora realizó trabajos que le demandaban ordinariamente varias, y halló tiempo para conversar elocuentemente con sus amigos, para pasear un poco, para comer con devorador apetito, y para pensar, en fin, en los problemas fundamentales de su vida con lucidez que, aun en medio de tanta euforia, le desconcertó un tanto. En efecto, eran

síntomas premonitorios de un estado congestivo, pues esa noche tuvo su primer ataque de hemorragia cerebral, y con él la ruina insoluble de sus sueños. Diez horas "geniales", añadía, que de haber durado diez años, me hubieran permitido sobresalir seguramente.

Quizás... digo yo, porque a tantos otros pre-paralíticos ello ocurre. Distinguiendo, esto sí, y descontándolos severamente, innumerables casos de ilusión patológica. Pues no olvido otro enfermo, médico también, y muy hábil de ingenio y buen poeta, que atrapado por desgracia en las redes capciosas de la morfina, me narraba sonriendo cómo, en los momentos crepusculares de la droga, entre la vigilia y el sueño, en esa calidoscopía hipnagógica suya, por donde la voluntad se eclipsa en torrente de seductoras imágenes, tan caudalosas e intensas que fingen magnitudes de eternidad a una noche, solía componer sonetos, a juicio suyo capaces de sorprender el mundo. Mas no le era posible domeñar la deliciosa laxitud de su embriaguez, y al día siguiente se encontraba con que los había olvidado. Una noche, sin embargo, venció el arte, su amor al arte, y levantándose con esfuerzo inaudito, según su informe, escribió el mejor, el pluscuamperfecto entre todos. Mas ¡ay! que al leerlo otro día, halló que sólo era —y por esto sonreía al referirme su experiencia mental— un centón de necedades...

La misma memoria puede cambiar su modo de ejercicio a veces: A raíz de violento ataque de agitación, a mi ver equizofrénica, uno de mis clientes, de ordinario muy mesurado e introspectivo, aunque discretamente ágil de inteligencia apenas, hallose sorprendido de la vivacidad adquirida por sus recuerdos infantiles más lejanos al retorno de la salud. Tanto así, me decía, que semejaban acuarelas de esas remotas visiones, lo que le condujo a pensar que en ello hubiese alguna falsificación mnésica, y le determinó a viajar cuatrocientos kilómetros para reconocer sobre los sitios memorados la exactitud o el engaño de tales recuerdos, y comprobar, como lo hizo, que en efecto eran justos.

Y no ya del recuerdo, sino de la virtud autónoma de la fantasía, conozco de otros casos de superación impresionante. Y entre ellos el de una señora bellamente dotada en lo moral y lo intelectual, con notable poder de intuición, sobre todo, aunque, esto sí, de temperamento un tanto cicloide, según lo revelaba la desbordante actividad de su vida. Ya desde niña mostró tal gracia y finura de observación que, como fuese llevada a otro pueblo del en que ella vivía por conocer a su abuelita materna, al regreso —y sólo tenía cuatro años entonces— se la describió a sus hermanitos de la siguiente forma, que le hubiese envidiado un Meissonier: "Agüelita es de saya y pañolón, dientes de quitar y poner, pelo de cabuya y la cara llena de canobas (canoas) "... Tal vez, tal vez,- ¿quién puede nunca saber estas cosas con certidumbre?— porque no fuese feliz en su matrimonio, ello es que diose a soñar voluntariamente sus sueños a solas, a contemplar en su fantasía el mundo interior con tales precisión y colorido que al fin ya eran más realidad que drama, otra realidad, al menos. Peligrosa alucinosis consentida, ciertamente (o casi alucinosis, pues que le ocurría a ojos cerrados, recordándonos más bien el orinismo patológico, o esas imágenes que Urbantschitsch y Jaensch llamaron eidéticas), que pudo conducirla a definitivo desdoblamiento de la personalidad y descabalarle el juicio, a no ser por la intervención oportuna de su médico que la disuadió de aquella objetivación creciente de su mundo interior y seductora dramatización voluntaria de sus ensueños.

En la literatura científica abundan anécdotas sorprendentes de esta índole. Ultimamente se ha comentado mucho el caso del joven belga Oscar Verahghe, quien por perturbación nerviosa habida a los siete años, quedó gravemente oligofrénico, lo que es decir, mentalmente débil, pero desarrolló tal potencia de cálculo que logra realizar de memoria en el término de dos o tres segundos operaciones matemáticas de difícil solución aun para avezados peritos; y entre nosotros ha habido también especímenes de esta laya, como el muy célebre "Almanaque" de Bogotá y el "Marañas" de Medellín, que mucho tuvieron de este don de cálculo, a pesar de su ostensible defecto mental en otros cauces de la inteligencia.

Ejemplos de triunfo por superación extraordinaria de la persona, sobre todo del orden moral y callado heroísmo del deber y los afectos, pudiera describir largamente. Sino que lo anecdótico corresponde a otros rumbos de la literatura técnica, que no a éste que voy a tratar en rápido resumen.

*

El hombre es una dimensión del Universo.

De ahí, pues, que el hombre sea para nosotros el personaje supremo de cuanto cósmicamente existe. Y no sólo para nosotros, también en sí, ontológicamente considerado el tema, sigue siendo el fenómeno capital del mundo. El Universo y el Yo son ecuacionales de suyo, aunque, naturalmente, el Yo subjetivo predomina imperiosamente en nosotros sobre el Universo objetivo en que actúa y vive. Predomina como elemento de afectividad personal y también como máxima expresión de la esencia óntica.

Sino que ese Yo es el personaje más desconocido que se ofrece al estudio de nuestra mente humana. Cuando nosotros sabemos menudos pormenores de otros seres, naturales o históricos, y hasta los conocemos con adecuada síntesis existencial, de nuestro Yo muy poco entendemos aún, ni objetiva ni subjetivamente, después de seis mil años de ahincada inquisición y sutilísimos análisis, hasta el punto de que es éste el campo en que la inteligencia del hombre ha padecido su máxima derrota.

Miremos un tanto, a ver en qué, pues, consiste el problema en sí, y ese su laberinto de dificultades gnoseológicas.

La más cuidadosa introspección nos coloca ante un diálogo íntimo, en que advertimos las representaciones mentales de lo inteligible, imágenes de los objetos que han impresionado nuestros sentidos de comunicación inmediata, como el tacto, el olfato y el

gusto; o de nuestra comunicación mediata espacial, al modo del oído y de la vista; o bien, las impresiones de nuestro propio organismo, la llamada cenestesia, que nos dice de lo que en él normal o anormalmente ocurre; las representaciones más sutiles aun de nuestros afectos, de nuestros recuerdos intelectuales, de nuestros juicios estructurados en voces, todo ello de un lado, y del otro, uno a manera de testigo o juez que dirige aquellas representaciones observa, entiende, dirige y califica.

De estas dos partes del contenido mental, las imágenes y el censor, por decirlo así en resumen, a éste atribuímos la conciencia intelectiva, y lo identificamos con el alma o espíritu del hombre.

La porción representativa se divide en imágenes sensoriales, como las que espontáneamente se reproducen en nuestros sueños, más precisas de suyo, mejor coloridas e iluminadas, que conservan sus cualidades de perspectiva y de volumen con que se observan en el cinematógrafo, y en representaciones mentales de estas mismas imágenes que son apenas como trasunto o vago esquema de su entidad, a modo de un negativo fotográfico, cual ocurre en la vigilia de nuestro trabajo intelectual.

Esta división representativa está comprobada fisiológicamente por la existencia en nuestro cerebro de centros distintos para su funcionamiento normal, ya que, para la visión, pongamos como ejemplo, la región calcarina recibe y retiene las sensoriales, en tanto que hacia adelante de ella se produce el entendimiento suyo y la síntesis de la elaboración mental correspondiente. De la misma manera se distribuye el proceso de las representaciones auditivas o táctiles en otras porciones especializadas de la corteza cerebral del hombre. Y aun, a veces, otros centros se forman para el mejor discernimiento de estas representaciones, como en el caso del lenguaje hablado, de la lectura y la escritura.

Más todavía: parece que de las seis capas de células nerviosas que constituyen esa dicha corteza cerebral, sólo tres de ellas, las superficiales, atienden a la máxima operación de la síntesis, y, por consecuencia, a la sutil estructura de los conceptos.

Asimismo se ha fraccionado la función intelectual del testigo u observador y censor de que traté antes, en dos campos de estudio: el consciente, relativamente pequeño, impreciso y móvil, y el inconsciente, de mayores alcances y más perduración. Al decir de algunos psicólogos, este constituiría la esfera meramente psíquica, y el otro la espiritual, distinguiendo así, contra toda etimología, la psique del espíritu, para eludir las incongruencias que, como veremos adelante, surgen de atribuir al espíritu funciones inconscientes, o a los procesos inconscientes virtudes espirituales.

División que, por otra parte, ha venido debatiéndose en todo el decurso de la investigación filosófica de la Cultura Occidental. Así, para los discípulos de Santo Tomás de Aquino, siendo el alma forma substancial del hombre, no cabe esa separación entre lo espiritual inteligente y consciente y lo meramente psíquico; en tanto que para los seguidores de San Pablo, Tertuliano, Orígenes y San Agustín, y por ende, de Platón (también así pensaban Plotino y el profeta Isaías), alma y espíritu no deben confundirse. Aristóteles mismo, recordando probablemente a Anaxágoras, distinguía la "psiqué" del "nous", es decir, entre el alma de las pasiones y emociones inferiores y el espíritu del discernimiento y la conciencia.

Los estudios acerca del comportamiento animal ("animal behaviour" de los psicólogos ingleses), se compadecen mejor con esta distinción diferencial, que pues resulta hoy abrumadoramente arduo el negar a los animales cierta capacidad intelectiva, algún discernimiento y un ápice, a lo menos, de conciencia de sus representaciones y sus actos. Hace más de cuarenta años que me preocupa este apasionante estudio de la conducta de los animales, y francamente dicho, no me atrevería a calificar de inconscientes todos sus actos, ni de "ciegamente" instintivos sus procesos de acción. Nadie duda que ellos reconocen objetos y personas, halagos y peligros, juegos y amenazas, admoniciones y recompensas, no

apenas como resultado inmutable de su instinto, o de tropismos físico-químicos, o de reflejos condicionales que adquieren mecánicamente, sino con algún elemental discernimiento, tras de incertidumbre y búsqueda, tras de comparación mental y selección, que implica inferencia, que implica propósito, que implica, en fin, un proceso más elaborado que el presupuesto en la mera contemplación inerte de imágenes sensoriales.

Son muchas las anécdotas de conducta animal inteligente que todos conocemos, e innumerables las que ha recogido la literatura de ambos órdenes, recreativa y técnica. Yo sólo aduciré una, en gracia de la brevedad, y tal vez de la muy noble impresión que deja en el espíritu. Ello fue así, con poco más o menos: Hace cosa de treinta años, mi profesor de Anatomía, el finado doctor Joaquín Lombana, atendía a los quehaceres de su farmacia de la carrera 7ª de esta ciudad, número 16-31, cuando un gozquecillo de la calle entró a ella gimiendo un poco de una pata rota por el tranvía que por ahí pasa con muy estrecho espacio y grande aglomeración de público. En viéndole así mal herido, y como buscando refugio humildemente, Lombana lo tomó con gentilísima solicitud y curándolo, le entablilló la pierna estropeada e hizo cuanto más pudo hacer por darle alivio. Tiempo después, sin que yo sepa cuanto, reapareció cariñosamente el ya sano animalejo, mas esta vez no ya solo, sino acompañado de otro gozque amigo suyo, que también traía una pata rota, y al cual, inútil es decir, atendió el maestro, un sí es no es sonriendo ante este diploma de algebrista veterinario que le concedía la gratitud de su canino paciente... Lo que pensara el perro ¡vamos! yo no lo sé, pero se hace difícil escapatoria atribuir el hecho a mera casualidad, ni a reflejo alguno, ni al mondo y lirondo instinto de su especie. Para mí hubo en este acto algún trámite de inferencia, reconocimiento mnemónico y sentimientos de amistad, por una parte, y de gratitud, por otra, descontando cuanto se quiera descontar en el asunto.

La esquivez a admitir interpretaciones de esta índole tiene explicación muy respetable ciertamente: El signo "indica" las cosas, el símbolo las "significa". De ahí que la psiquis animal, actuando principalmente en lo concreto, utilice signos, y la humana, más dueña ya de la abstracción, trabaje con símbolos. El signo establece relaciones materiales, el símbolo relaciones abstractas. El signo relaciona una cualidad aislada con un objeto aislado.El símbolo un conjunto de cualidades con un ser o una cualidad con un conjunto de seres, haciendo abstracta esa relación. Estas relaciones abstractas constituyen ideas. Hay en ello un proceso ascendente de complejidad, que corresponde al proceso ascendente de organización más hábil, y no dos procesos evolutivos: una escala, pues, y no dos escalas diversas, en la evolución psíquica de los seres vivientes, aunque otra cosa opinen y enseñen eximios maestros de las novísimas escuelas filosóficas, deslumbrados tal vez con los portentos resultantes de las estructuras y "formas" más complicadas, intrincadas y sutiles que hallamos en el hombre.

En la evolución del lenguaje humano, cualesquiera que sean las rectificaciones que se hayan hecho a las teorías que de su generación y desarrollo predominaron en el siglo XIX, hallamos impresionante ejemplo de similitud y de verosimilitud para aducir en este asunto. En efecto, las lenguas primitivas, a la par con la mente del hombre, han venido pasando de lo concreto a lo abstracto, del adjetivo, signo individual, al sustantivo, símbolo abstracto; del sustantivo al verbo; del juicio adjetival, como también ocurre en los niños y en los que comienzan a expresarse en otro idioma, al juicio proposicional completo; de los verbos, en fin, de relación particular a los verbos de relación genérica, o sea, a los símbolos de relación ideológica con que se expresa nuestra cultura contemporánea.

Y así, pues, reanudando mi discurso acerca de la psique de los animales, diré que en ellos actúa también ese testigo, observador o censor que en nosotros distingue y califica las representaciones y los afectos, las voliciones y el recuerdo. La intención con que proceden en solicitud de algunos medios de acción y de algunos fines, igualmente presupone aquel discernimiento y la existencia

de este comando íntimo. La sola presencia de las imágenes en mecánica procesión cinematográfica, los dejaría indeterminados y confusos; unicamente acompañada de tropismos y de afectos, sin alguna indeterminación selectiva, no quedaría en ellos espacio para la educación inteligente, como no se puede educar una máquina a que con halagos o castigos obedezca más o menos a los impulsos que la mueven y, menos aun, a que los contraríe en parte.

Fuera de las emociones primarias de placer y de dolor, de miedo y cólera, de amor y de hambre etc., que tienen su sede básica en el diencéfalo, en la capa óptica propiamente y el hipotálamo, los animales disfrutan de estados afectivos mejor elaborados, de sentimientos nobles, como la gratitud, el orgullo de sus buenas acciones, la protección de los débiles, el remordimiento de sus faltas, la alegría del triunfo, que requieren procesos asociativos de más encumbrada esfera psíquica, y centros de representación secundarios, sitos en la corteza del telencéfalo o palio cerebral superior y más moderno.

La intelección de los símbolos, el verbo, digamos, de nuestro lenguaje, o el número aritmético, hasta cierto límite, no se puede tampoco negar a la mente de los animales de mayores "potencias" psíquicas, como el elefante y el perro, y esta distinción y comprensión del símbolo sí que sería imposible con los aislados recursos del instinto, de los tropismos o de los reflejos condicionados de una educación mecánica, sobre todo, si concedemos, como yo he tenido que aceptarlo en vista de innumerables ejemplos, que ello ocurre en algunos animales sin educación previa, antes con prodigiosa espontaneidad individual e incidental a veces.

Asimismo, ya casi tocando en la linde de esa "psicología animal" romántica del siglo XIX, esa que produjo la obra estupenda de Fabre y de Romanes, por ejemplo, y que hizo perder los estribos filosóficos a hombres tan sutiles como Bergson, yo acogería la tesis de la existencia en los animales de cierta aptitud moral o actitud, al menos, que los mueve a la pesadumbre de sus malas acciones, al escondite de sus vicios y hasta el planeamiento de la coartada especiosa, de astucia, a menudo, casi inverosímil.

Y aunque la mayoría de los psicólogos se detienen cautelosamente ante la incertidumbre de si los animales poseen o no algún leve grado de autognosia o conciencia intelectiva, cosa de suyo imposible de probar directamente, no deja de haber probabilidades de juicio indirecto que asi lo presuponen, como el hecho de distinguir lo suyo de lo ajeno, el campo de acción de su "propiedad" para su alimentación y su vivienda, el recuerdo de los seres queridos con impresionantes fenómenos de dolor por su ausencia, la solicitud de protección consciente ante peligros que superen su capacidad de defensa propia o de su prole, y aun de sus compañeros de amistad y especie... cúmulo de indicios que autorizan la opinión afirmativa, y hasta la exigen.

*

Autognosia, discernimiento, actitud moral, intención consciente (y excúsenme el pleonasmo psicológico), en cualquier grado que se concedan, y es ineludible concederlos en alguno, no caben en la nuda estimativa animal de alma "vegetativa" y "sensitiva" apenas, ni mucho menos en la inverosímil categoría mecánica de los instintos a que la, por otro aspecto, despabilada inteligencia de Descartes se dejó conducir ingenuamente.

Y mire usted, señor lector, que esta mente humana nos pone en descabellados apuros respecto de la calidad de su discernimiento, y aun nos deja dudas muy graves sobre esas sus preciadas virtudes de juez soberano de la verdad accesible a nuestro espíritu. De luengas edades acá subsiste la pugna entre el hombre de los dichos ingeniosos y el hombre precabido de los hechos, sin solución, a pesar de todos los esfuerzos ponderados de la sabiduría. Lo digo, porque esta discusión acerca de la psique animal no concluye aún: después de la obra mesurada y tenaz de Carlos Darwin, que corrige la inconsulta aseveración cartesiana, todavía hoy se discute el mérito intelectual de los instintos, y contra la investigación

escrupulosa de hombres que le han consagrado media vida a este asunto, como François Huber, K. Groos, W. Koehler, Roberto Yerkes, K. von Frisch o E. Th. Seton, vale decir, otros se irguen con escepticismo disolvente o categórica negativa, y entre tales otros, nadie menos que un Pierre Janet o un E. Wassmann, sesudos maestros en lo fundamental de sus labores técnicas.

No importa que el chimpancé adulto sólo alcance a la edad mental de un niño de diez o doce meses: lo que nos incumbe descubrir es si tiene alguna edad "mental"...

Esta voz "instinto" trae consigo un lastre histórico de significación especial que ha maniatado la agudeza interpretativa de casi todos los psicólogos y filósofos del mundo, porque aun a esta hora de la cultura y de la ciencia solemos caer en el paralogismo de divorciar sus funciones psíquicas de las funciones psíquicas de la inteligencia, de contraponer las unas a las otras como géneros aparte y aun catastróficamente opuestos, ora espiritualizando la una, ora hipostasiando en el otro la vida recóndita del mundo.

Ya desde mis tiempos de estudiante de fisiología me desconcertaba la hipótesis de que hubiese en un mismo órgano de un mismo individuo y para un mismo fin dos funciones diferentes, y me preocupé de meditar acerca de la disparidad posible entre inteligencia e instinto, contemplándolos en sí y en su desarrollo evolutivo a través de las edades y de las especies. El resultado de esa meditación me condujo a opinar que son una misma "facultad" o virtud, a ver en el instinto una inteligencia estereotipada (o sistematizada, por así decirlo), estancada, pues, cuando el órgano de su asiento no pudo dar de sí mayor avance, es a saber, cuando la limitación orgánica detuvo la función.

Yo veía cómo fue desenvolviéndose esta función psíquica con el curso del tiempo, calculado ahora en algo más de mil millones de años, para trocarse, de inicialmente asociativa interorgánica (motilidad y sensibilidad), asociativa espacial luego, y finalmente interpretativa del propio sujeto y del mundo. Mas ¿cómo fué que cierta porción evolucionara hasta hacerse señora del símbolo y

auto-calificarse de espíritu, y la otra se estancara en este circuito cerrado de reacciónes preestablecidas que denominamos instinto?.

En primer lugar, y hasta donde alcanzan mis conocimientos, no me es posible excluir dogmáticamente de los animales algún leve don de iniciativa individual, ni cierta vislumbre de discernimiento, cierta vislumbre de propósito, ante determinados estímulos externos que no logran resolver con las soluciones prefijadas instintivamente por su especie. Son millones los casos de observación de estas respuestas de iniciativa individual de los animales, inclusive de algunos de la escala inferior de los insectos, y no se diga de otros de más encumbrada categoría zoológica. Pero, no se requieren tales millones de pruebas, pues basta que admitamos una sola iniciativa inteligente en un solo animal de la creación, para que desaparezca la diéresis o separación categoremática entre inteligencia e instinto. Y en verdad en verdad, yo no estoy capacitado para emitir tamaña negación de hechos tan superabundantes, emocionantes y cuidadosamente definidos.

Por la serie filogenética, la función psíquica llegó a la cumbre, en sus primeras jornadas, con la vida asociada de algunos insectos en el período secundario de la tierra. Mas ello es que este derrotero vital no podía pasar de cierto hito, habida cuenta del límite de su propia estructura: la armazón quitinosa de soporte o carapacho, que sirve de articulación al sistema muscular y al conjunto viceral o esplácnico de los invertebrados, es exterior, y por ende, incapaz de crecer más allá de determinado punto de peso y de esfuerzo de aquellos órganos sin consolidarse hasta impedir toda movilización del ser. Aun dentro del parco crecimiento de algunas especies inferiores, tiene que ocurrir la muda o éclisis (Ek-lysis) de su cubierta (fenómeno que persiste en algunos vertebrados de sangre fría, como las serpientes). El sistema de respiración por tubos branquiales de esas clases inferiores del reino animal, impide asimismo el que superen cierta estatura y cierto volumen, más allá del cual la oxigenación y el metabolismo de los gases se extinguen.

A esta detención del crecimiento orgánico correspondió la suspensión del perfeccionamiento funcional: el ganglio cerebral de un insecto, pongamos por caso, no podía pasar de cierto volumen, de cierta complejidad, en consecuencia, y la función alcanzada hasta entonces permaneció inmutable para el ascenso, aunque, naturalmente, perfectible en sí, cuanto a precisión, espontaneidad y rapidez, por tener que repetirse uniformemente centenares de siglos. A ese conjunto de reacciones y soluciones psíquicas así sujeto a indefinida repetición y ejercicio perenne, llamamos instinto, cuando en realidad son soluciones de la inteligencia "cristalizadas" en una cuantía y un rumbo, como alguna vez opinó Hachet Souplet.

Pero... ¡entendámonos acerca de esta palabra "instinto" Porque unas veces contemplamos en ella el conjunto de soluciones adquiridas por el animal en el curso evolutivo de su especie, y otras el impulso predeterminado y ciego a aplicar esas soluciones a las situaciones o problemas en que la vida los coloca ineludiblemente.

Muy bien... Mas, ¿cómo fue posible que estos animales obtuviesen aquel acervo de soluciones psíquicas, y cómo ocurre que irrefrenablemente las apliquen al presentárseles la correspondiente excitación funcional?.

Para llegar a ello los seres animados siguen tres procesos muy distintos, a saber:

Al primero pudiéramos llamarlo "reacciones de adecuación espontánea". Con efecto, ante cualquier situación interna o externa que demande alguna acción, todo ser vivo responde espontánea e inmediatamente como un todo funcional, según su estructura, y en tanto cuanto esa reacción contribuya a conservar la especie, la especie la conservará a su vez, como suya propia, mediante las leyes del hábito y de las mutaciones orgánicas que éste imprime o suscita.

Al segundo proceso corresponden aquellas impresiones pasivas que el azar depara a los seres organizados, aquellas modifica-

ciones que les imprime el ambiente suyo, o un acontecer nuevo cualquiera de ese ambiente, y que, en siendo útil a la conservación de la especie, ésta, al conservarse con ellas, a ellas conserva asimismo.

Ninguna de estas dos operaciones, ni la ciegamente reactiva primera, ni la ciegamente pasiva segunda, exige funcionamiento psíquico especial alguno, aunque luego hayan de constituir parte de los haberes sistematizados del "instinto".

Mas hay una tercera ruta de adaptación de los seres animados al ambiente suyo, y es aquella que ellos hallan por la búsqueda propia de una solución ante las dificultades que contemplan para su vida o sus funciones, y que, por ser eficaz en la protección de la especie, preservan consigo, repiten y mejoran hasta donde se lo permiten las posibilidades de su organismo.

Esta virtud de poder buscar y de poder hallar soluciones psíquicas, es la que yo contemplo aquí, y a la que no puedo, aunque todavía carezca de autognosia y luz consciente de sus propios actos, separar de la inteligencia, genéricamente concebida.

Y esa su limitación ineluctable fue un triunfo de la humanidad, pues afortunadamente para el hombre, comoquiera que de seguir aquel progreso del sistema nervioso de los invertebrados, de los insectos, sobre todo, estos se habrían apoderado del mundo con antelación de veinte o treinta millones de años, y ganado, por tal manera, el imperio terráqueo de la vida, con exclusión absoluta de este "homo sapiens" que vino luego a coronarse rey y señor suyo.

Aun así, dentro de esa circunscripción del desarrollo orgánico de los insectos, maravilla y casi suspende el ánimo de los buenos observadores el contemplar cómo cupo tamaña función en la diminuta entidad de ese gangliecito nervioso de abejas y de hormigas, por ejemplo, sede de operaciones para la multiplicidad y el portento de sus artes, y de sus emociones y sentimientos (?), de lenguaje peculiar y de sus recursos de inventiva. Consideremos las sutiles dimensiones de una hormiga "azucarera" de nuestro

trópico o de una de esas avispas del género "Tricograma", digamos, que pueden holgadamente pasar en fila de parejas por entre dos puntos suspensivos (...), y todas las funciones nutritivas, amativas, defensivas y complejamente asociativas que cumplen con adecuación que deja estupefacto nuestro juicio.

¡Ni qué de exótico o desconcertante tiene la contemplación mental de estas breves magnitudes, si la físico-química nos dice que eliminando los espacios intratómicos de nuestro cuerpo quedaría reducido a tales dimensiones que podríamos pasar erguidamente por el ojo de una aguja!...

Este milagro y sortilegio de la molécula orgánica se torna aun más indescifrable en aquellos elementos de la herencia que los ingleses dicen "factores hereditarios", y a los que el danés Wilhelm Ludvig Johannsen nombró en 1909 "genes" (radical de génesis y de generación, originado, más remotamente, de "genos", raza), estupendamente estudiados por el americano Thomas Hunt Morgan y sus discípulos. Ocurre, pues, según estos investigadores, que la cromatina nuclear de la célula germinativa, núcleo que puede ser del tamaño de una a cinco micras, se divide (carioquinesis) en cierto número de bastoncitos, uniforme para cada especie, veinticuatro en el lirio, cuarenta y ocho en el hombre, e. g., y que en estos fragmentos existen miles de los tales genes o unidades de generación, que aportan los caracteres distintivos de la especie y del futuro individuo engendrado. Como los bacteriófagos y los virus, estos cuerpecitos elementales deben ya estar cerca del tamaño de las moléculas mayores o, a lo menos, de aquellas hipotéticas agrupaciones moleculares que el suizo Carlos Guillermo Naegeli concibió con el nombre de "micelas" (en efecto, los virus filtrables más sutiles tienen alrededor de mil moléculas orgánicas solamente), y sin embargo, miren ustedes y vean qué prodigio de funciones desempeñan al dar nacimiento a sexos, extructuras, formas, colores y otros caracteres específicos, raciales e individuales del nuevo ser en embrión.

Es el milagro del átomo polivalente de carbono y de su posible disposición en anillos y cadenas, que le conduce a originar no menos de un millon de cuerpos... y a constituir probablemente el fundamento de la vida, como ya he dicho. Es él, sin duda, el núcleo para la organización de esa modalidad de cuerpos orgánicos que Thomas Grahan estudió y denominó "coloides" en 1860, y que el ilustre Pr. Svedberg de Upsala ha logrado desmenuzar últimamente en sus mínimos componentes, mediante la ultra-centrifugación, y presentárnoslos como moléculas arracimadas, que a partir de un peso molecular no menor de 34.500, pueden ya, tal vez, sustentar la vida.

*

¿Cómo, pues, se organizó en el curso de las edades y en la serie animal este sistema nervioso, que es sede de aquellas funciones psíquicas e insoluble enigma de nuestro espíritu?.

La gran capacidad de combinación que posee el átomo de carbono parece constituir, según antes dije, una de las bases para la aparición de la materia orgánica en nuestro mundo, y por lo tanto de los primeros seres organizados que iniciaron la evolución en él de la vida. Por esa virtud del carbono fue posible la formación de moléculas de elevado peso atómico, complejas y fácilmente modificables por intercambio de sus elementos con otras, a modo de la hemoglobina: C785 H1203 0218 N195 Fe S3, con peso molecular promedio de 69.000, o la gigante yodotiroglobulina, que alcanza a 675.000... La posición que en ellas ocupen los átomos o grupos atómicos, según la estereoquímica (J. A. Wislicenus, J. H. vant Hoff etc.) tiene importancia fundamental, pues los cuerpos isómeros, que son de igual número de dichos átomos, pero de diferente colocación de ellos en la molécula, gozan de funciones distintas y aun opuestas, cual es el caso de la quinina sintética y de su isómero de fórmula molecular "anamórfica" (o invertida como en espejo), en que la primera es un remedio y la segunda un tósigo para el organismo humano. El número, sin modificación de

substancia, el número de unos mismos átomos, comunica a la molécula propiedades diferentes, cual se observa en los cuerpos polímeros, hidratos de carbono, hidrocarburos y alcoholes, v. gr., y en la gradación rítmica de los electrones dentro de la serie de los noventa y tantos cuerpos simples.

En estudio anterior a éste hice hincapié en esa misteriosa influencia de la POSICION y el NUMERO en el orden de la llamada causalidad de los seres, anotando cómo es inexplicable el que una substancia de determinada virtud adquiera virtud disímil con sólo variar de posición o de número, sin cambiar de esencia ninguna de sus partículas o elementos constitutivos.

Mas, sea de ello lo que fuere, se supone que en un momento dado de la existencia del planeta terráqueo, al amparo de condiciones especiales de humedad, de luz y de calor, de electricidad, tal vez, y de la presencia de soluciones salinas adecuadas a ello, en la superficie de los mares primigenios, quizás, se fueron asociando algunos átomos al rededor de uno nuclear de carbono, el hidrógeno, el nitrógeno y el oxígeno, en primer plano de composición, y ciertos metales de acción catalítica, hierro, manganeso y cobre, vamos al decir, el magnesio y el azufre, en otras formas, y constituyeron los cuerpos coloides elementales primitivos, en una a modo de "glía", "glea" o gelatina más o menos conformada en esférulas o globitos por la tensión superficial de que de suyo disfrutan tales formaciones, y con la adquisición de una carga eléctrica polarizada con su ambiente. Para esta "gelatina primitiva" de L. Oken, Thomas Henry Huxley propuso el nombre de "protoplasma", tan divulgado hoy día en todas las esferas biológicas del conocimiento, inventado por Von Mohl en 1847 para denominar el citoplasma o plasma viviente de las células.

Aquellas propiedades peculiares de la molécula orgánica, de complejidad y relativa inestabilidad, de intercambio, por ende, y estas físicas de polaridad eléctrica y tensión de superficie, pudieron establecer corrientes nutritivas y metabólicas en el seno de los prenombrados globitos de coloides; y el hecho de que, a su vez, den-

tro de dichas esferas gelatinosas se produzca otra polaridad eléctrica entre la membrana continente y su contenido, nos permite presuponer, así sea muy dubitativamente, la concentración de alguna parte de esa materia coloide en agrupación central, de cromatina, digamos, y dar luego origen al núcleo; o bien otra de esas esferitas o glóbulos de la glía ambiente, de carga eléctrica contraria, polarizarse en el seno del que la absorbió, y en lugar de ser asimilada, hacerse asimiladora, y de comestible trocarse en comensal, creando con el cuerpo que la incluyó el protoplasma nutricio de la futura célula, y con el suyo propio, concentrado por acciones físico-químicas, (eléctricas y diastásicas tal vez) el núcleo de ella.

De esas combinaciones químicas hasta el límite de saturación de las valencias respectivas, continuando la inestabilidad molecular, puede venir el fraccionamiento por la acción de presencia de otros grupos moleculares de carga eléctrica polarizada, y ya no ocurrir el mero intercambio de yones, sino la división de un agrupamiento molecular, base de la reproducción, con lo cual completaríamos en hipótesis fantástica, desde luego, porque otro recurso mental no nos asiste aun en tal materia, completaríamos, repito, el ciclo vital de asimilación, desasimilación y reproducción que caracteriza a los seres organizados.

La célula así constituída nos ofrece algunas cualidades propias, como la irritabilidad, fuente de la sensibilidad, y la conductibilidad, principio del futuro sistema nervioso. Veamos esto a nuestro espacio, que otra ninguna demostración nos incumbe más en este estudio.

*

Tengo para mí que los descubrimientos del cero y de la lente son las dos etapas supremas en el proceso de la civilización: de la técnica, desde luego, indubitablemente, y de la cultura ideológica superior, a consecuencia de los amplísimos espacios que con

aquella se abren a las lucubraciones del entendimiento. Casi todo cuanto hoy enorgullece al hombre fue obtenido con la mediación instrumental de esta lentejita de vidrio (lente quiere decir lenteja), que griegos y romanos entrevieron, que los medioevales aplicaron a la invención de los anteojos para la corrección de la presbicia senil, primero (fines del siglo XIII quizás), y de la miopía, posteriormente, atribuídos en parte al insigne Rogerio Bacon, y que los científicos de ese portentoso siglo XVII, Roberto Hooke y Antonio de Leeuwenhoek, para solo nombrar los ases de esta partida, adaptaron a la visión microscópica, con un tan buen éxito, que este último ya pudo estudiar, con su insomne tenacidad holandesa, las "hematíes", eritrocitos y corpúsculos rojos de la sangre, los espermatozoides o células masculinas de la generación (con Luis Hamm), la levadura de cerveza, el núcleo, en fin, que después confirmó Fontana, y aun las bacterias del suelo, con todo lo cual iluminaron nuevo mundo a los ojos atónitos de la sabiduría.

De ahí adelante tuvimos que entendernos con el microcosmos y acuñar lenguaje nuevo para las nuevas nociones, como que las unidades de medida en uso entonces quedaron inadecuadas para la mensura y valuación de estos seres diminutos y poderosos a la vez: la milésima de milímetro o micra; la milésima de miligramo, o gamma, la milésima de segundo o sigma, y aun la centésima de micra o Angström, vinieron con los años posteriores a reemplazar en dicha esfera los tradicionales patrones de vara o pié y metro, de hora o día y segundo, de onza o libra y gramo, quedados en zaga por la revolución surgente y definitivamente irreversible.

Y brotaron los descubrimientos asombrosos del siglo XIX: Karl Ernest von Baer observó el huevo de los mamíferos en 1827; Theodor Schwann y Matthias Schleiden sentaron, al rededor de 1840, la doctrina de que todos los organismos están constituídos por células; Brown, el núcleo, en 1831 (así llamado por Miescher en 1871); Christian Gottfried Ehrenberg estudió en 1833 las fibras nerviosas, y Robert Remak la célula correspondiente, "pericarión" o neurocito, y al conjunto de célula y ramificaciones denominó neurón —o "neurona", como hoy se dice— Wilhelm Waldeyer en 1891; Ramón y Cajal y Camilo Golgi consolidaron la teoría de esa neurona; Franz Nissl demostró en ella la presencia de sus famosas granulaciones, que había observado G. Magini, y, ya en este siglo, el húngaro Apathy y el alemán Bethe adelantaron la investigación hasta las fibrillas intracelulares, abriendo el margen para las recientes hipótesis acerca del "neuropil". Hoy día (Hans Berger y sus continuadores) se ahonda en la búsqueda de las corrientes nerviosas, "alfa", "beta" y "delta", tan útiles en la pesquisa del funcionamiento normal y patológico del cerebro y de la psique. Las perspectivas que esta investigación electroencefalográfica ofrece, a la par con la que resulte de la "microquímica" de los fermentos intracelulares y de la prodigiosa que habrá de venir en lo estructural mediante los recursos microscópicos de reciente invención, no tiene ya límites. Hemos llegado a una era de portentos que arroba el ánimo y abruma las viejas aptitudes discursivas del entendimiento humano.

La ventana de luz que el insigne germano-belga Andrés Vesalio, verdadero continuador del alejandrino Herófilo, abrió en 1543, no se apagó nunca luégo. En su corta vida de 1514 a 1564 hizo más este hombre por la Anatomía, la Fisiología y la Medicina en general ("De humani corporis fabrica") que la humanidad entera en todas las centurias anteriores. Porque si el genial Hipócrates liberó la Medicina de la magia que la tuvo milenariamente aherrojada en las futesas del exorcismo tribual primigenio, Vesalio la encumbró a la certidumbre de los hechos anatómicos, y la encauzó por derroteros de severa comprobación, contra el verbalismo y el empirismo de sus predecesores medioevales. Debido a su ejemplo fue factible en el siglo XVII la obra capital de Thomas Wilis: "Cerebri anatome nervorunque descriptio et usus"; por él, en suma, gozamos los estudiantes de mi generación de poder instruirnos en el maravilloso texto de Luis Testut y de orientarnos en investigaciones tan hábiles como las expuestas en " The

integrative Action of the Nervous System" del oxfordiano Charles Scott Sherrington... mañana, hecho el balance experimental de la guerra que ahora concluye, veremos y sabremos cosas no soñadas antes. Aquella revolución científica que en el siglo XIX subió a las altas cumbres de Pasteur, de Rodolfo Virchow y Claude Bernard, creadores de un nuevo mundo técnico, ahora repetirá sus hazañas con renovado brío y armas aun mejores.

*

Armados, pues, los hombres con los predichos recursos instrumentales y conceptuales a la vez, diéronse a perseguir la probable ruta de evolución del sistema nervioso a través de la cadena paleontológica de los seres vivos.

Al dividirse los primitivos unicelulares de la futura escala animal sin aislarse, es decir al formar glomérulos de células interdependientes, se constituye un conglomerado de aspecto moriforme, que por analogía ha sido denominado morita o "mórula", tal como surge en los primeros pasos del proceso embriológico, y a la manera como aun puede observarse en los infusorios (?) flagelados del género "Volvox globator", que conservan esta disposición primigenia.

Con la multiplicación de estas células en su disposición colateral se produce un ensanchamiento interior, que en embriología denomínase "blástula", con el significado de "brote", y que persiste en los celentéreos actuales del tipo de las medusas, por ejemplo.

La capa inferior de estas células en agrupamiento blastular se nutre mejor, probablemente, y al continuar creciendo en su espacio reducido tiene que replegarse hacia dentro, invaginarse, según el término embriológico, y dar nacimiento a la "gástrula", estómago primitivo, cuya apariencia puede contemplarse en el género contemporáneo de los gastrotríquidos o "Gastrotricha".

En esta jornada de las estructuras vitales volvemos a advertir la importancia definitiva de la POSICIÓN en la génesis de

los seres y la vida, la posición como principio de causalidad, de esto que hemos llamado "causalidad", diré mejor, pues al llegar a este punto de la evolución embriológica y paleontológica, que para estos primeros escalones es casi uniforme, no solo el crecimiento, también las funciones, surgen de ella: la capa externa que resulta de la invaginación antedicha, ectoblasto o blastómero exterior, dará origen a la ectodermis, y con ella, posteriormente, nada menos que al sistema nervioso, a la piel y a los órganos genitales; la interna, endoblasto o endodermis, a los órganos digestivos etc. ; la media o mesodermis (mesodermo de los anatómicos), a los huesos, la grasa, la sangre y el sistema muscular, entre otras cosas.

Al mesodermo (sería mejor decir "ectoderma", "endoderma" y "mesoderma", pero... ¡qué le vamos a hacer, si otra cosa quieren ya el uso y los diccionarios!) al mesodermo corresponden, pues, las estructuras de locomoción y de sostén anatómico y, por lo tanto, de la forma específica del cuerpo; el endodermo se encarga de producir los órganos de la nutrición de ese conjunto, con todas sus glándulas anexas, y el ectodermo se lleva la palma al asumir las supremas funciones de relación, pues que de él surgen todos los motivos y todos los atractivos del amor y las bases todas de la inteligencia y la conducta...

Partiendo de su célula original germinativa, el hombre ha de crecer mil millones de veces para llegar a ser adulto, y ocupar casi el término medio entre el electrón ínfimo y la plenitud del cosmos, con cien billones de células orgánicas y diez mil cuatrillones de átomos de composición molecular. ¿De qué modo ha logrado obtener su cumbre en la alta esfera del espíritu?.

Súbito surge aquí para nosotros el momento esencial a que se orientaba toda esta digresión que acabo de hacer sumariamente: aquí comienza la génesis del sistema nervioso, con su historia estupenda, dramática en algún modo, y gigantescamente difícil. Bella, esto sí, cual cosa otra alguna de las que incumben al hombre.

La conductividad del citoplasma o protoplasma celular y de sus respectivos hormones primarios permitía la comunicación de unos con otros elementos, sin duda, pero muy lentamente, y así, progresando la diferenciación de las funciones, apareció entre las células de la ectodermis una con prolongamiento para transmitir el impulso motor a los músculos, y otra semejante para traer la conmoción o excitación sensible. Aquel primer paso se advierte aún en animales muy inferiores, como la hidra. Luego se articularon las dendritas o ramificaciones de una y otra en sinapsis funcional e hicieron posible el llamado arco reflejo de la acción nerviosa, con célula sensitiva y célula motriz independientes, que comienzan a aparecer en las medusas. Hasta entonces, seres unicelulares, imperó el mundo elemental de los tropismos (J. Loeb: termo y fototropismo, electro o gálvanotropismo, baro o geotropismo, oxitropismo y quimotropismo en general), con los cuales los seres vivientes se conducen conforme a las fuerzas físico-químicas de la naturaleza; ahora se inicia su autonomía parcial: mediante la multiplicación de los elementos constitutivos y la complejidad de las funciones correspondientes, se introduce una causal de indeterminación inmediata, comienzo de lo que en remotas generaciones futuras entonces designamos con los controvertidos nombres de libertad y espíritu.

En efecto: a poco más de esta evolución filogenética del sistema nervioso aparece entre las dos células del arco reflejo antedicho, otra meramente conectiva, que esboza y anuncia los futuros centros de vinculación, elaboración y cuasi "retén" de la corriente nerviosa, hasta producir los ganglios respectivos, de los gusanos, e. g., y los más eminentes ya, y más útiles, de los artrópodos.

Al multiplicarse estas células conectivas, de mera asociación inicial probablemente, adquieren funciones nuevas, que complican sobremodo este estudio. El arco reflejo simple que he mencionado antes permitía emitir el imprudente juicio cartesiano de que el animal es apenas instrumento mecánico, mas ahora los hechos se intrincan hasta conducir a la mística concepción bergsoniana del

"élan vital", en que el instinto aparece superior a la inteligencia, por lo directo, entrañado y seguro. El reflejo elemental y los tropismos no bastan para hacernos entender la diabólica astucia con que ciertas avispas (Sphex, v. gr.) proveen de alimento a su prole o la cómica malicia con que el cangrejo se come las ostras evitando el cierre de sus poderosísimas valvas.

Los tales tropismos se han complicado maravillosamente: la atracción de un gamete por otro, esto que pudiéramos llamar bárbaramente "sexotropismo" o "gamenotropismo", embrollado con restricciones sociales crea ese mundo de sutilezas y de angustias, de emblemas, de exaltaciones y de símbolos que Freud desenredó en parte y en parte enredó más aun. ¿Y cuán lejos no se vislumbra apenas lo que haya de inter-reacciones físico-químicas en ese curioso fenómeno del "demo-tropismo" o tendencia casi irrefrenable del hombre de unirse a las multitudes que se juntan al perecer espontáneamente?. ¿En ese ir adonde están los otros, en ese ir a "ver" la gente en plazas y calles, en teatros y templos?.

Del tropismo elemental y del reflejo simple a la estructura de los valores y a la organización de la "libido" en sus varias y urgentes fórmulas actuales, va punto menos que un abismo. El hombre contemporáneo se debate al ímpetu de esa solicitud imperativa de sus anhelos, y lucha, con la inquietud correspondiente, y a veces con la desolación de las derrotas, por satisfacer la libídine, no de significado meramente sexual, pero a la que expresa todo el contenido existencial del ser humano, al deseo, pues, de subsistir, o "libido essendi", de la cual la generación forma parte, porque el querer ser incluye el querer perdurar, ineludiblemente. Es el anhelo de superación del yo, que en su esencia misma comprende asimismo la doctrina de Adler, y se enlaza, por ende, con la "libido imperandi", o voluntad de dominio, de gobierno, tan viva en las entrañas recónditas de nuestro corazón humano. La "libido sentiendi", madre de la voluptuosidad, emparentada con las anteriores, y de la que, por algún aspecto suyo constituye un elemento, mas no todos, la sexual freudiana, que pues en el agrado de sen-

tir entran tantas y tan nobles cosas además. La "libido agendi" u "operandi", que pudiera asimilarse al innato impulso de existir e imponerse, y confundirse con las anteriores, sino que en verdad se diferencia específicamente de ellas en cuanto es el goce desinteresado de actuar por ejercer las potencias que poseemos, en juego libre, por así decirlo; el goce, tan artístico en alguna manera, de expresarnos por el solo placer de la expresión. La "libido sciendi" o "cognoscendi", el inefable gusto de conocer, de saber, de interpretar el mundo, que a tantos sacrificios jubilosamente nos conduce, y que es sin duda el supremo hontanar de dignidad y de dicha de que disponemos en este indefinible trance de la vida individual, inescrutablemente grandiosa y efímera.

Tamaña complejidad de ser, que de individuo se hace persona, ¿cómo pudo ocurrir, cómo pudo advenir, en el transcurso de las edades?. ¿Cómo, a lo menos, le fue posible obtener el instrumento nervioso con que opera tan exquisitas dotes?.

Hace mas de mil millones de años, probablemente, que comenzaron a existir los metazoarios o animales pluricelulares con funciones específicas diferentes. De los celentéreos (esponjas, medusas y corales, v. gr.) derivaron los gusanos, en que ya se forman las células nerviosas conectivas (o sinápsicas) en agrupamiento ganglionar. De estos, a través del género Thysanura, quizás, surgen los articulados, con un proto-himenóptero en el terreno devoniano de la era secundaria, y los insectos sociables en el Jurásico inferior o Lías. Aquí se detiene este ensayo de evolución del sistema nervioso por estas líneas genealógicas, al llegar a un callejón sin salida en el orden de su estructura somática ya imperfectible.

De otro lado, venido de los gusanos también, aparece en el mar, y en época muy remota, aunque en algunas regiones subsiste la especie todavía, el anfioxo, que inicia el rumbo de los vertebrados. Mas he aquí que la habitación marítima de sus derivados los peces va a limitar, aun con menos alcances "psíquicos", este otro campo de experimentación de la Naturaleza, como que en dicho

ambiente, ni los ojos ni los oídos podían actuar en amplios horizontes, en perspectiva de entrenamiento y previsión, y tampoco las manos eran allí posibles para dominio instrumental del mundo.

Por eso he dicho en otras ocasiones al comentar las hipótesis más verosímiles acerca de los puentes de transición entre los vertebrados del mar y los terrestres que el instante supremo de la creación, aquel que no tiene par en ninguno de la historia de los hombres ni en el precedente devenir de la vida en general, acaeció hace trescientos millones de años, cuando un alocado pececillo, que solía quedarse en las lagunas que la pleamar dejaba en las tibias playas de entonces, diose a juguetear por ellas, como hoy suele hacerlo el "Periophthalmus", a atrapar gusanillos e insectos o a mordisquear un poco de la vegetación costanera y ensayar vivir al sol y al aire lo más posible. De estos retozos proviene la adquisición de los pulmones que a la larga obtuvo, y los primeros rudimentos de órganos de locomoción que lentamente fue desarrollando su estirpe, en vario modo: de un linaje brotaron los reptiles y las aves, con el dinosaurio tal vez por tronco intermedio; del otro, con la intervención quizás del género Platyras, nos vienen anfibios y marsupiales. Los placentarios mamíferos no estaban, pues, lejos, y de ahí adelante, la generación de aquel inquieto pececillo, cuya especie sobrevive y hoy llamamos Crosopterigio, con apodo que significa "el de las alas franjeadas", de ahí adelante, repito,, su generación no cesará en el perfeccionemiento del sistema nervioso.

El cerebro había comenzado a surgir en otro orden de peces, muy primitivamente nacido en la serie de los vertebrados inferiores: el Petromizonte, de la familia, en su mayor parte existente aún, de las lampreas o Cyclóstomas. Del bulbo raquídeo brotaron las vesículas que con el lento andar de los mileneos habrían de construír el cerebro anterior y su complejísima corteza. De ese mismo bulbo emanó, en los anfibios, más posteriormente todavía, el cerebelo, tan útil a volátiles y nadadores como el encéfalo a los cuadrúpedos y el hombre.

De sus antepasados traía, pues, el Crosopterigio los rudimentos de las cinco formaciones fundamentales del sistema nervioso: Al dilatarse la medula en su parte superior da origen al romboencéfalo, con sus derivaciones de mieloencéfalo o bulbo raquídeo, metencéfalo o protuberancia anular, y cerebelo; a continuación surge el mesencéfalo: acueducto de Silvio, pedúndulos cerebrales, tubérculos cuadrigéminos etc.; luego el diencéfalo o tálamo-encéfalo, al rededor del tercer ventrículo, con su órgano pricipal el tálamo óptico, al que posteriormente se unen los núcleos estriados (venidos del prosencéfalo, telencéfalo, neoncéfalo o cerebro anterior, para constituír los cuerpos optoestriados), los tubérculos mamilares, la epífisis, la hipófisis y el "tuber cinereum" en fin; y, por último, el antedicho telencéfalo, neoencéfalo o hemisferios cerebrales, que dominará el conjunto con su gran volumen y complejísimas funciones de relación externa y de asociación íntima, de percepción, elaboración, intención, imaginativa y autognosis.

Toda esta mole avanzó perfeccionándose en estructura y diferenciandose en tareas, con una que otra eliminación parcial de ciertos grupos celulares. Fue, sin embargo, la cubierta del neoencéfalo, esa corteza cerebral última en venir, la que se enriqueció más y más cada día, la que tuvo que ensanchar su cavidad receptora craneana, replegarse en surcos, crecer en peso y volumen, duplicar y triplicar las capas celulares de la superficie... para poder dar abasto a los nuevos rumbos de su misión imponderable. Sobre todo, las fibrillas de asociación intercelular se multiplicaron de tal manera, y tan sutiles se hicieron, que se ha calculado que las existentes en un centímetro cúbico de la respectiva substancia blanca sumarían, puestas unas a continuación de otras, mil kilómetros. Y por lo que respecta al número de neurocitos o células nerviosas de la varia índole que constituyen el cerebro humano, la cifra monta a más de diez mil millones, a catorce mil, dicen algunos, a más aun, otros...

Allende de esto, cada célula nerviosa, de las mayores a lo menos, puede vincularse, hablando "sensu strictu", con otras mil de la vecindad suya.

*

Después de revisar este desarrollo filogenético del sistema nervioso, así sea tan someramente como acabo de intentar hacerlo en las páginas anteriores, y de comprobar que en alguna manera, vaga y sucinta, ello ocurre asimismo en la génesis de los tejidos embrionarios del hombre, nos encontramos con que actualmente las funciones de ese órgano, tomado por tal en su conjunto, han adquirido tres centros de elaboración para cada caso, de los principales a lo menos, tres "retenes", como antes figurativamente dije, y que en cada uno de estos retenes se van precisando más y más, y sutilizando más y mejor, esas funciones, desde el arco reflejo elemental de los celenterados, que comienza en las esponjas, hasta la finura de los instintos que poseen los insectos gregarios, abejas y hormigas, vamos al decir, y, ya en la cumbre, la conciencia intelectiva del hombre, sus sentimientos, sus ideas generales, su don de síntesis, por ende, su apreciación, en fin, de los valores que le constituyen persona y espíritu.

En el primer "retén" y centro primario de la medula, se opera el reflejo sensitivo-motor simple; más arriba, en el diencéfalo encontramos la sede de los reflejos condicionados de Pawlov, y la fundamental de las emociones, con un esbozo ya de conciencia, probablemente; en la corteza cerebral centros de imágenes, para la vista, el oído, la sensibilidad general y la cenestesia etc., y otros adjuntos a estos, para la segunda representación de dichas imágenes en su orden conceptual, para su identificación y síntesis, por tanto, así como regiones, las rostrales o delanteras, para la misma operación respecto de las emociones y su elaboración superior de los afectos y sentimientos. Un corte que separe la comunicación que existe entre el núcleo lateral ventral posterior del tálamo (diencéfalo), v. gr., y el lóbulo frontal, suprime la angustia que ca-

racteriza a la melancolía ansiosa; un daño en la región calcarina (cuña o "cuneus") impide ver las imágenes retinianas, pero si afecta la zona anterior vecina, las imágenes se conservan, mas no la capacidad de identificarlas e interpretarlas.

Muchos han buscado un centro especial del Yo, y aun han trazado curiosas hipótesis acerca de él, como el un tiempo célebre, "Polígono de Grasset", o la peregrina opinión de Descartes, que seducido por la posición central de la epífisis, supuso que en ella residiría el alma. (Ya otros, Aristóteles con ellos, habían fantaseado un poco sobre si sería el corazón o el hígado este núcleo básico de la vida y la persona, que Herófilo, más experto, situó en el cuarto ventrículo). Hoy día, conforme a las geniales intuiciones de algunos griegos, y de Andrés Vesalio y Luis Vives, sobre todo, se tiende a considerar todo el cerebro como órgano de síntesis, y así, se ve que cuando algún tumor u otro cualquier proceso infeccioso, degenerativo o traumático, y en los pocos casos en que ha habido lobulectomía doble (o sea extirpación quirúrgica de los lóbulos frontales), fue precisamente ese don de síntesis mental, que condiciona la cordura del comportamiento y del juicio, el que más se perturbó, sin que esos casos hayan revelado que en dichos lóbulos se localicen exclusivamente los trámites mentales o inteligencia, como solemos decir. Al revés, si revés puede llamarse esto, en algunos parkinsonianos, en quienes la alteración se sitúa principalmente en estos núcleos grises de la base del cerebro, cuerpo estriado sobre todo, he visto notorias perturbaciones del "sentido moral" y los afectos, de esa misma índole de las que ocurren en los dementes y pre-dementes seniles. Y es dramático por demás el síndrome emotivo de otra lesión de esos centros, el denominado enfermedad de Wilson, novedad en que los pacientes presentan a la observación una a modo de danza incoercible de las emociones, que pone serias dudas a la teoría de C. J. Lange y William James (y de muchos otros que antes la anunciaron, aunque no técnicamente).

Todo parece indicar ahora que en esos núcleos grises del diencéfalo (y un poco tal vez del mesoencéfalo), se encuentran los centros primarios también de la afectividad, del instinto,de los sentimientos y de una vaga conciencia del yo: anatómicamente aislados de la medula, aun conservan el poder emotivo de los animales y sus reacciones elementales de defensa propia. Las perturbaciones de los núcleos lenticular y caudado ocasionan risa y llanto espasmódicos; irascibilidad se observa en el síndrome degenerativo de Westphal; disturbios de la afectividad y del carácter en la enfermedad de Parkinson; indiferencia emotiva en la degradación del "Pallidum"; sensibilidad morbosa y dolor en la patología de la capa óptica.

Me viene a la memoria el caso clínico de una joven paciente, que sufría, quizás debido a degeneración del núcleo lenticular (pues no me fue posible diagnosticarlo precisamente entonces), que sufría, repito, de constantes accesos de risa indetenible, con mucha inquietud moral para ella y los suyos, por temer, y muy justamente, que se le tomase a burla de lo que le estuviesen hablando y mala educación de su parte, siendo, como era de índole, serena, recatada y bondadosa.

Abundantes son los repentinos cambios de "personalidad" que me fue factible conocer en el curso de mi profesión médica, por muy diferentes lesiones del cerebro. A un gentil compañero de estudios le ecurrió exaltadísima "crisis" de misticismo como primer síntoma de tumor cerebral. Esto mismo le acaeció a otro por inflamación meningo-encefalítica, y en muchos más he anotado mutaciones permanentes del carácter por incidentes patológicos de otro orden... sin que esto signifique, ni con mucho, que yo considere la religiosidad trastorno enfermizo de la mente.

Sería asaz difícil negar hoy día la vinculación de los hormones con algunos sentimientos, aun de los más puros e ideales, como el amor, la maternidad y la filantropía, ni, a mi ver, las que existen entre el sistema nervioso autónomo o vagosimpático, con fenómenos de religiosidad, fidelidad, suspicacia, avaricia, exalta-

ción, en fin, o depresión de la persona, su temperamento y su conducta.

*

Recapitulando más esquemáticamente aun lo que ya muy en breve he dicho en las páginas anteriores, apuntaré que son seis, a mi juicio, las grandes jornadas universales del espíritu, es decir aquellas luchas gigantescas que lo han traído a la cumbre humana desde donde hoy día señorea el Cosmos:

1. La aparición del mundo físico,
2. La aparición de la vida,
3. La aparición del sistema nervioso,
4. La aparición de los vertebrados terrestres,
5. La aparición de la mano del hombre,
6. La aparición del lenguaje humano articulado.

Para llegar a esta cúspide, la naturaleza ha padecido graves equivocaciones, que estuvieron a punto de impedir la epifanía del espíritu en este avatar de los mundos posibles en que nos cupo en suerte existir y ser conscientes: La primera dificultad la superó pasando de los seres vivos unicelulares a los metazoarios, sin lo cual el sistema nervioso no hubiera existido; la segunda, haciendo de los vegetales, línea errada en cuanto al espíritu, despensa alimenticia y eficaz abrigo del linaje animal;la tercera, llevando al mar la progenie de los gusanos, equivocada ya en la serie de los insectos, incapaces de continuar su evolución, porque allí adquiriesen la estructura vertebral que había de acondicionarlos para posteriores adquisiciones vitales; la cuarta, sacándolos de ese mar, en donde órganos de los sentidos espaciales, manos fabriles y lenguaje articulado social no podían prosperar, y trayéndolos a tierra firme que estas novedades, y otras muchas, como la sangre caliente y la respiración pulmonar, facilitaba y exigía...

¿En cuánto tiempo ha ocurrido todo esto? ¡Quién lo sabe! Tal vez en el decurso de cincuenta mil millones de años, si hemos de calcular por la duración verosímil de las galaxias que hoy constituyen la plenitud universal del mundo. ¿Habría antes de este Cosmos, o habrá después de él, otro u otros similares o diversos? Si, como veremos adelante, la Posibilidad es la esencia misma del sér recóndito, por así decirlo, o substracto que sustenta todas las realidades habidas y por haber, tal imaginación puede suponerse impresionantemente verosímil.

CAPITULO II

LA ESTRUCTURA MENTAL

PRESENTACION DE LA TESIS. El paralelismo que se observa entre el desarrollo de las "facultades" psíquicas y el del sistema nervioso, embriológica y filogenéticamente contemplado, conduce a que nos planteemos la cuestión capitana, que tantos han ya discutido, sobre si ese sistema es mero instrumento de aquellas "potencias" del alma, o esta alma sólo es el nombre ilusivo de las funciones que el cerebro, como órgano eminentemente especializado en varios centenares de millones de años de vida animal, produjo. O continúa produciendo, pues sorprende el que tareas tan recientemente aparecidas en la historia del hombre, como son la escritura y la lectura, tengan ya centros cerebrales aparte o, a lo menos, diferencialmente aplicados a ello, cual lo sugiere el estudio de algunas afasias de fácil observación, denominadas, por ende, agrafía y alexia. De ahí que me haya propuesto en las páginas anteriores esbozar algunos rudimentos, muy perfunctoria y vagamente dichos, de lo que hoy se sabe en punto de embriología y de fisiología del sistema nervioso, y de las lucubraciones psicológicas correspondientes.

La idea de que el espíritu fue imbuído al hombre en un momento dado, ora de su creación independiente, ora de su diferenciación de la serie ascendente y ascendiente de los animales, es de lo más bello que nos ofrece la historia del mundo. Dios, alma y mundo vinculados en arrobadora sinfonía de existencia y destino, conceptualmente constituyen el drama supremo del ingenio humano, consolador e insuperable. Y así digo, con plenitud de fe, que quien posea aquella certidumbre filosófica, disfrute de ella y la guarde celosamente consigo, como tesoro que es sin sucedáneo

posible en el orden del sosiego interior, de la belleza misma, y aun de la bondad. Porque, cierto, únicamente el hombre que lleva consigo en ecuación conceptual y sentimental su religión, su filosofía y su ciencia, es feliz o puede serlo. El que ha roto esa ecuación, como desde hace tres siglos ocurre en las sociedades cultas de nuestra civilización, ostentará cuanto se quiera como dignidad de persona, como nobleza de actitud, como fortaleza de espíritu, mas no le veremos nunca conceptual y sentimentalmente ecuánime. Nunca ya le hallaremos firme y seguro.

Es fuerza, entonces, que busquemos esa ecuación en algún otro rumbo los que perdimos la tradicional que por algunos milenios protegió al frágil corazón del hombre, y con irse, nos dejó huérfanos ante el vórtice enigmático de la muerte y el vértice carismático de la idea.

Nada, en consecuencia, nada, sobre la tierra de los hombres, equivale en magnitud a este problema de la definición del Yo. Ante él, miseriucas son y nonada cuantos negocios vitales inquietan el espíritu.

*

Un día Renato Descartes se propuso dilucidar los motivos de certeza que nos asisten para el conocimiento de la realidad en sí, y de escalón en escalón de duda fue llevado al solitario reducto de su espíritu, como exclusiva entidad irrecusable. Puesto que pensaba, tenía que ser algo pensante, tenía que ser algo: "Cogito, ergo sum", pienso, luego existo. Santo Tomás cita una frase de Aristóteles que implícitamente sustenta esta última Tule del razonamiento cartesiano: "No se puede decir que el entender sea acto de aquello cuyo acto no es el entendimiento. (Non enim potest esse alicuius actus intelligere, cuius non sit actus intellectus)". También en este sentido de prioridad o antecedencia —temporal aunque no de magisterio— se ha comentado últimamente la frase de San Agustín "Enim fallor sum", o bien "Quod si fallor, sum"

(según otra fórmula), que en buen romance significa: "pues que me engaño, existo ciertamente"; y yo me atrevería a suponer que implícitamente se halla en aquel famoso juicio que Sócrates transmitió a Platón, y que tantas jaquecas filosóficas le ha costado al mundo, de que "sólo los conceptos son reales", extremado subjetivismo que creó en la antiguedad otra tan grande epidemia idealista como Descartes en su tiempo y siglos posteriores. Sócrates había vagabundeado setenta años por las calles y las plazas de Atenas en solicitud de su Yo, y hallado algunas nociones de mucha monta. Antes de él, el sutil Heráclito, ilustre abuelo de todos los que en el mundo vamos perseguidos por el tábano hereano (o junoniano) del pensamiento, sintetizó su vida en este apóstrofe: "¡Me he buscado a mí mismo!". Y ya muy cerca de su tiempo el ibero-judío Sánchez y el francés Montaigne, un poco parientes entre sí, y de una misma camarada, anduvieron en pesquisas de esta índole.

Para mí, eso no obstante, corresponde a Santo Tomás el precedente más preciso, cuando, en su disertación acerca de la mente humana (De Mente, 8. a.) expuso: "El alma llega a percibir intelectualmente que existe por lo que entiende y siente"... Como influencia literaria más próxima al pensamiento cartesiano, Harold Hoffding señala la obra de Luis Vives "De anima et vita".

¿Podemos hoy día reposar nuestro espíritu en la certidumbre cartesiana? ¿En verdad de verdad, existe aquella certidumbre? ¡Vamos!, yo no lo sé con ese valor categoremático. Porque si algo hay inasequible, "inasible", diré mejor, aunque menos académicamente, es el Yo. Cuandoquiera lo pensamos se nos escapa del pensamiento como un reflejo de luz, como espejismo, como la sombra de un sueño. La intuición inmediata del Yo nadie la tuvo, ni la tiene nadie, cualesquiera que sean los decires y vanaglorias de la literatura y la filosofía, de los anhelos y el orgullo del hombre.

Así como la vista y el oído no perciben las ondas lumínicas o sonoras sino dentro de cierta escala de intensidad y de frecuen-

cia, más arriba y más abajo de la cual actúan inadvertidamente para nosotros, la conciencia del hombre sólo capta los fenómenos propioceptivos o héteroceptivos, es decir, los fenómenos que ocurren en nuestro propio ser o fuera del ser en el mundo ambiente, dentro de un campo extraordinariamente restringido. En momentos de profunda introspección o de intensa contemplación de la naturaleza surgen de pronto visiones intelectuales, o apercepciones, de hondura abismal y portentosa emoción, que son a la manera de ventanas que se abren al espíritu por un instante fugaz, y en ese instante lo comunican con la infinitud abscóndita del ser. De cara al cenit inmenso, recostado en alguna pradera solitaria, en esa hora meridiana en que sol y tierra enmudecen arrobados de luz, puede concebirse esa como disolución cósmica del alma, beatífica, por cierto. Vagando a la rubia luz del amanecer por entre el silencio de los altos bosques de nuestras selvas tropicales, el crujido de una rama, el remoto murmullo de una fuente o el canto de una avecilla oculta en el follaje, parecen resonar en nosotros como timbre del misterio que llega a visitarnos fraternalmente y fraternalmente nos conduce a reinos incógnitos de otra vida, ensoñadora, dominadora y muda. También así, y por modo más aprisionante aun, en altas horas de la noche, cuando solos y de pies sobre la proa de una nave que cruza alígera entre el silencio del mar y el cósmico silencio de los espacios siderales, por ficción de la mente disipamos el barco que nos sostiene y seguimos como volando solos entre esas dos infinitudes, el Yo advierte un no sé qué de eternidad en que se envuelve, se disuelve y se confunde, de emoción asustadoramente divina.

El hombre religioso, y el primitivo, sin duda, deben de experimentar ante los objetos de su fe, ídolo material o imagen milagrosa, estados efusivos de conciencia con emociones extrañas a nosotros, envidiablemente conmovedoras y profundas. Aun hoy día, en determinadas condiciones de sombra y escondite, la vista de esos ocultos amuletos que en la selva sirven a algunos campesinos para ritos mágicos de protección o de dominación, produce no sé qué crispatura de misterio, que enlaza el Yo con las raíces subterráneas del enigma, como si le entreabriesen resquicios de luz hacia los arcanos de un reino de fatalidad, poderoso y mudo.

Muchas veces he observado y tratado de discernir lo mejor posible esos raptos de angustia de los melancólicos, que con algo así como dilaceración de entrañas, les retuercen el Yo hacia las desolaciones íntimas de su pobre ser, con una conciencia torturante, sin duda, pero terriblemente viva. Y otras veces también he intentado explicarme aquel éxtasis del amor romántico, otro tiempo muy común entre los hombres, hora infortunadamente raro y esquivo, con el cual la conciencia humana advertía idealizaciones del ser amado y sublimaciones del anhelo que no tienen par, ni siquiera símil, en el mundo de nuestras emociones de calcomanía, adjetivas al alma, y no consubstanciales de ella, triviales por lo mismo y estériles para toda creación de sentimientos entrañados y sutiles.

Y no son los filósofos, no los sabios de la psicología, sino los místicos y los poetas quienes nos han hecho columbrar estos mundos de lo ultra-consciente. Esquilo y Shakespeare, Goethe y Calderón, Hoelderlin o Milton... y los profetas de Israel, por senderos de intuición, que no de razonamiento ni de percepciones sensibles, con antenas tal vez de conciencia aguzada por el genio, nos han hecho relampaguear a nuestra vista asombrada y confusa uno que otro de esos arcanos del espíritu.

Sin embargo... dichos estados de intensificación del Yo giran por el orbe de la emotividad y no del entendimiento, son más conmoción que iluminación psíquica, y no sé, ni puedo presuponerlo, que ayuden a los felices poseedores de tales virtudes a conocerse a sí mismos mejor de lo que nosotros, humildes mortales del rebaño anónimo, podemos comprendernos.

La emoción que los distingue y casi casi sola constituye, no es en puridad de verdad sincategoremática o unívoca, antes varia

y diferente. Aprovechando las comparaciones antedichas, vemos como en el silencio de la noche y de los mares, el Yo contemplativo se siente flotar en piélagos de eternidad y de infinito, cual pequeñez consciente que, diminuta y sola, "vagara" como un punto animado, un solo punto animado, un solo punto móvil, en esa quieta inmensidad sin puerto. En la selva virgen, en que el viento, un ave o el arroyo fugitivo de la espesura revelan y relievan el silencio, reverberante de sol cenital y confines azules del horizonte, el alma se diluye, se va con el viento y los aromas, se sume en la atmósfera con panteística dilicuescencia, y gratamente, embriagadamente, se "disuelve" en ese mundo de luz. En el arrobamiento del amor romántico, muy otra cosa acontece, porque ya la intensidad del sentir, la intensificación del Yo, emana de que la imagen del ser amado, nimbada de afectos y de lumbre, sublimada y etérea, "invade" el espíritu, todo el mundo le tiñe de sí misma, y a él lo inunda de plácidos fervores y, subyugado, lo oprime y lo ensancha a la vez... Emociones de evasión o de invasión, de dilución del ser o de cautividad, diversas surgen, seguramente, mas todas ellas reposan allá en el fondo de nuestra psique sobre algún juicio previo que les da el rumbo afectivo que toman, y mucha parte, la mayor parte quizás, de su potencia intuitiva.

Por modo diverso, pero discursivamente comparable, nuestro Yo se nos revela de tamaños muy diferentes según las funciones que cumple. En otra oportunidad he tratado de este tema psicológico y ensayado demostrar que las dimensiones morales y las que aparecen ante su propia conciencia varían con el mayor o menor campo de la acción ejecutada. Y he dicho que sería error ingenuo el considerar y conceptuar que ese Yo termina en la epidermis que somáticamente le circunscribe. El Yo de un automovilista, he puesto por caso, se extiende hasta las ruedas y el motor; el de un capitán de buque va de proa a popa y se vincula al mar que hiende la quilla de su nave; el mandatario de un pueblo siente ese su Yo cordial y moralmente dilatarse por la nación entera, y el pontífice de una religión ecuménica abarca en su corazón el mundo.

Mas este no es el Yo de la autognosia, el Yo de la propia conciencia intelectiva. Es el Yo funcional, moral y responsable, social por tanto.

Visto desde dentro, tenemos también que descontar de su dimensión ontológica la engañosa dimensión sensorial suya que nos ofrecen la vista y el oído, que como órganos de comunicación a distancia que son, nos proyectan nuestro ser en el espacio de sus actividades, dándole no sé qué amplitud, en abanico de luz, principalmente.

No. Vamos a contemplar el Yo inmediatamente perceptible en su aislamiento introspectivo, cerrado a ojos y oídos, enclaustrado en sí, y mirando sólo hacia dentro.

Procediendo así, descarto también, por ahora, el complejísimo problema de la individualidad de los seres y el anexo estudio de la "individuación", tan arduo todavía. Luis de Broglie lo comenta un poco respecto de la individualidad de las partículas y de los sistemas de acción, acotando el hecho de que aún es indefinible la línea divisoria de su entidad. Similar indeterminación ocurre asimismo en la órbita de los seres organizados, primeros metámeros del embrión, v.gr., fragmentación accidental o experimental de los anélidos y otros animales inferiores, reproducción por estaca de muchos árboles, de que el mangle nuestro, el balete o baniano oriental y el sauce, sobre todo, son ejemplos muy comunes.

Este abstruso problema de la "individuación" ontológica es, pues, fundamental en cualquier análisis del Yo que se intente.

Y en ocasiones conturbador, como en el estudio de la vida moral coincidente de los gemelos univitelinos.

*

En página anterior dije algo respecto de le estructura que revela nuestro Yo a la contemplación introspectiva inicial de él, como constituída por un conjunto de representaciones, desde la imagen sensorial de la fantasía hasta las formas más sutiles del recuerdo conceptual o meramente afectivo, o conativo, de una parte, y de otra, menos representable y precisa, aunque más entrañada y subjetiva, por el "testigo" o "censor" que valúa aquellas representaciones, discierne su interés peculiar, decide las reacciones correspondientes y padece el choque emotivo que las acompaña de suyo y torna operantes, según la urgencia e importancia de su mensaje vital.

A este personaje íntimo, o sujeto de conciencia, a modo de testigo, preceptor, actor y juez a un mismo tiempo, le han llamado espíritu numerosas generaciones de sabios, y constituye el capital motivo de orgullo del hombre. Sobre él construímos nuestra dignidad de persona, nuestra dimensión psíquica, nuestros vínculos con Dios y las razones para aspirar a destino diferente del de los demás seres del Mundo, con autonomía de responsabilidad y perduración eviterna.

Es, pues, como he dicho, seguramente, la más hermosa construcción conceptual del hombre.

La más consoladora también, y más útil. Otro ningún problema de la Cultura tiene esta insuperable magnitud social y personal, ni pensador alguno de la historia humana pudo nunca eludir su indeclinable llamamiento. Los mismos filósofos que le hallaron fallas al raciocinio en que sustenta su verosimilitud ontológica, humillaron la cerviz ante las abrumadoras consecuencias de su negación o de su eclipse.

Yo mismo, en la humilde esfera de mis estudios, he tropezado con las incertidumbres que a otros aquejaron en este orden de la sabiduría. Las relaciones entre alma y cuerpo, en cuanto a interreacciones, se entiende, no han sido nunca explicadas, ni interpretadas siquiera, satisfactoriamente. Son de suyo, conforme a sus respectivas definiciones, géneros tan disímiles en su entidad y sus operaciones, que nadie entiende cómo pudiera lograr el uno actuar en el otro, engranar su actividad específica en la actividad o pasividad fundamentalmente diversa del otro. Se han imaginado términos medios de enlace, unos como agentes de transición, que sólo alejan la dificultad un mero escalón más del que por su índole irreductible comportan. Ni el cuerpo puede afectar al espíritu, porque éste no dispone de visagra articular para recibir lo corpóreo, ni el espíritu puede materializar sus actividades para adecuarlas al cuerpo. Materia y espíritu irán, pues, juntos, si se quiere, como agua y aceite, mas no podrá trocar el uno con el otro sus potencias específicas, ya que el uno no admite recibir las del otro sin mudar de naturaleza, ni esas potencias mudar de suyo, sin destruírse virtualmente.

Así en punto de la dinámica del espíritu. Por lo que concierne al ejercicio de sus operaciones cognoscitivas, las incongruencias surgen más notorias aun, y más desconcertantes. Podemos admitir en gracia de despreocupación, y como quien dice, para no mostrar exagerado escrúpulo, que el espíritu requiere la intervención de los sentidos corporales. Se afirma, por ejemplo, que él actúa con los materiales que estos sentidos le ofrecen a su consideración, y que en la unión substancial con la materia a que está condicionado, no puede ejercer la plenitud de sus virtudes propias. Yo no lo sé... ni nadie lo supo. Ello es que mi apocado entendimiento no acierta a concebir que un ente espiritual, simple de suyo, halle limitaciones en lo corpóreo para ser lo que es por substancia y por esencia. Hasta podría pasarse por alto que esas funciones conscientes o "cognoscentes" fuesen cohibidas para el entendimiento de lo corpóreo mismo, mas ¿cómo pudieran ser estorbadas en la visión directa de los otros espíritus, congéneres suyos?... ¿Cómo no intuir directamente lo que ocurre en el alma de los demás hombres, o la presencia, digamos, de

Dios, sér, por definición, omnipresente y magnífico, inocultable en su genuina diafanidad?.

Y aun declinando estas objeciones por suponerlo como aherrojado en la "cárcel" de su cuerpo y a ella circunscrito, ¿qué le impediría, entonces, para verse a sí mismo y a sí mismo entenderse con la visión refleja que le garantiza su propia simplicidad? Porque el ente sufre ser minorado en el ejercicio de sus funciones, mas no disminuído en la "índole" de su esencia, puesto que ya, así, perdería su entidad, y su identidad con ello.

Sumido en la materia y en ella infuso como forma determinante nada más, y sin entidad propia en tanto, es decir, como "Actus primus materiae", según lo presupone la Filosofía de las Escuelas, yo me encuentro sin poderlo concebir ni real ni racionalmente, y me pregunto si acaso asi no queda reducido a mero efugio de palabras, incoherente en verdad y poco útil. Pues no alcanza mi razón a discernir que alma y cuerpo formen una entidad, una substancia, y aquella conserve sin embargo cierta autonomía para algunas funciones, que cuerpo y alma sean uno para la vida vegetativo y sensitiva, y dos para la volitiva e intelectual; que para la una cuerpo y alma se condicionen "intrínsicamente", y para la otra sólo "extrínsicamente": unidad óntica en un caso, mera asociación o federación entitativa en otro... Ni tampoco puedo, por otra parte, afirmar rotundamente que la unidad fenoménica del mundo carezca de enigmas, que tanto en la esfera del espíritu se dan misterios insolubles, como en el orbe de la realidad sensible: la luz que todos vemos es arcana en su entidad, es portento deslumbrador en su belleza, divina virtud generativa en sus poderes: ¿Quién que haya contemplado la aurora al nacer de un bello día, no ha sentido la emoción inefable del cosmos y el místico impulso de arrodillarse ante la arrobadora majestad de esa luz creciente, de esa solitaria viajera de los espacios infinitos que misteriosamente se viste de su misma incorpórea diafanidad?

La negación del espíritu como criatura de entidad y origen de facultades superiores en el sér humano causa, sin embargo, terrible inquietud en los más sesudos maestros de la filosofía. Para ellos quedarían por fuera de toda posible, y más aun plausible, intelección, los valores supremos de la cultura, lo religioso, digamos, y lo estético. Que el animal discierna un poco, y un poco, también, disfrute de alguna penumbrosa conciencia de sí mismo, y hasta de vago comportamiento equitativo, de generosidad y de piedad inclusive, no los derrotaría totalmente, que pues podrían echar mano a cualquier subterfugio heurístico y obviar algunos derrumbes lógicos de su tesis. Pero, ¿de dónde, si no de la nobleza del espíritu, extrae la criatura humana su sentido y su sentimiento de la religión y el arte?. En concatenación progresiva de funciones orgánicas, desde el infusorio humilde de las remotas edades del planeta terráqueo hasta el hombre supercivilizado de hoy, ¿no nos quedaría esta diéresis insalvable, esta insoluble transición?.

Dios me asista y me libre de presumir poderes mentales suficientes para resolver tamaño pleito ideológico: me atrevo simplemente a sugerir que también en los animales existen algunas dotes de apreciación estética, las del canto, digamos, las del juego, y un poco, asimismo, de la danza nupcial, y social inclusive, aunque más restringida; las de la placidez con que responden al halago de la música, y su buena estimativa para el brillo en general y los colores, para determinadas formas estructurales y aun meramente ornamentales, que visiblemente los deleitan y seducen... el cortejo con regalo, en fin, y hasta leves toques de malicia graciosa y de "humour".

Tampoco me atrevería a pasar por alto las manifestaciones de sorpresa y de recogimiento con que asisten a algunos fenómenos extraños de la naturaleza, ni el mucho desorden "moral" que les produce todo lo que es exótico a su vida, lo desconocido y "misterioso" para ellos. Improcedente sería plantearnos si esa otra vertiente de religiosidad que consiste en el sentimiento de "de-

pendencia" se esboza inicialmente también en algunos animales, y hasta pudiera parecer ridículo el interpretarlo así, mas ello es que buscan el amparo del más poderoso de su grupo, y al hombre mismo en determinadas circunstancias de propincuidad o domesticación. Asimismo, la muerte propia es en algunos antevista con cierta dignidad de recogimiento y escondite, y la ajena causa en muchas especies fenómenos de notable inquietud.

Ejemplos de analogía, apenas, sin duda, y desde luego confusos, que nadie osaría parangonar con las dotes egregias de la especie humana, ni aproximarlas ingenuamente a los niveles de un Leonardo de Vinci o un San Francisco de Asís, pero no despreciables en su presumible significación de remota génesis, aun incipiente y abstrusa. ¿A qué ironizar? nadie pretende que un hirsuto orangután de Borneo nos redacte el Sermón del Monte...

Desde el alba misma de las culturas el hombre se impresionó grandemente con este íntimo comportamiento de los animales, según nos lo enseñan el folklore de todas las naciones, las relaciones mágicas del totem con sus antepasados primitivos, las constantes referencias de la religión, de la literatura y del arte en general a este asunto, y las deliciosas interpretaciones de los fabulistas más ilustres, primeros quizás en el orden de "novelar" el mundo, desde el greco-frigio Esopo hasta nuestro eminente contemporáneo Walt Disney.

*

Estos tropiezos gnoseológicos, que tal vez para otros sean solubles y aun leves, me han instigado a inquirir por diversa ruta la dicha composición del Yo. Y encuentro que casi todos los exploradores de este mundo íntimo adhieren a la opinión de que la memoria constituye el núcleo irreductible del problema, y han, por lo tanto, lucubrado unas cuantas hipótesis acerca de esta facultad de los seres vivos.

Cuando enfocamos nuestro Yo con mirada introspectiva le vemos mentalmente un contenido de representaciones somáticas, de imágenes sensoriales de nuestro propio cuerpo, que aunque muy vagas y en lo general indefinibles, son el centro de la "presencia" interior. Al rededor de este núcleo representativo de origen cenestésico, giran con más o menos intensidad y precisión las otras imágenes y recuerdos, relacionados a un espacio-tiempo, y reconocibles como "patrimonio" del Yo, en continuidad que a éste unifica, identifica y mantiene. Sin embargo, adelante veremos que en su composición entra algo aun más íntimo.

El vocablo "imagen" se emparienta etimológicamente con el verbo latino "imitare", y no pocos tratadistas de este asunto entendieron que en el alma, en el "sensorio" o en la fantasía, según las respectivas escuelas, se "almacenaban" estos facsímiles o retratos de las cosas, de los seres y los hechos, con algo así como disposición de "cárdex", y hasta empleaban la voz "archivo" para este acervo representativo de recuerdos y de imágenes, inventando en veces expresiones tan características como "engramas", que de suyo, y muy gentilmente, se definen.

Prestamente brotaron las dificultades anejas a toda interpretación simplificadora y primaria. ¿Ocupaba cada imagen sitio particular propio?. ¿Correspondía cada imagen a una célula cerebral?. ¿Qué diferencia existía entre las imágenes coloridas y vivientes, como de "tecnicolor" cinematográfico, que reproducimos en los sueños, v. gr., y las representaciones de estas imágenes que evocamos en el recuerdo y la meditación abstracta, y de éstas con la representación suya como la representadas? ¿Por qué unas se borran y otras no, y por qué reaparecen algunas de las que se esfumaron y quedaron como eliminadas de la mente luengos años, toda casi una vida, a veces?.

Ni el número de células cerebrales existentes, ni lo que significaría su actitud estática contra toda posible educación y todo proceso suyo de modificación vital, de irrebatible experiencia co-

tidiana, resistieron esta suposición. La imagen es algo vivo que nace, se asocia, se transforma y reproduce, y muere, en fin, como proceso vital que es, y no la quieta estampa de las impresiones que el sistema nervioso recibe.

Y aunque el número de células nerviosas bastase, como algunos dicen, a guardar individualmente, una por una, todas las imágenes, representaciones y sub-representaciones posibles, de lo interno y de lo externo, del acto y sus relaciones etc., con ello no nos podríamos explicar los fenómenos de fatiga cerebral que ocurren, ni las leyes psicológicas del olvido, ni, menos aun, los procesos de incesante transformación que esas imágenes y representaciones mentales sufren. A más de que tendríamos que presuponer que cada célula cumple una función aisladamente, contra la evidencia fisiológica de que las funciones requieren vastos agrupamientos celulares para su cabal ejercicio.

Cuanto a la manera de perdurar en el cerebro, es problema de cuantía conceptual mayor, y dificultad abrumadora, si las hubo. La imagen visual, por ejemplo, que en la retina se da como resultado fotoquímico, y que de ahí los nervios ópticos conducen a los cuerpos geniculados laterales y al lóbulo occipital del cerebro, se transmite, mediante el proceso físico de la corriente nerviosa. Pero, a más de esto y de las reacciones genéricas del metabolismo, otras especiales ocurren, como se ha establecido para las terminaciones articulares de la fibra en su sinapsis con el músculo, y en la célula para sus enzimas o fermentos. Las corrientes eléctricas intracelulares mueven los yones de ese funcionamiento, y es muy posible que las moléculas se sitúen en posiciones definidas al paso de tales corrientes. De ahí resulta el que podemos suponer que en el trabajo de recepción, impresión y reproducción de las imágenes sensoriales y todas sus derivaciones representativas más sutiles, recuerdos, v. gr., colaboren las tres actividades, mecánica, física y química.

No siendo admisible la opinión de una fijación fotográfica de la imágen, tenemos que recurrir a la hipótesis de que más que al proceso cinematográfico su reproducción se asemeja (y esto ya lo han dicho algunos) a las disposiciones mecánicas del fonógrafo, que nos devuelve la voz conforme al repaso de las impresiones materiales que ella misma produce en el disco. Sin embargo, como esto presupondría disposición estable, y la imagen es mudable y móvil a la vez, convendría mejor comparar su índole a la manera que el sonido se graba y se repite en los alambres electro-magnetizados de la fonografía actual, es decir, que al paso de una corriente surge una disposición material de las moléculas, con la correspondiente aparición de reacciones físico-químicas. Al reaparecer, bajo cualquier otro estímulo, esta misma situación celular o pluri-celular, como al reponer el alambre electro-magnetizado en el gramófono, obtendríamos de nuevo la imagen, aunque, esto sí, sin necesidad de que permanezca materialmente fija.

La aparición de disposiciones materiales mecánicas se puede colegir de lo que sucede en la pila eléctrica, desde luego, y mejor aun, dentro del propio cerebro, de aquellos casos en que choque suyo violento (un traumatismo), suscita la reviviscencia de las imágenes aparentemente en masa, esa recapitulación de toda la vida en el espacio de pocos segundos, que padecen también los asfixiados y los superexitados por una emoción violenta. Aunque, a decir verdad, yo no creo en la dicha visión panorámica como representación total de los recuerdos: lo que ocurre es que, de una parte, basta discreto porcentaje de elementos representativos para reproducir un conjunto, a la manera que los pintores copian "exactamente" un paisaje tomando de él unos cuantos puntos constitutivos apenas; y de otra, que de cierto límite de frecuencia en adelante, la sucesión se percibe como simultaneidad. Recordemos, en efecto, que muchos actos de la naturaleza se cumplen en millonésimas de segundo, y que aun varios entes, como ciertos cuerpos simples que aparecen en la desintegración radioactiva, sólo gozan de esa efímera duración existencial. Sueños hay, al pa-

recer complicados y prolijos, que realmente suceden en la brevedad de unos segundos. Con todo, es oportuno y es honesto recordar aquí que eminentes pensadores —¡y de qué magnitud!— como el gran teólogo español Francisco Suárez y el gran psicólogo alemán Guillermo Wundt, jefes de escuela ambos, sostienen ser posible la apercepción simultánea de varios actos u objetos en su representación conceptual y en su imágen.

Otros discretísimos varones de esta laya opinan que se puede pensar sin imágenes, y aun que el pensamiento, en cuanto conciencia, es fluir perenne, sin solución alguna de continuidad. William James aporta el impresionante ejemplo de los "estados transitivos de conciencia," aquellos momentos, digamos, en que se "tiende" a la operación, un juicio, v. gr., sin haberla concluído aún. Yo no me atrevo a adherir a tales opiniones, quizás por carencia de ilustración suficiente. A mi ver, el pensamiento sin imágenes y los estados transitivos de conciencia no existen: Como la energía actúa por "cuantos de acción", el pensamiento requiere un "cuanto" de representación. Las veces que creemos pensar sin imágenes, palabras, por ejemplo, pensamos con representaciones de estados íntimos: cenestesia, tensión, tendencia, emoción, sentimiento, deseo, conato... cuya armonía de certidumbre, y cuya carencia de armonía produce vacilaciones. La imagen verbal es más clara, desde luego, y cuando la tenemos, decimos que la idea es muy precisa. La que se refiere a los sentidos externos no se discute, la que sólo "representa" estados de intensidad, de apetito, de repulsión, de afecto... de energía, en fin, sin definición geométrica, es la que nos confunde y desconcierta con su aparente fluir "infraccionable", cuando el hecho es que solamente percibimos y solamente podemos percibir "cuantos de representación".

Y no olvidemos que la imagen es un proceso vital que, como he dicho, se modifica perdurando, se combina, además, y reproduce: porque de otra manera considerada, aislada y fija, por ejemplo, nos deja ininteligibles los procesos de la inferencia mental, de la abstracción de ideas, la aparición de nuevas otras, y del

juicio consecuente... del razonamiento todo, pues, en una palabra: Para mí, más que teorema, es este un postulado ineludible.

La influencia química la podemos deducir de lo que en este orden del pensar y del discurso nos acaece con varias drogas y bebidas, pues que unas, los bromuros, por ejemplo, causan ritmo lento en la sucesión de las imágenes, mientras que otras, las xantinas (teobromina, teína, cafeína etc.) lo aceleran. Y esa aceleración no es solamente de ritmo temporal, porque asimismo determina gran riqueza de asociaciones mentales, con elocución rápida y copiosa a la vez.

Por cierto que este estudio "fármaco-dinámico", como se dice en terapéutica, sugiere otras muchas consideraciones de primera calidad interpretativa, ya que algunas de esas substancias no excitan por igual la imaginación y los afectos, pues el opio y el beleño, que ponen a galopar la fantasía, apagan la afectividad y la voluntad; la cocaína, al revés, mueve ambas. Algunas existen que producen verdadero colapso de todo interés, aun respecto de la valuación defensiva del Yo, la escopolamina y los babitúricos, de que se aprovecha la policía judicial contemporánea para poner en trance de confesión verídica a los presuntos reos de prueba indagatoria difícil. De polo a polo se colocan en este sentido el "yagé" de los aborígenes amazónicos, que exalta a tal punto la imaginación, que muchos le juzgan capaz (¡nada menos!) de engendrar visiones telepáticas, y, en todo caso, suscitador de las imágenes en caudal torrente, hasta conducirlas a la alucinación y el delirio, al contrario del famoso "pentothal", que las adormece y les recorta la angustia satélite que las hace nocibles.

A más importantes deducciones aun induce el estudio de los cuerpos químicos que obran en el organismo, con el nombre de "hormones", que les dieron Bayliss y Starling a principios de esta centuria, o de "secreciones internas", con que las bautizó Claudio Bernard a fines del XIX, de donde el término "endocrinología" aplicado hoy a la ciencia que se ocupa en este asunto. El eximio iniciador de la medicina moderna Andrés Vesalio (1514-1564) y

Teófilo Bordeu (1722-1776), genialmente sospecharon la existencia de estas funciones íntimas, que Tomás Addison (1793-1860) y Brown—Séquard (1817—1894) definieron con irrecusable certidumbre.

Existen algunas glándulas (voz acreditada por Thomas Wharton en el siglo XVII) de esta índole endocrina que maravillan el entendimiento y hasta le dejan confuso. Si Descartes, en vez de decir "epífisis" hubiera dicho "hipófisis", estaríamos hoy día atónitos ante la sagacidad estupenda de su genio, que pues no entiende uno cómo ese racimito de células, no mayor que un garbanzo, sea cosa de ordenar y manejar la economía de nuestro organismo y su estructura, cual si fuese la oficina central telefónica de sus múltiples actividades. Desde que se iniciaron las investigaciónes clínicas, químicas y experimentales de este granito que produce gigantes o enanos a su gusto, y mueve a función toda la fábrica de los restantes órganos, no cesan los descubrimientos y la sorpresa de los peritos en estos achaques de la fisiología: Pierre Marie en 1886, O. Minkowski en 1887, W. Howell y Johns Hopkins en 1898, Froehlich y Benda en 1901, Harvey Cushin, el genial norteamericano (1869—1939), en fin, que nos la enseñó a menejar tan hábilmente...

Por modo semejante, el cuerpo tiroides ha venido revelando a la biología el mundo aladinesco de sus virtudes, entre las cuales la misión de la tiroyodina, descubierta por Eugenio Baumann en 1895, hallada por A. Oswald en 1900 en su forma glandular de yodotiroglobulina, analizada en su amino-ácido la tiroxina por Eduardo Calvino Kendall en 1915, y éste sintetizado a su vez por Harrington y Barger en 1927, colocándonos así la ciencia con todos estos hallazgos ante el influjo desconcertante que el yodo ejerce en el desarrollo de las funciones psíquicas y nerviosas en general, y asimismo colocándose él a la altura de esa otra magia del azufre, que por sus relaciones con algunos hormones y fermentos fundamentales mantiene, en mucha parte, el equilibrio funcional y hasta la arquitectura de nuestro propio ser. Las aplicaciones que actual-

mente se hacen al metabolismo animal de productos sintéticos denominados "tiroproteína" (activante) y "tiouracilo" (moderador), así lo indican, con enormes promesas, además, para lo futuro.

Y decía que este estudio se torna por demás interesante, aun inquietante, si se quiere un término más justo, en cuanto nos revela que elementos materiales, productos químicos, obran, no solamente sobre la imaginación sensorial, pero también sobre las más nobles facultades del espíritu, la afectividad y el carácter, la voluntad y la moralidad, el entendimiento y el juicio.

*

Conceptúo de primordial importancia establecer que la imágen, ya sensorial primaria, ya secundaria de reproducción mediante la fantasía, o bien representativa mental de primera, segunda, "eneava" o enésima reproducción, cual suele ocurrir con los recuerdos, con el recuerdo de lo recordado como ya recordado, y así indefinidamente, no es proceso localizado en determinado órgano o centro nervioso, sino que, aunque tenga su sede de mayor intensidad funcional en uno de esos centros, es proceso que repercute en todo el organismo, ora como imagen visual aquí, ora como imagen auditiva allí, ora como imagen olfativa, gustativa, motora o táctil, más allá, es decir, que es representación que obra como imagen en donde se reciben las imágenes, como orden de secreción donde las secreciones correspondientes a su mensaje deban cumplirse, siguiendo, naturalmente, la ley fisiológica de la propagación de la actividad, que es a saber: el radio de difusión de una impresión dada es proporcional a la intensidad de dicha impresión.

Esta ley es muy precisa y comunmente observable en la manera como se propaga el dolor, irradiando en círculo creciente a medida de su propia intensidad. Y así solemos decir de grandes emociones o de una sensación violenta, que las sentimos "hasta la punta de los dedos" o "hasta el borde de las uñas".

Ello depende de que el organismo es unidad funcional y no colonia de funciones, y la imagen, proceso vital de nuestro organismo, no escapa a esta norma. Una imagen auditiva, una orden verbal urgente, o un grito de peligro, supongamos, es imagen fonética fundamental, desde luego, pero en la circunvolución frontal ascendente no será imagen del sonido, sino motora; en las glándulas suprarrenales y en el cuerpo tiroides, v. gr., exitación de secreciones; en la región talámica, angustia; en el hipotálamo, vigilia, etc. La imagen, es pues, proceso total del organismo, siquiera se produzca "minutisimamente" o "infinitesimalmente", como hogaño se dice, en ciertas apartadas regiones anatómicas, poco comprometidas en la respectiva función.

La imagen, pues, como expresión psico-fisiológica que es de una excitación, se presenta, representa y reproduce en cada célula o grupo celular funcional, conforme a la función propia de dicho agrupamiento o célula, tal como la observación dice, que a "cualquier" excitación experimental el cerebro responde con imágenes visuales, sonoras, gustativas, olfativas, táctiles, motoras o sensitivas en general etc., según la región que se exite.

Este concepto sobre la unidad y la totalidad orgánica de las imágenes y segundas representaciones tiene imponderable precio para la adecuada comprensión del reconocimiento suyo, y para la inteligencia de cómo se obtiene la identificación de los recuerdos en una tesis psicológica que no se apoye en la mediación del espíritu.

Con efecto, supongamos que necesite recordar la voz "palma", y que en lugar suyo surge "arma", que rechazo por su distancia fonética; que luego aparece "alma", más consonante, pero aun deficiente, y por tanto, desechada asimismo; que en mayor búsqueda mental descubro "calma", ya tan próxima que tiendo a aceptarla por legítima, sino que subsiste ese peculiar desasosiego de la mente insatisfecha... ¿Qué ocurre, entonces? La consonancia es casi perfecta, mas no así la armonía con los otros aspectos que la imagen tiene en los distintos centros funcionales del organismo; ni la imagen visual, ni la olfativa, o la táctil, o la afectiva, o la representación conceptual que corresponden a "palma", se asocian a "calma", y la identificación resulta imposible, o a lo menos sujeta a grave descuento de incertidumbre e inquietud moral.

Esta concepción dinámica de las imágenes nos resuelve la dificultad agobiadora que para la interpretación de lo subconsciente resulta de otra cualquier teoría, la espiritual, digamos, o la meramente fisiológica de señales fijas, pues la razón, mi razón al menos, no acierta a discernir cómo lo espiritual se oculta ni cómo lo material se apaga por intervalos, a veces de toda una vida, ni cómo luego resurge, fresco y rozagante, en determinadas condiciones de excitación imprevisible.

*

Nos resta por afrontar la porción más difícil de este enigma: el estudio de aquel "centinela", "censor" o "rector" que advertimos en nosotros al lado de las imágenes y representaciones con que trabaja nuestra mente. ¿En qué consiste? ¿Es acaso alguna entidad aparte, alma, por ejemplo, o juego más sutil aun de esas mismas representaciones?.

El análisis introspectivo sólo nos instruye de que nuestra intimidad está compuesta de la representación presente de nuestro yo somático, es decir de la vaga imagen que nos da la cenestesia de nuestro organismo, y de "juicios" verbales que se suceden en calidoscópica fluctuación, cada uno de ellos ocupando por un instante el centro de la pantalla mental y pasando luego a segundo plano de incidencia, aun a disipación transitoria o permanente, según la intensidad de interés que entrañe.

Ahora bien, esos juicios son representaciones, imágenes secundarias, por ende, recuerdos o modificaciones de recuerdos, de las imágenes de las palabras estructuradas en juicios, o sea en proposiciones valorativas, que hemos recibido de la comunicación social o formado nosotros con los elementos que esa misma comunicación

nos ha transmitido. Posiblemente, los que, por una u otra razón, no pudieron adquirir estas representaciones verbales, tengan juicios hechos con representaciones de las imágenes, que por otros sentidos les lleguen. Estos juicios son, lógicamente, menos precisos, menos simbólicos, menos dotados de la cualidad abstracta que el lenguaje hablado del hombre engendra de suyo. Así se colige de los relatos de aquellos pocos seres humanos que estuvieron sujetos a esta carencia temporal del lenguaje, como el muy célebre de Helen Keller, para quien la vida "del espíritu", el despuntar de su lumbre intelectiva, surge, casi torrencialmente, con el repentino hallazgo de este instrumento del discurso interior.

Por esto, cuando hablamos de nuestro "guardian" u "observador" íntimo, decimos con calificación que lo define indeficientemente, "Voz interior". Tales juicios pueden èstar constituídos por sola una palabra, una mera admiración, a veces. En todo caso, son representaciones.

Y ahí se desvela, se descubre, la deducción ineludible de una entidad concreta, el Yo, nacida de la conjunción de meras representaciones abstractas. ¿Inverosímil tal vez?. Sin duda, como lo son todas las materias "pensables" del mundo y del espíritu. Tan inverosímil como decir que un temblor en el vacío se convierte en un lingote de hierro, digamos, o de plomo, o de azufre, y no obstante, así pudo ser. Excepto que la ciencia postulará esta teoría un poco más noblemente, aseverando, v. gr., que "el átomo de no importa cual de los noventa y tres cuerpos simples (incluyendo el Plutonio), no es otra cosa que un haz de vibraciones en el éter", lo que equivale a energía "granulada".

La conciencia intelectiva, la autognosia de esa entidad, no es más que la imagen misma que se coloca en el centro de ese mundo de representaciones, que está presente así misma en su presencia. En otra parte he dicho, un tanto figurativamente, que la conciencia es la misma energía reflejada hacia dentro de sí. Es, inesperadamente hallada por otra ruta, la sutil intuición de Aristóteles acerca de que "el pensamiento se piensa a sí mismo".

La falsa impresión que tenemos de que algo en nosotros percibe o "siente", distinto de la misma representación percibida o "sentida", estriba en que esas representaciones se acompañan de afecto o de intención, de cierta "tensión", en consecuencia, representación, a su vez, de estados interiores, tendencias apetitivas o repulsivas, v. gr., que se dan en nosotros como el sér de nosotros mismos. A este propósito encuentro oportuno recordar un experimento de Harvey Cushing: en paciente suyo que tenía descubierta la parte del cerebro correspondiente a la circunvolución parietal ascendente (post-central gyrus, dicen los ingleses), excitó eléctricamente el centro de recepción sensorial de algún miembro. El joven paciente reaccionó retirando el miembro indicado, y expuso que lo retiraba porque se lo estaban pinchando. Es decir, que experimentó sensación periférica, que tuvo imagen sensorial periférica, al excitarle el centro cerebral conrrespondiente, y que tuvo, cosa más importante aun para mi argumentación, el sentimiento ("percepto" diría Romanes), de que él reaccionaba espontáneamente a esa provocación sensorial.

La multiplicidad de las representaciones y la pugna, por así decirlo, del interés afectivo que las acompaña, nos causa la ilusión de que vamos escogiendo entre ellas, cuando solo estamos asistiendo a su "estructuración" en la categoría de su influjo. Tanto es así, que nuestro Yo no permanece, como generalmente se afirma, con caracteres de identidad perenne, antes mudable y relativo. Ese "guardian" íntimo, que tan arduamente vengo dilucidando a grandes líneas, cambia de índole, cambia de "gustos", como familiarmente se dice, y aunque perezca un dislate, me atrevería a sostener que más que un Yo continuo, somos una serie de YOES, enlazados por juicios previos de identidad y el recuerdo de su vinculación somática.

¿Y cuál, entonces, el proceso de esa continuidad que establece la identidad del Yo?

De la misma manera que identificamos una imagen o una representación porque armoniza, porque "casa" bien, pudiéramos de-

cir en términos familiares, con las imágenes y representaciones que le corresponden en otros centros, igualmente se puede afirmar que la identificación del Yo, la identidad del Yo, se hace posible mediante la armonía de las imágenes y representaciones suyas presentes, con el recuerdo de las imágenes y representaciones suyas pretéritas, anterioridad o "preteridad" que el juicio de que "ya fue" (representación asimismo de lo que el lenguaje nos enseña y, aunadamente, nos permite aprender conforme a su mágico don de símbolo), acompaña y define. A más de muchos otros recursos de localización de que disponemos. Anotemos, "pari passu", el de los afectos: una representación "presente" tendrá su acompañamiento intencional o afectivo de acuerdo, "en consonancia", con las condiciones de ese instante propias de nuestro organismo, y las representaciones del mundo actual ambiente; y una representación "pasada" estará asociada al recuerdo de otros estados de nuestro organismo y de otras representaciones del entonces mundo ambiente. El lenguaje humano simbolizó ese dato de la conciencia en los diferentes tiempos del verbo.

En última instancia, ¿cómo se presenta el Yo íntimamente? Al intentar atraparlo en su conciencia y pretender definirlo en palabras inteligibles, lo más entrañado que descubro en mis procesos de introspección analítica como substancia de ese Yo es un juicio verbal. o sea la representación verbal de "una relación de continuidad subjetiva entre la cenestesia y el recuerdo". De ahí que la memoria tenga tanta importancia en la interpretación del Yo. De ahí, también, que poco me halaguen aquellas definiciones en que interviene alguna petición de principio, como el referirlo a un "acto puro", o el decir con Fichte que es "aquello que se representa a sí mismo", cuando ese "aquello" es precisamente lo que se busca.

*

Reviso estas páginas, y quedo intranquilo: ¿Por qué no ahondar un poco más siquiera en estudio de tamaña altitud, si otro ninguno de los que solicitan la mente de los hombres le supera en inte-

rés vital ni en posición categoremática dentro de la sabiduría de todos los siglos?.

Porque el Yo es el puerto de partida y el puerto de regreso de todo el saber humano, el común denominador de la cultura espiritual de la historia. ¡Lo demás son nimiedades del instinto o bagatelas y nonadas del mundo!.

Y por otras razones... Pues entre el ignorante ingenuo y el hombre genuinamente ilustrado existen dos tipos sociales que siempre hay que tener en cuenta: el esquivo a la cultura, el "misoneísta", o sea, enemigo de toda novedad, que opone grave inercia a los estudios, y al cual Federico Schlegel denominó "filisteo", con vocablo que tuvo luego blanca fortuna, y aquel otro, peor aún, que creyendo saber, no entiende lo que sabe, y se torna fanático de conventículos o crítico mordaz de todo cuanto, en esta materia, surge en su ambiente, con presunción que no mide sus deficiencias culturales ni los límites conoce de la más elemental cordura propia.

*

La palabra conciencia no adquirió el valor lexicológico con que la he venido empleando en este discurso hasta el siglo XVIII, pues propiamente corresponde a Leibnitz la distinción entre conciencia moral, que predominó en la filosofía anterior a su tiempo, y la conciencia intelectiva o cognitiva (análisis de la "apercepción"), que tanto preocupa a la epistemología moderna, a pesar de que los estoicos algo entrevieron de este asunto, como lo presupone el término "syneídesis" que usaron frecuentemente. Apenas si revisando la terminología de aquellos tiempos con la luz de nuestra actual experiencia, descubrimos en algunos de sus grandes filósofos ciertas voces que equivalen vagamente a lo que nosotros entendemos por conciencia moral y conciencia intelectiva: así, entre otros, Séneca usa la palabra "Synteresis" en el primer sentido, y mucho antes, el aristotélico Alejandro de Afrodisias empleó el término "Synaisthesis" con el segundo significado ideológico. Ni qué de ra-

ro tiene esto, si la misma voz "psicología", tan común ahora, es de cuño reciente, inventada por Melanchton en el siglo XVI y divulgada por Christian Wolff en el XVIII, y esotra, no menos útil, "epistemología" o teoría del conocimiento que arriba nombro, es aun más joven, ya que fue inventada por el filósofo escocés Jaime Federico Ferrier en 1854 apenas... (Hay palabras que gozan de inmensa fortuna: aliento y ámbar, digamos, "spiritus", en latín, y "elektron", en griego, respectivamente, se disputan la total hegemonía del saber contemporáneo, jugando a cual de ellas esconde en su humilde dicción los secretos inefables del mundo y de la vida. Desde la iniciación nebulosa del pensamiento humano, la una, el soplo, "soplo divino", y respiración, emblema de la vida, fue elevándose hasta abarcar en sí, ideológicamente, la plenitud de los misterios; en tanto que la otra, mencionada por los jonios como sujeto de un fenómeno de mera curiosidad inútil, denominado, y ya exaltado, por William Gilbert en el siglo XVI, "vis electrica", o sea "fuerza del ámbar", y "electricidad" al fin, por Walter Charleton en 1650, es hoy el último baluarte del prodigioso imperio de la ciencia experimental vigente).

Convendría, pues, que los lexicógrafos establecieran la distinción, conservando la grafía "conciencia" para lo pertinente a la moral, con su adjetivo "concienzudo", tan arraigado ya y castizo, y para la parte cognoscitiva volvieran a la "s" etimológica de "conscientia", como acertadamente la retienen "consciente", "inconsciente", "inconsciencia" y "subconsciencia", conforme a las raíces latina "scio", "scire", saber, y griega "keio", "skeio", dividir, distinguir, discernir... Así obtendríamos para el español lo que ventajosamente posee el alemán en sus voces "gewissen", conciencia moral, y bewusstsein", conciencia del entendimiento, "conscience" y "consciousness" de los ingleses.

Cuanto a las maneras de intuir la gente este intrincado concepto conviene recordar algunas definiciones:

Para el público en general es el acto de la mente por el cual

nos percatamos o "damos cuenta" de lo que ocurre en nosotros o fuera de nosotros.

Para los psicólogos es la apercepción de nuestros propios actos mentales.

O la intuición ("insight", de los ingleses) de esos propios actos.

Tratando de descifrarla un poco más, se dice que es "proceso psicosocial de esclarecimiento intelectivo", o el "entendimiento en cuanto se contempla reflexivamente a sí mismo", o el "sujeto que a sí mismo se contempla objetivamente", o el "aspecto subjetivo de la inteligencia", o el "sentimiento ("feeling", más bien) de la relación entre causa y efecto, entre sujeto y objeto"; la combinación de átomos más sutiles (época antigua), de átomos de conciencia elemental (tiempos contemporáneos); producto natural de la materia organizada; una a modo de fosforescencia cerebral; resultado de la "junción psicónica" (sinapsis o juntamiento) de los neurones; epifenómeno de los actos mentales (como quien dice, fenómeno que se añade a los fenómenos mentales); o... en fin, algo espiritual, inefable de suyo.

Como se ve, son proposiciones vacuas, explicaciones o explanaciones verbales que, intentando aclarecer el concepto, se colocan en lugar suyo, complicándolo más aun con la ineludible exigencia de su propia interpretación.

Al considerar yo las representaciones conscientes no sólo como contenido de la conciencia, sino como la conciencia misma, y decir, bastante atrevidamente por cierto, que la conciencia es "presencia" de esas representaciones, entendiendo por tales representaciones tanto las intelectivas propiamente como las afectivas y las conativas que las acompañan, en cuanto representaciones también, me coloco ante la dificultad de que se me arguya el que así convierto la conciencia en mosaico de impresiones fugitivas, carecientes de la unidad que ella constituye, al decir de los más sagaces observadores modernos, un Bergson, digamos, un William James, o un Dilthey, para quienes la introspección indica una "corriente" continua, un

constante fluir, un "status conscientiae", infrangible o "infragmentable" en sí, duración y cualidad por antonomasia insolubles. "Continuidad" de una corriente, dice James, mientras que mi opinión pudiera prestarse a interpretarla como mero atomismo de estados mentales en representaciones sucesivas... o el polipero de Hipólito Taine.

Y no es así. De mi análisis interior no me resulta ese tal atomismo. Sin duda, yo no concibo la simultaneidad de las representaciones mentales, sino su estricta sucesión, y no la "continuidad" entitativa propiamente, sino su "contigüidad" o inmediación propia.

Entonces me corresponde a mí el deber dialéctico de explicar cómo, en tales condiciones, puede surgir esa unidad que todos advertimos en la introspección o auto-inspección de nuestros estados mentales. O, en otra fórmula, cual puede ser el aglutinante de esos estados, el tablero de fondo o estambre unitivo que nos hace concebir aquella unidad de conciencia.

Propongo dos aclaraciones la una esencial, formal la otra, a saber: El lenguaje interior o "verbum mentis" de los psicólogos, acompaña todas nuestras representaciones de un juicio (representación verbal por lo común, aunque pudiera no serlo en otras formas de lenguaje) que nos dice o a sí mismo se dice: "Esta representación está presente en mí". Y este juicio, la representación de este juicio, es el aglutinante de las "presencias" que tanto he preconizado ser el más entrañado fondo de la conciencia humana.

Y como argumento esencial, aduzco el hecho irrebatible de que cualquier estructura adquiere unidad, unidad de función, unidad de esencia, en tanto, no necesariamente substancial, en toda asociación de conjuntos: Un palacio puede estar construído con materiales yuxtapuestos, cemento, v. gr., madera y vidrio, o no importa cuales otros, y constituir, sin embargo, unidad formal, de esencia y función, indubitable unidad en sí. Un cuadro pictórico es, físicamente, yuxtaposición de manchas de color, de sombra y luz: su estructura es lo que le hace uno, representativo, expresivo y espiritual de suyo, inextricablemente. Otro tanto acontece con los so-

nidos en la creación de las obras musicales, una sinfonía, por ejemplo, o en la poesía y el discurso oratorio, respecto de las voces componentes y la urdimbre armoniosa del conjunto estético, en que ya no se puede alegar unificación por contigüidad especial, pues en estos últimos casos la unidad se cumple en el tiempo.

La mejor prueba de esta unificación la suministra el cinematógrafo al darnos ilusoriamente acciones continuas con imágenes discontinuas, en sucesión más rápida que la capacidad del ojo humano para percibirlas aparte. Mas es la luz la que nos permite descifrar mejor este asunto y esclarecer otros vinculados con él psicológica y filosóficamente, pues si contemplamos la del sol, la hallaremos tan uniforme y continua como algunos pensadores hallan continua y uniforme la conciencia en sí, aunque hoy día ya sabemos que esa luz se produce mediante acciones discontinuas o "cuantos de acción", de enigmática constancia en el mundo.

Aquella aparente continuidad de la energía y de su acción que hasta 1900 prevaleció en los esquemas conceptuales de la filosofía teórica y de la ciencia, fue la que por subconscientes enlaces de analogía indujo a Bergson a formular, con ese su estilo enlabiador que tan deleitosamente encubre la flaqueza de sus opiniones, larga serie de postulados, hoy, a mi ver, insostenibles. Principiando por que deliberadamente confunde conciencia con memoria, memoria con voluntad e inteligencia, voluntad (capacidad de escoger) con vida, y, un sí es no es, vida con espíritu (vida con alma, había propuesto San Agustín); todo eso llevado por lenta gradación hasta el más humilde protozoario, de "conciencia dormida" aún, es decir de espíritu todavía inconsciente, sin que yo sepa cómo pudo distinguir entre la elección de alimentos (le choix) de una amiba y la valencia, o "apetito" atómico que, por función electrónica, posee la molécula inorgánica también, y lo que es más desconcertante todavía, intencionadamente ignorando el problema de la conciencia en sí, en cuanto hecho mental de "percatarnos" de nuestra existencia y de la existencia de nuestros propios actos, que era, y sigue siendo, el "quid" su-

premo de todas las filosofías habidas y por haber en este mundo. Consignar en sus estudios que la conciencia —¡y Spengler lo dice asimismo de la voluntad!— es término "primario" de certidumbre inmediata, no es otra cosa que un efugio ingenuo, huidiza frase con que elude definir el problema más arduo de la cultura universal inteligente...

Si comento ampliamente estas opiniones de Bergson es porque su noble inteligencia merece grande estima, porque su influjo fue eminentísimo en la esfera psicológica de la cultura a principios del siglo XX, y porque su intuición unitaria de las potencias mentales (él dice "facultades" según el término obsoleto ya de Christian Wolff, yo diría "funciones" y, más precisamente aún, aspectos o fases del proceso psíquico), sigue derroteros muy promisorios todavía. Empero, sus deducciones se articulan a postulados de la ciencia vigentes en el siglo anterior, que difícilmente caben en las estructuras ideológicas contemporáneas: el énfasis con que él calificó el aspecto físico del mundo como reino en que impera la "necesidad", en oposición al reino de la "libertad" que corresponde a la vida, tropieza, de un lado, con las leyes de la indeterminación de Heisenberg, de otro, con el principio de que sólo es estable la acción mínima. Sus distingos entre duración y tiempo se refieren a un tiempo categoremático que ya no tiene validez en sí. Cual la sierpe en la maleza menuda, así el peligro deletéreo se esconde en los detalles a veces: de haber contemplado mejor Oswaldo Spengler los pueblos aborígenes, no hubiera construído tantos andamios culturales ni hecho tantas (y tan bellas) acrobacias históricas; de no haberse Henri Bergson fervorosamente enamorado de la entomología dramatizada de su época juvenil, de seguro no habría contrapuesto tan cortantemente la inteligencia a la intuición y al instinto; y si ambos hubiesen meditado más en la posible génesis del sér, que en sus fugaces modos de existencia, no habrían cavado inútilmente esas sus divisiones profundas entre necesidad y libertad, entre naturaleza e historia, entre hombre y mundo, indefendibles hoy, según mi flaco juicio, con ese radical apartamiento.

Lo que no presupone, ni con mucho, que nuestra generación posea verdades definitivas, pues, al contrario, la actual concepción del mundo es, más que nunca, abrumadora —y un tanto nebulosa— arquitectura de símbolos, demasiado recónditos todavía...

Prueba experimental de esta concepción de la conciencia como unidad de estructura y no de substancia en sí, hallamos en el hecho de que la persona, o la personalidad, como hoy decimos, ha venido formándose a través de la evolución histórica del hombre, y, más aún, de que esa personalidad se organiza poco a poco en el individuo, y por tal manera, que sólo en la edad adulta se la tiene bien asociada y firme, conforme lo indican los términos familiares de "madurez", "sensatez" y "equilibrio moral" con que designamos la reciedumbre estructural que adquiere con los años.

También la psiquiatría nos aporta una a modo de "contraprueba" de que no existe la tal "res cogitans" de Descartes, ni la indivisible "corriente" de pensamiento de que nos hablan otros filósofos más modernos, pues hoy día conocemos aquellas "enfermedades de la personalidad", como dijo Th. Ribot, o desintegraciones del YO íntimo, o desintegraciones de la conciencia del YO, que a mí me parece mejor decir, en algunos procesos patológicos de la histeria, la esquizofrenia y la paranoia, en no pocos delirios de otra laya, y aun en la complejidad de ciertos sueños muy novelados que a veces nos ocurren.

De existir algún sujeto espiritual para el entendimiento de las cosas, algún guardián, censor o testigo siquiera de los actos conscientes, se revelaría mejor en el curso espontáneo de los sueños, como que estaría entonces más aislado, y sería, en tanto, más autónomo con relación a los sentidos vectores o conductores de la realidad externa y de la propia íntima realidad corpórea. De ahí que los hombres de la antigüedad y todos los primitivos, más

lógicos que nuestros sabios de la cultura moderna, concibieran los sueños como desencarnación o desincorporación del espíritu. Sino que tal no ocurre: al revés, en esas condiciones, el que duerme y se ausenta y nos deja alocadamente prisioneros de la fantasía errátil, sin posibilidad de refrenarla y conducirla con las representaciones del mundo ambiente o del mundo orgánico interior, es ese supuesto testigo espiritual, que todos proclaman y nadie percibe evidentemente consigo ni nadie de cierto conoció nunca.

Ribot sostiene que la conciencia del YO es el conjunto de actos mentales asociados alrededor de la representación cenestésica. Yo los agruparía —como ya dije— en torno de la representación verbal del juicio adquirido de identificación, "Yo soy yo", que la cenestesia y el tacto confirman. Este juicio, que pudiera parecer obvio y superfluo, y aun vacuo en sí, es, no obstane, juicio de relaciones recónditas. Sin la representación del mundo externo, la representación del YO íntimo no reclamaría definición alguna: sería algo impreciso, ilimitado, sin fronteras de individualidad propiamente. Del sentimiento del NO-YO como ajeno a nosotros, y del sentimiento del YO como propiedad nuestra, surgen los juicios concretos: "este soy yo", "hasta aquí soy yo", y el abstracto consecuente suyo, "yo soy yo", juicio de representación verbal que al contemplarse a sí mismo en su presencia psíquica, encarna y mantiene el sentimiento de identidad y de persona que introspectivamente hallamos en nosotros.

¿Significa esto que en ese juicio se admite implícitamente la realidad concreta de un mundo exterior a nosotros? No me atrevería a asumir tal actitud epistemológica, porque si el YO y el NO-YO se presentan como "sistemas de acción" diferentes, como estructuras de diferente espacio, los elementos que los constituyen son consubstanciales, y tal vez idénticos, en uno y otro sistema. Aquí se nos aparece nuevamente el número con impresionante argumento de analogía. Ello es que en la nueva física de los átomos, matemáticamente se puede concebir, contra todo nues-

tro orden anterior de pensar, que dos partículas ocupen un mismo "espacio", lo que apenas tiene similitudes en el orbe misterioso de los números: cinco y cinco, considerados en aposición "ocupan" dos espacios ideales; considerados en su inclusión dentro del diez, aparecen con sólo un espacio ideal...

La preciosa definición escolástica de que la conciencia es el "sentimiento de presencia del sujeto pensante (alma) en el acto de pensar", presupone dicho sujeto pensante, contra lo que surge del análisis de lo inconsciente y lo subconsciente, admitidos hoy día, pues que el considerarlos "conciencia no manifiesta", como necesariamente habría que entenderlos en tal presunción, conduce al fin y al cabo a definirlos "conciencia inconsciente" o "conciencia subliminar", que dicen algunos, y que a tanto, poco más o menos, equivale en otros términos.

Por todo ello me parece lícito sustentar deductivamente que la conciencia del YO es síntesis funcional, unidad estructural de conjuntos fenoménicos, según me he esforzado largamente en sostener en este epítome de mis investigaciones personales, con toda la cautelosa solicitud que tan ardua cuestión científica impone de suyo e inequívocamente exige de sus honrados exegetas, de sus exegetas fidedignos.

El decir que la conciencia intelectiva no es más que la misma representación en cuanto "presencia" mental, es asunto de tamaña magnitud psicológica y de tan dilatadas consecuencias en toda la esfera de la cultura, que me ha determinado a inquirir si en la naturaleza física acontece algo que por analogía, o siquiera por remotas similitudes, nos facilite el comprender y el aceptar dicha hipótesis. Y, efectivamente, en la interpretación científica de la luz encontramos algo que mucho se le parece: pues si nos preguntamos cómo surge ella, la respuesta de que es "producto" de ciertas vibraciones sería equivocada técnicamente, porque el hecho es que la luz otra cosa no es que esas mismas vibraciones en sí, como la conciencia no es más que la misma representación mental presente... Spengler cita la frase de Goethe

que reproduce en sus términos de sabiduría "vital" un concepto análogo: "No busquéis nada tras los fenómenos; los fenómenos mismos son la teoría"...

Ineludiblemente me veo determinado a aplicar esta interpretación de los elementos constitutivos del YO al concepto que tenemos de la IDEA en sí, y aun a las voliciones y sentimientos: ello está todo tan íntimamente vinculado, que omitir parte de su análisis sería exponer este estudio a fáciles alegaciones meramente retóricas.

Todos hablamos con grande efusión de las ideas, y seguramente nos indignaríamos de que alguien nos dijese que somos "hombres sin ideas". Mas, yo me pregunto: ¿sabemos de verdad y con adecuada certidumbre qué cosa en sí es la idea? Platón las concibió como arquetipos de las cosas, que están en la mente divina, modelos causativos de cuanto existe en el mundo. Hegel en su panlogismo idealista (no muy severamente psicológico, por cierto) pensó que el mundo de la realidad objetiva no es otra cosa que la idea misma contemplada fuera de sí, en cuanto a sí misma se contrapone. Descartes nos dejó una clasificación, falsa en parte, pero muy útil por su aspecto de verdad y de suma sensillez, al dividirlas en innatas, o sea, las que dizque traemos con nosotros al nacer; en adventicias, o aquellas que nos vienen de la experiencia interna o externa que vivimos, y ficticias, o inventadas por nuestra mente en alguna manera autónoma del mundo externo. Luego habría que considerar el numeroso fraccionamiento pragmático que hacemos de ellas, y decir que las hay concretas o particulares, generales o abstractas, aplicadas o específicas, amén del maremagnum de confusiones en que incurrimos al extender su nombre a opiniones, normas y modelos, y aun a caprichos, delirios, fantasías, etc.

Sino que nada de esto nos adelanta una brizna en cuanto a la interpretación psicológica del proceso mental en sí.

Como antes dije, lo que ocurre dentro y fuera de nosotros nos produce una "impresión", y en esto consiste la sensibilidad.

Mediante la "percepción" advertimos el hecho, que llamamos "senso-percepción" o "percepto" meramente. Si además nos damos cuenta de que ello acontece en nosotros, de que esa impresión pasa en nosotros, denominamos "apercepción" o "conciencia" a este nuevo fenómeno.

Esa impresión puede reproducirse, queda, pues, representada, y a esta representación decimos "recuerdo".

Sensación, percepción y recuerdo corresponden a la pregunta "¿cómo es esto?" Mas surge otro aspecto del proceso mental que responde a la cuestión "¿qué es esto?", y a dicho aspecto o fase bautizamos con el nombre de "concepto" o "idea", y aun presuponemos que depende de "facultad" específica que abstrae de los actos psíquicos anteriores un sentido, un significado propio, y a esta seudo-facultad llamamos intuición, razón, inteligencia, según entienda inmediatamente o discurra para entender.

Todo eso puede ser verdad o no serlo. Yo concibo las cosas de otro modo. Para mí el "concepto", la "idea" es "juicio de significación", y por ende, "representación" verbal. Pero representación elaborada, y no repectición apenas, como el recuerdo, de la impresión primordialmente recibida. El discurso interior es lenguaje íntimo que en nosotros emana del lenguaje articulado. Procede por comparaciones hasta hallar la adecuación más perfecta entre el signo verbal que simboliza las cosas y los hechos y las impresiones que tales hechos y cosas han producido en nosotros. El resultado es ese juicio de significación de que estoy hablando, que, como lenguaje, no es más que "representación" asimismo. Cuando no poseemos aquella expresión verbal representativa, aquel juicio verbal de significación, sino algo aproximado apenas, analógico y confuso, decimos justamente que sólo tenemos "vaga noción" de lo que se trata, estudia o discute.

Este largo proceso de elaboración es peculiar de la vida, como también ya lo dije. A nuestros órganos digestivos llegan diversos alimentos, albúminas, digamos, que son desmenuzados en sus componentes químicos más simples (animo-ácidos, v. gr.) en

el proceso de asimilación, y luego recompuestos conforme a la peculiar estructura de nuestras propias proteínas (según las denominó G. J. Mulder). Análisis y síntesis, descomposición y recomposición complejísimas, de selección tan sutil que asombra, sin que a nadie se le ocurra presuponer que ello requiere agente especial o hábil laboratorista para que escoja, califique y lleve a feliz término dichos actos. Todo ello se cumple por "acción de presencia", alimentos y diastasas, para la descomposición, "valencia" química de los nuevos cuerpos, para la recomposición, y ¡estuvo!. Otro tanto acaece con el alimento mental que recibimos, el discurso principalmente, cuyas fracciones constitutivas, palabras y proposiciones, vamos al decir, desatamos y reatamos de acuerdo con nuestra propia índole y conocimientos adquiridos antes. Sino que entonces negamos la espontaneidad vital de este proceso y apelamos a un "Deus ex machina", o actor intermediario incognoscible, con tan sutiles argumentos y tan prolijas discusiones, con actitud tan airada a veces, que ya uno se amedrenta de entrometerse en tamaño lío, hecho doctrinal contra viento y marea, sin prudencia efectiva ni conveniencia indeclinable alguna, pues que no ocurre necesidad imperiosa de aherrojar la fe con hipótesis controvertibles, habiendo otras maneras genuinas de justificar la inmutable aspiración religiosa del hombre.

Lo que acabo de argüir respecto de los constitutivos del YO que proceden del mundo externo, puede aplicarse, "mutatis mutandis", a los que surgen de la experiencia íntima, tendencias, emociones y deseos; afectos, sentimientos y voliciones, al mundo, pues, de la afectividad y de la voluntad, todavía más importante que ese otro de la interpretación de lo externo para la definitiva arquitectura de la persona en sí. Es otra faz y es otra fase del proceso psíquico, que hemos apartado para poderla clasificar y definir mejor, no realmente porque de suyo constituya "facultades" aparte de la mente o del "espíritu", como solemos decir en plática común y común entendimiento de estas cosas.

Hasta cierta similitud se advierte en el acontecer de la impresión, la percepción, la senso-representación y el recuerdo de algunos de tales procesos psíquicos: el interno de las emociones, pongamos por caso, y el de los perfumes, que no se encuadran ni conciben en el lenguaje articulado propiamente, sino en vagas imágenes de la modificación orgánica respectiva, aun en aquella intensificación máxima suya en que, por destacarse aislados e impetuosos, dominan la mente, como en el sueño, las pesadillas, alucinaciones y delirios, en la sugestión hipnótica, las intoxicaciones, la paranoia, la epilepsia... o las excitaciones directas de los centros cerebrales correspondientes. Dichos procesos de la fijación sensorial y de la representación mental de emociones y sentimientos, de aromas y de gustos, nos ofrecen un campo de análisis en que convergen la experiencia de lo exterior y del propio organismo, para indicarnos que no existe entre ellas ningún apartamiento genérico, sino mero accidente de calidad y origen.

La materia es ardua y amplísima... pero, por esta vez, no puedo prolongar más su estudio, que dejo a la mejor consideración de mis lectores, presentándoles, esto sí, anticipadamente, humilde excusa por las muy graves deficiencias de que adolece, y que, de seguro, ellos sabrán corregir. En otra disertación veremos algunas ampliaciones metafísicas de este tema.

TERCERA PARTE

LA ESFINGE Y EL COSMOS

●

Esfinge: "La que estrangula con enigmas".
Interpretación según el diccionario de Webster.

AMPLIACION METAFISICA

TODO ESTO NOS COLOCA muy distantes de unas cuantas tesis que los profetas mayores de la sabiduría han echado a volar por el mundo de nuestra Cultura errátil: Ideas innatas de Platón, entendimiento agente de Aristóteles, máquina de los instintos de Descartes, armonía preestablecida de Leibnitz, inteligencia adjetiva o colateral de Bergson, categorías de Kant, ideas absolutas de sus continuadores alemanes, etc., que de sutileza en sutileza tienen ya la filosofía hecha un maremagno de acrobacias inverosímiles. Ultimamente, agotado el discurso acerca del ente y sus modos de existencia, de la esencia y los fenómenos, han surgido escuelas que, como la de Martín Heidegger, se ha pasado al estudio —¡casi inverosímil!— de la NADA, no en su prístino valor de "cosa nacida", ni en el acomodaticio semántico posterior de ausencia del sér, sino como causa "objetivante" en nosotros de sutiles estados íntimos, que tienden a valorar la existencia, la preocupación y la muerte por nuevos rumbos gnoseológicos, sobre la base kierkegaardeana de la angustia... (Ya el monje Fredegis, de las Escuelas Carolingias, por otro nombre Fredegiso de Tours, opinó en su "de Nihilo et Tenebris", que la obscuridad y la Nada eran entes reales, lo que a su vez, remotamente emparienta con el Caos de las teogonías y cosmogonías más importantes y el concepto similar de Plotino de que el "no-ser", en cuanto contrapuesto al ser, es algo)... Útiles teorías, de seguro, en cuanto nos disciplinan la razón para discurrir por las sumidades de lo abstracto, y manosear hipótesis abtrusas con habilidad malabaresca, y progreso, también, en el descubrimiento y el esclarecimiento de nociones secundarias o tangentes que hartõ nos incumben lógica y psicológicamente. Empero, obsérvese, que la mayoría de estos pensadores siguen operando con los moldes de la religión y de la filosofía mismas que

intentan superar, o corregir al menos. Uno descubre en la medula de sus "quintaesenciadas" lucubraciones noventa y nueve por ciento de evolución semántica de las voces que emplean, sobre uno por ciento, si mucho, de evolución ideológica propiamente dicha. Lo confirma así el hecho de que estas escuelas nacen más abundante y más frecuentemente en las naciones con lenguas de rica flexión y fácil aglutinación, como el alemán y el griego, que producen "filosofías" con la holgura y copiosa afluencia que tienen los vascos para formar nuevos apellidos, añadiéndole o restándole una sílaba al de sus antecesores. Empero, la novedad es grave cuando las dos susodichas lenguas intervienen con todos sus recursos en las exposiciones doctrinarias de los filósofos, como ha ocurrido en las escuelas de Koenigsberg y de Berlín, de Marburgo, Friburgo o Viena, por ejemplo, pues entonces se produce mareante acrobacia de neologismos o, lo que es aun peor, de caprichosas acepciones nuevas de los vocablos fundamentales: esencia, existencia, conciencia, razón, voluntad, espíritu, vida, ente y nada, substancia y fenómeno, pongamos por caso, acrobacia vertiginosa y peligrosos volatines que durante dos o tres generaciones ponen la mente de los muchachos a danzar histéricamente una danza lexicológica de San Vito.

Y no que yo pretenda atrabiliariamente minorar la egregia labor de estos pensadores, sino colocarla ante dimensiones de universalidad irrebatible. En muy sesudas disertaciones Emile Faguet anotaba que las ideas capitales del pensamiento humano son muy pocas y de muy difícil modificación, hasta el punto de que los siglos más orgullosos de su sabiduría sólo han engendrado una o, a veces, media idea, y que muchas centurias transcurren estérilmente... La cultura ideológica es el esfuerzo multi-milenario del hombre— ¡y de la vida! —por darse magnitudes de eternidad, seguramente, pero cuán lentos son sus pasos nos lo dicen la poquedad y la incertidumbre de los ideas fundamentales que admitimos en el foro interior de nuestro espíritu.

Por solas leyes físico-químicas las cosas tienden a una ordenación conforme al grado de sus potencias actuantes; por lo que llamamos instinto, adquieren los animales la noción de los medios adecuados a su obra; por reflexión de que esos medios conducen a un fin deseado, tenemos lo que se llama inteligencia; por discernimiento mayor todavía, llegamos a la autognosia, a saber que somos nosotros los que actuamos con un propósito; más arriba aun, por el mismo proceso de reflexión, nos contemplamos a nosotros mismos, llegamos a la conciencia del YO. ¿En dónde aparece el espíritu dentro de esa tela vital inconsútil? ¿Con el advenimiento de la conciencia, o de la inteligencia, o del instinto, o de la vida elemental y sus reflejos, o más allá aún, en la fuente dinámica del mundo, en la esfera físico-química de los seres? ¿O en ninguna parte, o en todas partes?

Como ve usted, señor lector, las escuelas se combaten a muerte, pero en el fondo del asunto, en la entraña conceptual recóndita, sólo ocurre el leve descorrer de las cercas de este campo unos cuántos metros más acá o más allá... sin salirse de ese mismo campo, si no es verbalmente. Sin pretender asumir actitudes de sincretismo acomodaticio, ni de escepticismo disolvente, ni de agnosticismo fácil, sino como prevención contra la iracundia de los defensores acérrimos de sus teorías, uno contempla con bondadosa sonrisa de abuelo esta pugna emocionante, pensando que ninguna solución actual elimina las otras categóricamente, más todavía, que en todas ellas subsiste suficiente amplitud de espacio para las actividades propias de la magia, de la religión, de la filosofía, de la ciencia y del arte, en el apacible consorcio de sus diversos puntos de vista, que no se excluyen, ni se destruyen mutuamente...

Hace falta que aparezcan en nuestro mundo contemporáneo disociadores de la credibilidad de la estirpe "inembaucable" de aquel Celso alejandrino de la época antonina, que tenía bien puesto su sentido común en el sensorio, y amaba, como la ciencia predica, lo comprobable de hechos, "fácticamente", como hoy dicen, sobre lo ingenioso y ficticio. O el equilibrio moral y ecuánime

criterio de un León XIII, si queremos personaje más cerca de nosotros y cristianamente ortodoxo, además... No se me va de la memoria la muy graciosa e instructiva anécdota de nuestro sensato Arzobispo Bernardo Herrera Restrepo, que reza así, sobre poco más o menos: Querían algunas gentes piadosas del departamento de Nariño establecer nueva congregación mariana, con advocación de la Virgen que no fuese conocida, y propusieron el que se la designase "De los Dolores íntimos del Corazón de Nuestra Señora", aduciendo el delicioso argumento de que no son identificables los dolores del corazón con los dolores "íntimos" del corazón... a lo que el señor Herrera Restrepo se negó a acceder, alegando socarronamente: "Demasiada sutilidad, hijos míos". Tal nosotros, ya vamos muy cerca de tener que decir a nuestros ilustres filósofos de Europa: por caridad, no extremen más la sutileza del pensar y del discurso.

Infortunadamente, América, desde los Esquimales hasta los Patagones, anda asimismo embriagada de estos brevajes alquitarados de la filosofía teutónica y su extensa prole, con el nocible aditamento de cierto orgullo de exotismo y moda, de muy difícil erradicación cultural.

Contra mi gusto y costumbre, así, temerariamente, lo digo, porque era necesario que alguien lo dijese.

Desventuradamente, ellos no tienen la culpa, estos ilustrados pensadores. Es la materia misma la que resulta difícil de interpretar con los datos de nuestra sabiduría contemporánea. De ahí que yo, en la intimidad de mi conciencia, igualmente vacile y recate mi pensamiento en fórmulas dubitativas. De seguro tropezaré con idénticas dificultades, y como ellos, me ahogaré en el caos de mi discurso.

Para mí, la filosofía contemporánea nos ha forjado un mundo de mera elaboración semántica. Yo quisiera componerme para mí un mundo unificado, armónico desde el electrón hasta el espíritu. Salvar, sobre todo, la zanja que siempre se nos quedó abierta entre substancia perenne y existencia efímera, entre el

mundo meramente fenoménico y lo que le sustenta "ab origine". Me circunscribiré a las nociones estrictamente comprobables, sin presumir que sé todo lo que otros saben, ni locamente imaginar que sea factible adivinar ahora lo que mañana podrá saberse.

¿Caeré, también, en las mismas incongruencias y paralogismos que he hallado en otros, en símil logomaquia a la que en otros me desazona y aflige?

Así será, casi casi ineluctablemente. ¡No importa! Luchar es un deber; triunfar... triunfar es sólo un milagro.

*

El fondo, pues, de nuestro ser es un acto, un fenómeno "existencial". Tal así la esencia del mundo. Pero, estas palabras "esencia" y "ser" las tomo en su acepción estrictamente filosófica, no en su valor familiar explicativo y fútil. Porque, si hemos de ahondar en esta investigación, pronto estallará en nuestro análisis la revelación de que ni el mundo ni nosotros con él, tenemos substantividad efectiva. Somos insubstanciales y efímeros.

Bien... Más, ¿entonces? ¿De dónde hubimos esa existencia que somos? Vuelve aquí a solicitar mi mente la importancia fundamental del NUMERO, que tantas veces he tratado de discernir. Ello es que la presencia de nosotros, y del mundo en general, carece de sentido, insubstanciales como somos, y transeúntes, sin algo permanente y substancial que nos engendre.

Ese algo es UNIDAD, o para decirlo pleonásticamente, UNIDAD ABSOLUTA. Simplicidad absoluta, por ende. Y como tal, ni espacial, ni temporal ni numérico.

Dilucidemos estas aseveraciones: La UNIDAD ABSOLUTA sólo puede actuar en sí misma como conocimiento de sí, como autognosia suya, por ser la conciencia una a modo de reflexión hacia dentro. En cuanto intente trascender, actuar hacia fuera de sí, aparecerá la dualidad, algo a ella externo. Y ese algo no podrá ser otra UNIDAD ABSOLUTA, ni fracción de esa unidad, simple de suyo, sino mero acto, mero fenómeno, mera EXISTENCIA.

El número determina la posición, el espacio, el tiempo, la limitación, la finitud. Una velocidad infinita, por ejemplo, elimina la noción de espacio, tiene que realizarse en un punto. Un espacio infinito elimina la noción de tiempo, suprime la estación de arribo, el segundo término de la mensura. Por eso, en el mundo no se dan tales cosas. La energía tiene un límite de velocidad, los soles tienen un límite de magnitud, los universos una curvatura finita, una restricción de tamaño. ¡Y tal así, desventuradamente, el espíritu del hombre!

De ello se deduce que la UNIDAD ABSOLUTA debe necesariamente ser inespacial e intemporal. Nos es imposible tener conciencia de ella, porque la conciencia, siendo, metafóricamente dicho, reflexión hacia dentro, no la puede hallar en nosotros, nos supera. En cambio, es verosímil que ella tenga conciencia de nosotros, como acto suyo que somos, como fenómeno de su "eseidad", de su "numenidad", para expresarlo en el lenguaje filosófico contemporáneo.

El hecho histórico irrebatible de que la conciencia humana en sí, es a saber, para sí, y la ciencia humana, que es la conciencia del mundo, hayan venido desenvolviéndose progresivamente a través de todas las edades conocibles, nos autoriza a presuponer que esa conciencia, espíritu la llamamos también, por otro nombre, o cultura, si la contemplamos objetivamente, si no es la finalidad que la antedicha EXISTENCIA entraña (por temer que ese término "finalidad", esa teleología, sea un modismo de nuestro lenguaje humano) sí puede ser el fin, el punto terminal suyo. Y que al momento en que el mundo obtenga la plenitud de conciencia de su existir, esa conciencia se "integrará" con la conciencia de la UNIDAD ABSOLUTA y dejará de ser en el tiempo y el espacio, en la posición y el número, para seguir siendo en la substantividad de su fuente.

Es oportuno esclarecer aquí los enlaces de algunas tesis de mi pensamiento, porque no se atribuya a contradicción ingenua o desorden mental lo que yo creo concebir bien articulado lógicamente. Pues dije en algún estudio anterior que la única conciencia revelada en este mundo es la del hombre, en progresivo esclarecimiento y en progresivo poder de acción sobre las fuerzas naturales. Que si en el corto espacio de ese desenvolvimiento humano habíamos adquirido tales potencias de intelección y de operación, los años venideros auguraban la plenitud de lo que por divinidad entendemos ahora, y de ahí deduje que el hombre es un trance o tránsito hacia la Divinidad. Mas ello es que la substancia de este hombre intelectivo y creador, como acabo de exponerlo, se nos esfuma en armazones meramente formales de posición y número, cual si fuese mero artilugio de una fantasía ensoñadora...

Y así es lo cierto, a mi ver, conforme a la exigencia indeclinable de los hechos ahora perceptibles. Sino que la mente en su actual aptitud de discernimiento nos exige ascender de esta noción de la realidad a alguna noción o pre-noción de las posibilidades, para satisfacer su urgente anhelo de substantividad y de perduración: hallarle algún soporte substancial a su existencia, aunque sólo sea en el reino impreciso de la verosimilitud lógica, tan engañoso a veces.

Al renunciar mi entendimiento a la causalidad óntica, a la creación o a la participación de substancia, tiene que atenerse a explicar la existencia fenoménica de nuestro mundo y nuestro espíritu como una proyección de la posibilidad, proyección que para existir sin entidad propia, no tiene más camino que la posición y el número, tal como la naturaleza en último análisis nos lo descubre.

*

A través de todo este sermón he usado frecuentemente la palabra "número" infundiéndole suma importancia en la arquitectura de mis opiniones. Quisiera en este instante escarmentar un poco el por qué de tal actitud mía en relación con algo que ya,

por infecundo, parecía definitivamente eliminado de la inquisición filosófica.

Ello es que, a más de cuanto antes dije acerca de su participación en la génesis de nuevas virtudes energéticas de los cuerpos materiales, podemos apreciar también su importancia en otros orbes del mundo, de la vida y del espíritu. Ritmo y número, que es tanto como decir, número y posición, aparecen en la entraña de toda armonía, la musical, en primer término, la poética, muy próximamente, la arquitectónica, y cuantas más constituyen la extensísima esfera del arte. ¿La pintura también? La estupenda gama de los colores que a ésta dignifica y a la naturaleza toda embellece en grado sumo, se rige por el número de vibraciones de la luz, como en el sonido por las vibraciones del aire. Este gentilísimo verde de los campos, ese cautivador azul del cielo, y aquellas dulces notas de la canción que ondula en el silencio de la noche, acondicionado número son, y nada más.

Y si miramos al orden moral, advertiremos que todo lo que es apartarse de la UNIDAD primordial genitiva, todo lo que es partirse y disociarse, conduce a la perturbación, y cuanto tiende a reagruparnos en familia, en sociedad, en humanidad, en universalidad cósmica, a devolvernos a la UNIDAD, es éticamente noble y fecundo. A medida que el número se complica y crece, aumenta el proceso de la "individuación", desde el hidrógeno hasta el uranio, para el mundo atómico, desde el amibo hasta el hombre, en el reino de la vida, desde el instinto inflexiblemente regulado hasta la indeterminación previa y amplio circuito de selección de la voluntad, con el número van creciendo las diferencias, la multiplicidad y la inquietud.

Es como si el número tuviera también curva de regreso, curvatura de acción. El infinito numérico está más cerca del cero que de cualquier enésima magnitud cuantitativa.

Muchos de mis lectores pensarán que estoy recalentando el fiambre filosófico de Pitágoras. No lo entiendo yo así, por más honroso que me fuera poder imitar al insigne maestro de Samos

y Crotona, que pues no es lo mismo considerar los números como fundamento de la substancia o modelos (arkhé) de la substancia, que hacer ver cómo surgen de sus agrupaciones proporcionales diversas virtudes. No conceptúo que sea igual, ni análogo siquiera, concebir el uno, el dos, el tres, el cuatro etc., con esencias metafísicas, que decir, v. gr., que un agrupamiento de dos, de veinte, de doscientos, de un trillón o de catorce decillones de partículas iguales produce virtudes diferentes sin alteración óntica individual de su propio ser.

Nosotros y el mundo en que vivimos no somos substancialmente ónticos, sino esencialmente numéricos. Sólo la UNIDAD ABSOLUTA es substantivamente óntica, "nouménica", que diría Kant.

Pero, ¿la unidad no es acaso número también? No la concibo yo de tal manera. Es la base de la numeración, mas no en sí misma número. El número comienza en la duplicidad, comienza en el dos. Multiplicando la unidad por sí misma, obtenemos siempre la unidad, multiplicándola por diez, tendremos diez. Y aunque se dice que la multiplicación es la suma abreviada, sumando uno con uno nos resulta dos, como diez más uno, once. Es que no sumamos uno con uno, sino uno con "otro".

Y como esto parece una barbaridad técnica, añadiré otras razones de apoyo por equivalencia y similitud: Dos puntos, por ejemplo, permiten definir "el punto" geométrico como posición y límite lineal, en tanto que un solo punto en la nada absoluta es inconcebible, pues que presupondría algo inextenso e infinito a la vez. Esto mismo nos sugiere la consideración del tiempo, porque dos instantes lo engendran, en cuanto efectiva sucesión, mientras que la fantasía de suponer un instante solitario en la eternidad resulta imposible, ya que media eternidad hacia atrás o media eternidad hacia adelante carecen de sentido, a más de que con ello el instante único vendría a ser en sí simultáneamente inexistente y eterno.

Estos trances de lo abstracto a lo concreto y de lo eterno a lo efímero constituyen la zona de las mayores sirtes y tempes-

tades del viejo mar de la filosofía, de la cosmogonía y de la teodicea sobre todo. Para eludir el constante naufragio de las ideas y opiniones que en ella ocurre, y el peligro inmenso de su desolación espiritual, es por lo que busco nueva ruta y otro oriente al decir, como buenamente lo creo, que la UNIDAD ABSOLUTA puede engendrar un mundo numérico sin ser ella misma número. Ese mundo, ya lo vimos, no puede ser "emanación" suya, por las razones atrás expuestas; no puede ser acción dinámica suya, porque, como ya lo dije, la acción energética requiere fuente de energía y objeto receptor. Mas sí puede ser acto o "facto" numérico suyo. De tal modo entendida su creación, el mundo y nosotros seríamos su obra, mas no cual substancia aparte que surge de la nada, ni substancia que deriva de su propia substancia en metástasis de espíritu, ni ser con destino independiente, con fin independiente, con responsabilidad independiente, sino operación matemática mental de esa UNIDAD ABSOLUTA.

Somos uno de los equis mundos posibles que manifiestan "existencialmente" la UNIDAD ABSOLUTA conforme a su esencia de POSIBILIDAD ABSOLUTA que es. En su conciencia infinita viviremos eternamente, según nuestro modo de ser, bueno o malo, torpe o sutil, sin que ello implique responsabilidad imputable a ella por lo que somos, ni "forma" nueva de nuestro ser, ni "sitio" especial para nuestro nuevo existir sobreviviente, complicaciones inútiles, de probanza inverosímil, a que se ha entregado nuestra sabiduría para resolver los enigmas del rumbo impracticable que tomó, y en mucha parte sigue aún.

*

Y me pregunto, un sí es no es azorado por la audacia que presupone en mí el disertar sobre materias tan abstrusas y difíciles, si yo no habré hecho cosa alguna diferente de repetir lo que otros ya dijeron con mayor garbo de dicción y mejores elementos de juicio. El pensamiento humano parece agotado en la

filigrana de interpretarse a sí e interpretar el mundo, y no sería discreto el seguir dándole vueltas a esta noria enjuta.

Veámoslo, pues, en esbozo autocrítico.

El curso de la historia se caracteriza por el ritmo pulsátil de su desenvolvimiento, de su hacimiento, diré mejor, por modo tal que ofrece al observador suyo épocas de intenso trabajo y épocas de reposo relativo, como si se fatigara a las veces y gustase de dormir su siesta de espíritu. Ello es error de perspectiva. Lo que ocurre es que avanza un tiempo en determinada dirección, hasta donde le ayudan las potencias de la mente —según el desarrollo que en ese momento haya obtenido— y los recursos hasta entonces allegados por el progreso de la civilización. Ahí se estanca en dicha ruta. Mas no se duerme. Toma otra vía y prosigue.

Por eso existe uno a modo de escalonamiento de los grandes negocios de la cultura: períodos de magia y religión, de filosofía y de arte, de economía y de gobierno, de ciencia, en fin... que, cuando, ya más agilitada la mente o mejor abastecida de nuevos informes, torna luego a reconsiderar, forjando así la ilusiva imagen de un derrotero circular indefinible.

Además de esto, las naciones históricas presentan a nuestro estudio muy diversa índole en su peculiar comportamiento: místicas unas, especulativas otras, éstas pragmáticas, algunas negligentes, de tal laya, que ese su comportamiento nos conduce a fantasear acerca de que misteriosa fortuna les ha repartido en distintos lotes las tareas del espíritu, cuando tal vez, son las circunstancias de su ambiente temporal y espacial las que les imprimen dicha signatura histórica.

Hasta cierto límite, naturalmente. Porque sería aventurado desconocer que unos pueblos tienen más disposición natural que otros para determinadas funciones de la cultura, algo a guisa de vocación, como se da en los individuos de una comunidad cualquiera.

Hombres hay que por temperamento gustan de la obediencia

y la disciplina, se someten y aun se sujetan a la opinión de los mayores "constituídos en autoridad, dignidad y gobierno". Se conducen por normas de fe, prefieren el reposo mental y el orden climático de las estructuras sociales. Otros existen que aman la rebeldía interior y sólo dan asentimiento a los dictados de su espíritu, son introspectivos y huraños, desconfiados, a lo menos, de toda persuación extraña a las lucubraciones de su mente. Un tercero grupo busca la convicción de los hechos para poder adherir a cualquier tesis que informe sus estudios.

Con los primeros están los místicos, y en general el hombre religioso que se rige por el sentimiento y el sentido de la "dependencia". Con los segundos se agrupan los psicólogos y los filósofos individualistas o escépticos, fundadores de escuelas a veces, rebeldes a menudo y solitarios. El adicto a los hechos, pragmático, técnico, entiende en política, ciencias y negocios, y es frecuentemente despreocupado de las especulaciones abstrusas.

Empero, cada uno de nosotros posee, alrededor de esta tónica peculiar, algo de las otras modalidades, a semejanza de lo que se observa en los acentos de la frase, que teniendo varios, uno, el prosódico, la caracteriza y le da su propia significación en el discurso.

Son, pues, funciones de la mente, que prestan por igual servicio indeclinable en la dinámica de la cultura: Fe, Persuación y Convicción, místicos, filósofos y técnicos, contribuyen armónicamente a la fábrica del pensamiento humano, y el reñirse unos a otros, y el anatematizarse en ocasiones despiadadamente, es actitud desaconsejada y dañina, en tanto y por lo tanto, torpe.

La cultura no ha liquidado sus haberes con decisión testamentaria para poder decidir que los yerros de los unos superan a los dislates de los otros, antes, todos juntos hemos de confesar humildemente que la certidumbre plenaria nunca habitó el agobiado corazón del hombre. Mejor aún, que la aportación conceptual de estas tres índoles de los artífices de la cultura coinciden en mucho, y en casi todo se apoyan mutuamente, y recónditamente se complementan, como que, al fin y al cabo, manipulando unos mismos materiales de conocimiento y moldeándolos en la misma formaleta de la mente humana, la resultante no puede diferir sino en leves pormenores de factura.

Mirémoslo, si no, desbrozando de sutilezas y alamares decorativos de dicción el legado de las "grandes corrientes del pensamiento", como diría Rodulfo Eucken, que a muy breve andar veremos las similitudes coordinadoras y el recóndito acuerdo de estos lidiadores de la batalla suprema del espíritu.

*

Pretiriendo los conceptos que pudieran deducirse acerca de las ideologías que informaron las viejas civilizaciones del Mar Egeo, la Mesopotamia y el Egipto como "ágrapha dógmata" o enseñanzas no historiadas con intento de filosofar especialmente, comenzaré por las opiniones de ese pueblo sutil de los Jonios, de suyo inclinado a la meditación y el arte, con la delicadeza que nos descubren su música, su poesía, su arquitectura y el dulce eco del corazón de sus mujeres ilustres, y agilitado por la vecindad de las culturas antedichas y su intercomunicación evidente.

Es como un tanteo en las sombras, que inicia Thales con su hipótesis de que el agua es la fuente primordial ontogénica del mundo; con Anaxímenes de Mileto y Diógenes de Apolonia, para quienes el aire (en cuanto niebla, quizás, o puro, según la interpretación de Zeller) es lo que subtiende la substancia de la entidad visible: con Jenófanes, que esto mismo busca en la tierra, actuada por el espíritu; con Parménides y Heráclito, decididos a ver en el fuego y en la luz aquella base primera de las cosas; con Empédocles, en fin, primer sincretista del pensamiento historiado, que reúne agua, aire, fuego y tierra, e inicia con ello conceptos antropológicos, médicos y terapéuticos, místicos aun y alquimistas, que habrían de perdurar vigentes por espacio de veinticuatro centurias de civilización. Así se relacionan los cuatro humores del cuerpo, los temperamentos respectivos, la causa

de las enfermedades y los remedios que les corresponden, etc. En nuestro léxico familiar, en nuestros usos y costumbres subsiste esta arquitectura conceptual del mundo, y cuanto a la ciencia, los temperamentos hipocráticos, por ejemplo, andan por ahí cobijados con nuevas nomenclaturas, sobre la base de funciones endocrinas y del sistema nervioso autónomo, en la tipología y la caracteriología de última hora.

Por aquella misma remota edad, siglo VI antes de Cristo, vive un hombre que no dejó huellas escritas de su existencia personal si no es una palabra, ATOMOS, suficiente para inmortalizarle. Este Leucipo, su continuador Demócrito, Epicuro después, concibieron el mundo formado substancialmente por esas partículas indivisibles "incortables", significa el término, de distintas calidades para la articulación de los seres de diversa urdimbre, toscos unos, en la materia mineral, finísimos y redondeados los del alma, todos juntos mezclados en turbión inicial sin nombre. Tito Lucrecio Caro recogió para la posteridad este concepto en libro que no eclipsan ni las modas ni el tiempo. Y así durmió sueño de edades, hasta que veinticinco centurias después, Dalton, en 1803, y Avogadro, en 1811, descubren que aquella opinión no es mero fantasma de la mente inquisitiva de esos griegos meditadores de lo arcano, antes sí, tesis fecunda para sentar los fundamentos de la química moderna.

Copiosamente fecunda: Leibnitz la acomodó a sus doctrinas con el nombre de "mónadas", tomado de Jordano Bruno; Benjamín Franklin, con anticipación genial, habló en 1756 de que la electricidad debía estar constituída por partículas sutiles, confirmadas en 1871 por Wilhelm Weber, en 1879 por William Crookes, denominadas "electrones" por G. Johnson Stoney en 1891, medidas, pesadas y graduadas por J. J. Thomson y Hendrik Antoon Lorentz en 1897, y contempladas hoy física, química y matemáticamente como los últimos elementos constitutivos del Cosmos.

Aun en el reino de la vida, ¿acaso esas "gémulas" que concibió Darwin, esos "bióforos" de Weismann, "bioblastos" de Altmann, "plasomas" de Wiesner, etc., ahora técnicamente precisados como "genes", según el nombre que les dio Johannsen, no proceden de este mismo abuelo filosófico?

Un día Anaxágoras, otro jonio insigne, nos habló del "éter", como de uno de los fundamentos de la entidad. Este nombre era entonces vago aún: una centuria después, el gran Estagirita entendía por tal la materia luminosa que existe entre los astros. Etimológicamente significa "lo que hace brillar": "Aither-Aithein", prodigiosamente acorde con las funciones íntimas que hogaño le concede la ciencia.

Cuando Isaac Newton meditaba acerca de las condiciones en que las leyes de la gravedad pueden surtir su efecto "a distancia", halló punto menos que imposible no presuponer algún "vehículo" de transmisión, algún medio intercomunicativo de la energía actuante. Parejamente llegaron a esta conclusión los sabios del siglo XIX que, como Faraday y John Clerk Maxwell, edificaron las nuevas tesis sobre los fenómenos electro-magnéticos de la naturaleza, y quienes, Einstein, de Broglie, Niels Bohr etc., estudian el comportamiento de la luz y los electrones dentro de las recientes disciplinas de la mecánica ondulatoria.

Así reapareció el Eter en la ciencia contemporánea. Mas ello es que la hermosa palabra tenía que adecuarse a intrincadas nociones nuevas, y ahí fue el caos. Un "continuo" (continuum) que "llena" el espacio, dotado de virtudes contradictorias para nuestros actuales conocimientos básicos de la materia: tan flúido, que no presente ninguna resistencia al paso de los elementos corporales, y tan denso que transmita sin absorber un ápice las ondas de la luz. Por aquella cualidad de permeable absoluto, participa de lo que nosotros entendemos por espíritu; por esotra de su cohesión, requeriría una rigidez del orden exponencial 10^{33}, superior a cuanto, de esta índole, conocemos en el mundo.

De ahí que muchos se hayan preguntado si, entonces, debemos concebirlo como materia o como espíritu.

De ahí, también, que para otros sea entelequia nada más o un "duende" de la ciencia. ¿Cómo surgir de ese bloque quietísimo estas "granulaciones" electrónicas que informan el mundo sensible? ¿Cómo de su infinitud, o de su ilimitación, al menos, emanan tan minúsculas porciones, siempre iguales? Para eludir estas y otras muchas dificultades de esencia y comportamiento, lord Kelvin sugirió el que se le podría entender a modo de flúido en rapidísimo movimiento rotacional, es decir, como un vórtice. (Y es justo anotar que ya Leucipo, dos mil quinientos años antes, había indicado la posibilidad de que la estructura del mundo fuese un vórtice). Sino que aun subsisten no pocas aventuras inverosímiles, al considerar esas sus relaciones de "continuo" sin espacio en el espacio, y de espacio-tiempo engendrado en las operaciones de la energía que ese continuo sustenta y produce.

El movimiento circular perfecto no se conoce en el mundo, no en la historia, no siquiera en el espíritu personal del hombre. La rotación en círculo sería eternamente regresiva y sin progreso posible. Calculados los universos existentes al ritmo actual de su expansión, por los tiempos en que nació el sol, hace diez mil millones de años, los catorce trecillones de partículas ($1.4x10^{79}$) que hoy giran en galaxias independientes de asombrosa magnitud, aunque descontemos la extraña aceleración de alejamiento que adquieren con la distancia, se circunscribirían a los términos espaciales de nuestra Vía Láctea, y prosiguiendo este cálculo, en gigantesca concepción imaginativa, podríamos continuar concentrando ese agrupamiento hasta la UNIDAD ABSOLUTA de toda la génesis del mundo, Eter, Dios o substancia incógnita de los seres.

(Estos números cuasi fantásticos que cita uno en materia de dimensiones, distancias y pesos universales, con ser técnicos, no pueden ser precisos... ¿Tiene el universo total un diámetro de billón cuatrocientos mil años de luz? ¿Tiene la cantidad de protones que acabo de escribir o más de quince trecillones, como calcula Sir Arthur Eddington? Ello asume gran predicamento en problemas de física astronómica, y puede discutirse mediante esto que llaman la aritmética cuántica hoy día, inmensamente útil en su orden. A nosotros los profanos nos sirven como puntos de referencia para echar a volar la imaginación hacia los linderos de lo infinito, y así, las discrepancias en nada disminuyen o estorban esta gratísima virtud. Piense usted, señor leyente, que un trillón de kilómetros de diferencia en estas mensuras universales ni siquiera corresponde a un milímetro de más o de menos en un viaje trasatlántico nuestro...)

Regresamos, pues, a la incertidumbre de los primeros pensadores griegos, en este achaque de la intimidad de las cosas. Con razón, Aristóteles no pudo eludir perceptible confusión ideológica al tratar de este asunto de la materia. Su concepto de tal, como "materia prima", se acerca mucho al que nosotros abrigamos del éter, mas ello es que nunca supo él si debía o no proponerla como dotada de eternidad e ilimitada magnitud. El empleaba la voz "hyle", cognada de "madera", como la que nosotros conservamos, "materia", lo es asimismo, aunque derive de "mater", madre. Pero, "madre" o "madera", "espacio" y "éter", no han ganado gran cosa en esclarecimiento ideológico durante veinticinco siglos de meditación y estudio.

La Patrística y la Escolástica fueron esfuerzo, genial muchas veces, por armonizar el legado de la filosofía griega, y un tris de la irania, con el legado de Cristo y Santas Escrituras de los hebreos. Unos y otros, padres y doctores de la Iglesia, consideraron aquella filosofía, la de Platón y la de Aristóteles primordialmente, como "Praeparatio Evangelica", y rumiando día a día sus enseñanzas durante quince siglos, lograron agilitar el razonamiento y habilitarlo con definiciones exquisitas y quintaesenciados análisis ideológicos, que aun hoy nos asombran y deleitan, así sólo nos parezcan ya sutiles ajedrecistas de vocablos, que no verdaderos forjadores de ideas o definitiva certidumbre. La consoladora frase de San Agustín de que en nosotros está la

verdad: "In interiore homine habitat veritas", no convenció al mundo, que hubo de refugiar su inquietud en la certeza teológica del Logos manifiesto de la Revelación y del Paráclito insondable del Empíreo, o atenerse a la mera arquitectura de conceptos arquetipos, o de semi-conceptos hilemórficos y aun de la ilusión de la remota Maya oriental indefinible.

Bellas construcciones, sin duda, acerca de la entidad y de su origen. Mas ello es que para poder pasar del "qué" y del "cómo" (¿qué son y cómo son?), con que la filosofía fácilmente concibe sus hipótesis, al mundo de la realidad óntica y de las tesis científicas, es indispensable responder asimismo al "cuándo fueron" y al "dónde fueron", de su condición existencial, porque sin estas cuatro columnas de certeza el escepticismo se nos mete por las grietas de su falla, y nos derroca el conjunto, conforme se ve en la historia de la filosofía moderna. Con este fin sería útil simplificar el vocabulario filosófico, ya terriblemente confuso, y dejar las voces que responden a estas cuatro exigencias del sér: La SUBSTANCIA, para el "qué es" o "quid", "quididad" o "quidditas" de los tratadistas modernos; la ESENCIA, para el "cómo es", eseidad o naturaleza; la EXISTENCIA, para el "cuándo es", y la PRESENCIA, para el "dónde es", que en su ensamble garantizan la realidad del ente y fundamentan la insobornable certidumbre de nuestros juicios. Los seres que no puedan satisfacer a estas cuatro cuestiones serán considerados supositicios o hipotéticos, aunque se acuerden con las más exigentes demandas de necesidad, causalidad, finalidad y evidencia, términos al parecer absolutos, que nada dicen al fin y al cabo, y antes, mudan frecuentemente de significación y de sentido. Lo que fue evidente para el hombre primitivo o el clásico, no lo fue para el medioeval, ni lo que éste por tal tuvo lo es para nosotros. Y casos pudieran aducirse en que lo evidente para todos los hombres y todas las edades resultó ser necedad meramente o apariencia fútil, como la presencia ubicua del demonio en las sociedades o la rotación diurna del sol.

Tamaña inconsistencia epistemológica tenía que conducir al desconcierto de los pensadores en punto del valor gnoseológico de la mente humana, y con efecto, muy en breve los escolarcas antiguos se dieron a ironizar en torno de las doctrinas más ilustres. Enesidemo de Creta, Timón de Fliunte, Carnéades de Cirene, con la temible escuela de Pirrón, batieron bravamente los más preciados basamentos de la certidumbre. Tal así, del siglo XVI acá, renace esta actitud dubitativa de los filósofos. Descartes somete a nimio examen los datos de la conciencia, y termina por sólo conceder mérito probatorio al acto de pensar. El resultado de su empresa fue fecundo en cuanto a abrir nuevos derroteros a la psicología, mas no podría yo sostener que hubiese resuelto ningún problema ontológico fundamental. Si mucho, se probó a sí mismo que Renato Descartes existía, y hasta que existía como ser pensante. Empero, la substancia, la recóndita entidad de lo pensado, inclusive Descartes personalmente, permaneció al margen de su sabiduría. Por ello viose inducido a regresar a la fe religiosa de sus mayores, invocar a Dios y creer en el espíritu. Y de paso, calumniar a los inocentes animales, como antes dije.

John Locke aplicó al estudio de la mente la norma experimental que preconiza Bacon para la investigación de la Naturaleza, y entre contrariando y siguiendo a Descartes abre nuevo rumbo a la psicología. Este su mérito máximo en tal sentido, pues otros tiene en política general y teoría del Estado, que le califican de grande entre los abuelos de la democracia moderna. Lo abruma, sin embargo, el peso de las nociones heredadas, y sostiene, no muy lógicamente por cierto con su norma, que la substancia se divide en corporal, espiritual y divina... ¡claramente inteligibles!; que el pensamiento, v. gr., es tan fácil de entender como la extensión, y la voluntad como la fuerza, cuando ya nos contentaríamos nosotros con saber siquiera en qué consisten la fuerza y la extensión... y la substancia en sí, desde luego.

George Berkeley repuso en el telar esta urdimbre de la conciencia cognoscitiva del hombre, por ver de escarmenar algo me-

jor la trama confusa de sus hilos. "Tenemos que remover, comenzó diciendo, la niebla y el velo de las palabras (the mist and veil of words)", los "idola fori" o fantasías verbales de la plaza pública, que dijo Bacon, mas a la primera de cambio fue a dar consigo de bruces en la inveterada tesis de Platón y concluir que "todas las cosas son ideas".

Aun más lejos llevó David Hume este análisis, hasta creerse autorizado a decir que la substancia del YO, el "mind" de los ingleses, es pura ilusión, que sólo es conjunto de percepciones unidas de algún raro modo, eso que nosotros concebimos simple e idéntico. En consecuencia... nada: se recostó en su fe y contradictoriamente dedujo de su prodigioso análisis que el Evangelio enseña la inmortalidad del hombre.

Kant lo sigue en esta pesquisa, desbarata unos cuantos ídolos también, y también como Hume se acuerda de que es cristiano, de la severa congregación de los pietistas, por lo cual se vuelve contra su cataclismo ideológico y proclama el imperio categórico de la Moral y la existencia del SUMO BIEN, redescubriendo, ni más ni menos, lo que nosotros habíamos siempre llamado la PROVIDENCIA DIVINA, y Platón había estudiado antes.

Ya en este punto las cosas atañederas a la filosofía, la agudeza mental de los nuevos pensadores no podía detenerse en concesiones "prácticas" a los estatutos de la sociedad y la religión, y estallaron turbiones de ideas rebeldes. Parménides, uno de los más grandes pensadores del mundo, había enseñado que la substancia tiene que ser una, absoluta e inmutable, y que el cambio o "devenir" corresponde al mundo perturbador de las apariencias, origen del mal y del error. Bernardino Telesio, de los iniciadores del movimiento naturalista experimental moderno, remueve estas opiniones en el siglo XVI, con afortunado magisterio. Su discípulo Jordano Bruno las enlaza con las entonces recientes doctrinas cosmológicas de Copérnico, y proclama la identidad de Dios con el mundo, o Dios como alma del universo sensible. Baruch Spinoza, imbuido en estas mismas ideas, un poco cautivado también por la obra de su correligionario Maimónides, y un mucho atormentado por la mística intolerancia de su gente y las acres disputas de las sinagogas, se fabricó mundo para sí, que ha resultado casi normativo de la ontología moderna, ya que al inferir de su concepto de substancia, "id quod in se es et per se concipitur" (lo que es en sí y de suyo se concibe), que Dios es "infinidad de infinitos" dedujo que su Entidad comprende tanto el pensamiento como la extensión, "apriorísticamente" más afín de las ideas contemporáneas que lo fueron las de Aristóteles y Descartes... aunque eso de "infinidad de infinitos" sea pleonasmo inútil... en que yo incurrí también algunas veces.

Ahora, después de Kant y de Descartes, la duda acerca de aquel ontologismo y la duda acerca de este psicologismo tenía que ser llevada a cumbre lógica de sus consecuencias implícitas. Una como embriaguez dialéctica se apoderó de las universidades alemanas, y sus profesores eximios se treparon a la tensa maroma de la erudición y bailaron la danza emocionante de todas las posiciones posibles de la verosimilitud... y de la locura también.

Fichte recogió con piadosa lealtad de discípulo la hipótesis kantiana de que el YO, el EGO diría él, DAS SELBST, dirán sus continuadores, no sólo es autognosia, sino deber; doctrinando a Hegel, afirma que el EGO para actuar requiere un NO-EGO; extremando a Sócrates y Descartes supone que sólo el EGO es real (y por lo tanto, que el ser es engendrado por el pensamiento), o regresando a Platón concluye, en fin, que ese EGO es la imagen de Dios, de un Dios pensamiento, naturalmente, como ya Parménides lo había dicho.

Schelling, precursor del Romanticismo, y poeta sobre todo, se imbuye en todas estas opiniones y las acomoda a su índole. Para él Naturaleza es animada, y como tal, creadora de espíritu. Uno y otra se dan en lo Absoluto, y vienen a ser modalidades de su infinitud, con aspecto objetivo aquella, subjetivo éste. Anticipándose a conceptos muy posteriores a él, adivina el "Einfuhlüng" de los estetas contemporáneos (hipóstasis del sentimiento

creador en la obra creada) y, poeta, como ya dije, lo dota de virtud divina. Fichte, Bruno y el impacto emocionante de las entonces nacientes ciencias físico-químicas, son las columnas maestras de su edificio. Muchas de sus concepciones filosóficas serán luego aprovechadas por Hegel, la de la Historia, principalmente, y esa su gentil "teofanía" que él creyó descubrir en el Universo. ¡Qué felices fuéramos si, cual él pensó, la Filosofía nos agraciara con la "intuición intelectual" de su Absoluto!

Hegel, disciplinado por sus antecesores, y apoyando su potentísima imaginación en los postulados de la ciencia vigente entonces, les da media vuelta a la Substancia inmutable de Spinoza y al Absoluto indeterminado de Fichte, los identifica con la mente, los hace pensamiento, los dota de libertad esencial y los pone a construir el mundo. Su Absoluto es, pues, libre, dinámico y genitor. "Todo ser es pensamiento realizado". Lo Absoluto es "infinita actividad, oposición y tensión... contradicción y síntesis".

Con sagaces estructuras nuevas, el pensamiento de Platón y de su estirpe filosófica anda por aquí redivivo y fecundo. Aquel, que familiar y proféticamente se llamó Aristocles, había concebido la realidad como imágenes de las ideas que existen en Dios, dando a dichas ideas actividad causativa objetivante, eternidad a la materia, con limitación en cuanto algo tiene en sí de "no ser", y de mal, por ende. Enseñó que Dios es la Idea del Bien Supremo, que nuestra alma, creada por él aparte del mundo, guarda memoria de los arquetipos conceptuales de su conocimiento "prenatal", y que "la esencia intangible es visible al entendimiento humano".. Plotino, su perilustre discípulo, variando un poco la urdimbre de esta exposición, y "matematizando" un poco más, al uso del insigne Pitágoras, supone que EL UNO origina entendimiento; éste, el alma del mundo; estotra, el alma del hombre, en cuanto fuerza plasmadora que es de un lado, y del otro, la materia sensible de los fenómenos, opuesto al UNO como obscuración y mal, porque ya tiene algo de "privación", de "no ser" en su propia inestabilidad perenne.

Hegel extremó todo este idealismo. Mas, como aun faltaban en esta gradilla de la mente (gabera decimos nosotros) algunas virtudes concebibles, fuera de la moralidad, la estética, la racionalidad y la lógica, y como ya la santidad la habían atrapado los místicos para su concepto de Dios, y la fatalidad era patrimonio de los agnósticos, Schopenhauer se nos desvió hacia la Voluntad para su empeño de reconstruir el mundo, la vida y el espíritu. Sino que, como Schlegel había puesto a su generación en contacto mental con el pensamiento indostánico, y él, personalmente tuviese algunas quejas contra la vida, nos forjó un mundo precito, de ilusoria "representación" (Maya estaba por ahí) y una Voluntad hacedora de males, acaso recordando lo que Sakia Muni había descubierto en sus prolijas meditaciones sobre que "el deseo es la causa abominable de todas nuestras desventuras". Sin catar él, ni su insigne precursor Budha, que ese deseo, y únicamente ese deseo, hizo posible la epifanía del espíritu, de la cultura y de la historia.

Con razón, ¡y cuánta tuvo!, Nietzsche, al reasumir este concepto de la Voluntad genitora, la inviste de alegría triunfal, de frenético gozo divino, dionisíaco, decía él, fáustico, hubiera dicho Goethe.

En frente de tantas dificultades para descubrir la íntima susbtancia del YO y del mundo, gran porción de los metafísicos contemporáneos han optado por poner en el tablero de sus lucubraciones del fenómeno en sí y la existencia en sí, y ensayado, prevalidos del prodigioso arsenal de informes que les deparan las matemáticas, la psicología y la lógica de la cultura moderna, extraer de la contemplación y análisis aislados de tal existencia y dichos fenómenos su "eseidad", para luego, con ella, reconstruírse el mundo en su pura entraña, el mundo "eidético", como dicen ahora los germano-helenistas.

Con otro cariz, como era de esperarse de la mente anglosajona, tan diferente de la alemana, a la tarea de los pensadores aludidos antes, Husserl, digamos, Heidegger y Scheler, los nor-

teamericanos han opuesto esta ruta de lo inmediatamente asequible a nuestro espíritu, y hombres como Charles S. Pierce, William James y John Dewey, amén de muchos más, la han explanado briosamente y forjado lo que se llama pragmatismo filosófico, o, mejor tal vez, filosofía "consecuencial" o consecuente, en que los juicios de certeza se valúan por su fecundidad ideológica y su utilidad, sobre todo, en la vida y para la vida.

Para un aprendiz de Sherlock Holmes de las ideas, en todo esto, sólo aparece un mismo personaje ataviado con distinto paramento, un mismo carro ideológico con diverso color del barniz o "duco". Hegel y Comte, Bergson y Spencer —¡temerario aserto, sin duda!— coinciden en lo fundamental. Que los unos suban de la materia al espíritu, y bajen los otros del espíritu a la materia, la dificultad estriba en las articulaciones conceptuales, en las sinapsis o visagras dialécticas. Pasar de lo infinito a lo finito, de lo intenso a lo extenso, de la cualidad a la cantidad, de lo eterno a lo efímero, de la armonía al desorden, de la nada al sér, o viceversa, he ahí el empeño permanente de todas las filosofías, y hé ahí, también, su tragedia hasta hoy irresoluble...

*

Al hacer este recorrido de inspección histórica, con brevedad telegramática y, en tanto, ineludiblemente sujeta a innumerables yerros e injusticias, fue mi propósito el patentizar que la filosofía es el tanteo de explicarnos la realidad según la enfocan las diversas facultades de nuestra mente y sus formas de ser, comenzando por los datos sensibles, el "perí physeos" de los jónicos, hasta las abstracciones dialécticas de Hegel, numéricas de Plotino, y llegar al "Tópos noetós" platónico, en que poesía, religión y discernimiento se confunden a los umbrales de la Divinidad.

Y así, conforme el filósofo sea optimista o pesimista, intuitivo o discursivo, afectivo o apático, vigoroso o débil, sociable o rebelde... edificará su armazón filosófica con arquetipos de Imágenes, de Ideas, de Amor, de Bondad, de Santidad, de Belleza, de Número, de Conciencia, de Inconsciencia, de Entidad y Substancia o de Negación y Caos... Es decir, que proyectamos nuestro modo de ser en el mundo y declaramos que ese mundo es como nuestra proyección lo finge.

En el proceso de refinamiento de la cerámica, desde el barro y la terracota de los primitivos, hasta la loza y la noble porcelana de arte, existen gigantísimas diferencias de calidad, esbelteces de tornadura, tersuras opalescentes del glasé, gracia arrobadora de las representaciones... pero, de la edad paleolítica a la Fábrica Real de Copenhague, todos estos artefactos tienen un mismo común denominador cretáceo de composición mineral. De símil modo, la caverna, la choza, la casa y el palacio, que espaciosísimamente divergen entre sí, por igual ocultan el común denominador de sus funciones de asociación y abrigo. Analógicamente ocurre otro tanto en las grandes jornadas del pensamiento filosófico, pues que las concepciones mágicas de los cromagnones, las estéticas de los griegos, las religiosas de los medioevales y las matemáticas de los modernos más se distinguen por la finura semántica de su redacción estilística y la abundosa riqueza de los detalles que por el contenido esencial de esclarecimiento de lo arcano o de eficiente catarsis de la angustia, que los motivó y mantiene.

Parecerá exótico en estudio de esta laya el que yo rememore la cultura de Cromagnón y hable del período mágico de la humanidad como de asunto vigente todavía. Pues bien, insisto en el concepto. Cuando las pitonisas de todo el mundo contemporáneo y nuestras brujas de arrabal "cortan la tela de la vida" de algún enemigo de sus clientes, o cuando hunden alfileres en el simulacro de corazón de algún enamorado huidizo o desleal, no otra cosa repiten que la mágica representación rupestre de escenas de aquella edad del neolítico, una cacería de toros, v. gr. Y si a mayor altura queremos ir, bastaría traer a memoria el predominio social de la magia en la Edad Media, la elevación de

su culto esotérico a vida de arte en Shakespeare mismo, el mayor psicólogo del mundo, y aun más acá, para su forma demoníaca, en Goethe, otro egregio. ¿Ingenuidad inane, acaso? No tal se afirme, así ligeramente: en la catástrofe mundial guerrera que acabamos de sufrir horripilados y confusos, la magia, por su faz astrológica a lo menos, actuó intensamente en el espíritu caótico de los más turbulentos caudillos de su desolación.

Lévi-Brühl inventó hace tiempo la interesante teoría de que la mente del hombre primitivo es "prelógica", no se rige por el principio de contradicción y se conduce por modo diferente de las normas de pensar que a los civilizados caracterizan y favorecen. Confieso que nunca pude adherir reposadamente al conjunto de esta hipótesis, antes oponerle en lo íntimo de mis cavilaciones la inquietud de algunos reparos contradictorios, a pesar de la grande autoridad del maestro y de la cuidadosa y abundosa probanza con que sustenta sus juicios.

Hasta he llegado a concebir si acaso no somos nosotros los que nos apartamos más y más gravemente de la lógica en sí de la naturaleza y de las relaciones de la naturaleza con el hombre. No lo sé de cierto, mas ello es que no la inteligencia, como lo dice el gentilísimo Bergson, se sale de la entraña de las cosas y "cabalga" sobre ellas para entenderlas y juzgarlas capciosamente, sino el discurso, nuestro discurso, el discurso del lenguaje articulado del hombre, el que se interpone entre esa entraña de la realidad y el entendimiento suyo. Que si bien, el tal discurso es formidable instrumento de cultura y mago hacedor de espíritu, no deja de ser, asimismo, interposición y distancia que nos separa —y un tanto nos aísla— del mundo, substituyéndose él a ese mundo, pasando un sí es no es subrepticiamente de representante y mediador a representado y sujeto, como acabamos de advertirlo en el rápido epítome que hice de algunas escuelas filosóficas que fueron a parar a meras construcciones verbales, a inextricables urdimbres de palabras, más ricas en progreso semántico que en real discernimiento ideológico.

Dejando aparte algunas anécdotas de primera mano que poseo sobre la índole de la mentalidad y de la sensibilidad moral de los primitivos, me pregunto si acaso el principio de contradicción no se ausenta también de nosotros (prelógica indiscutible) cuando de niños jugamos a cualquier ficción, viviéndola intensamente sin dejar de conocer que es fingida; y si no nos ocurre otro tanto en la representación dramática en que vemos al personaje vivir en el actor sin desalojar a éste. En el plano superior de la mística aquel proceso de doble identidad surge en nuestra actitud ante las imágenes religiosas que veneramos como si fuesen y no fuesen lo que son a un mismo tiempo; y aun mejor, ante las especies consagradas del eminentísimo sacramento católico de la eucaristía. Que en un caso sean reconditeces de la fe e inefables virtudes, y en el otro, caso del totem, digamos, trastrueques inverosímiles de la entidad, no quita que lógicamente sean de una misma índole.

Ni sabemos tampoco que no exista comunicación directa entre la naturaleza y el hombre, por caminos de sensibilidad y simpatía, que no de estudio, más honda e íntima, y vitalmente más segura, que la ordinaria nuestra del discurso lógico y el prolijo discernimiento. En la manera como el niño y el salvaje, no "prelógicamente", sino "hétero-lógicamente" con otra heurística, u otra estimativa, diré mejor, aprehenden el mundo, su mundo, y con él conviven en recóndita armonía, hay algo más que mero error y carencia de sindéresis. Ellos no entienden por apoderado o tercería, como ocurre en el lenguaje del hombre culto, aislándose de la realidad y falsificándola a veces, sino entrañadamente, de función a función, de realidad a realidad, en la nuda comunión de las esencias. Intuyen que existe algún poder en todos los seres vivos y en las cosas, una potencia de misión arcana, y se unen a ellos por cauces indefinibles de integración o de evocación, como en la magia. El que "cabalga", pues, en la realidad y la desvirtúa un poco, no es la inteligencia, sino el lenguaje verbal del hombre. La que en parte la disfraza y en mucho le escamotea sus vir-

tudes, no es la magia ingenua y fútil, pero la orgullosa filosofía de nosotros los parlanchines rehacedores del mundo.

Y... ahora sí, señor lector, excuse esta breve digresión y retornemos a la presuntuosa aristocracia de nuestro discurso.

Hablábamos de las diversas interpretaciones que los sabios suelen darle al mundo, según su época y propia índole personal, y descubrimos que al fin todo lo humano se armoniza recónditamente, a pesar de las muy intrincadas estructuras, y muy seductoras a veces, con que reviste las discrepancias de su interpretación y la vehemencia con que recíprocamente se combaten.

En verdad, yo encuentro en todas esas estructuras ideales, con su deleitosa belleza, ciertamente, las mismas cualidades o virtudes del hombre elevadas a la categoría de esencias, infundidas de entidad substantiva y existente. El común denominador suyo es su condición humana, su progenie mental humana, de que surgen con identidad de formas, de normas y de actitud "intencional". Ya Jenófanes lo dijo en su diatriba contra el antropomorfismo de los dioses, ya lo explicó Protágoras en su apotegma irrebatible.

Naturalmente, se trata de genios, la mayor parte de las ocasiones, y en cuanto uno se propone estudiarlos con ahinco, de tal modo le cautivan y envuelven en las apretadas redes de su razonamiento o en las joyas iridiscentes de su impecable dicción, que muy pronto lo hacen prosélito suyo, y hasta fanático y agresivo lidiador de sus ideas. Después de leer a Marx, a Nietzsche o Santo Tomás de Aquino, pongamos de muestra, uno queda marxista, tomista o nietzscheano por muchos meses, y a algunos jóvenes no sólo esto ocurre, sino que entran en tremendos parasismos de fe y tales ímpetus de combatividad, que invocan desaforadamente el martirio para sí y la cremación pública para los adversarios de su ingenua idolatría.

Sin embargo... sería en sumo grado imprudente, y por demás injusto también, limitarnos a este enjuiciamiento crítico de las labores realizadas hasta hoy por la filosofía. No podemos despectivamente pretermitir la consideración de que nuestra mente constituye parte de esa realidad que estudia, y por lo tanto el que, siendo su congénere existencial, cuanto ella sea, la otra lo será en algún modo, asimismo. El hecho de que haya vida en la tierra, o el hecho de que haya conciencia en el hombre, nos autoriza y aun nos instiga a pensar que tales prodigios no son "ab origine" extraños a la esencia del mundo, que no sean trastornos del orden natural o caprichosos suplementos literarios de la naturaleza fecunda.

Con todo, importa a la dignidad de esa mente ser muy parcos en la invención de nuevas teorías y aun más discretos en el repudio de las anteriores. Por eso, cuando en meses pasados redacté algunas hipótesis acerca de la posición de la humanidad en el concierto del mundo, me ceñí estrictamente a la ponderosa certidumbre de los hechos, sin osar ascender un paso en las esferas de lo desconocido. Anoté que sólo el espíritu del hombre se revelaba en toda la amplitud del cosmos como ente de conciencia, en progresivo esclarecimiento y en progresivo poder de acción sobre las fuerzas naturales. Que si en el corto tracto que lleva de existir ese desenvolvimiento del hombre ha adquirido tales virtudes de intelección y de operación, los años futuros auguran para él la plenitud de potencia cognoscitiva y autoconativa que entendemos por divinidad ahora, en una a modo de "Apokatástasis", que dijera Orígenes, un hecho existe que trastorna —¡y de qué implacable modo!— cuanto ha concebido la filosofía del hombre y cuanto nosotros actualmente concebimos. Ese hecho consiste en que nadie hasta el día de hoy pudo entender la substancia que engendra todos estos fenómenos del mundo. Conocemos un tanto la existencia y sus modalidades de ser, pero la entidad en sí escapa a toda aprehensión. El día que la ciencia descubra ese "quid" substancial que subtiende esta fábrica de los mundos, muy probablemente se nos derrumbarán cuantas fueron y cuantas son las arquitecturas ideológicas que alimentan nuestra pobre filosofía.

Sino que, colocados ante esta situación mental ineluctable, tenemos que trabajar con las nociones de que ahora dispone la cultura, y resignarnos a la inminente equivocación de nuestros juicios.

Y así digo, con la humildad que estas restricciones conceptuales imponen, que hoy no hallamos en el mundo, hasta donde el último análisis nos permite entrever, sino fenómenos de POSICION y NUMERO, como bases de toda existencia y de toda operación, y entraña medular de los seres perceptibles. Ideológicamente contemplado, nuestro mundo moderno otra cosa no es que estructura semántica de nuestro lenguaje, artilugio de palabras, a las que damos un significado y luego, invirtiendo el proceso de causación, decimos que son las cosas las que sugieren esa palabra, por el "significado" propio que estas cosas tienen.

Mundo semántico, y mundo métrico, mejor aún, cegesimal por excelencia. Cuando nosotros decimos que entendemos algo, es porque lo hemos contado, pesado y medido solamente. Consecuencia lógica del influjo preponderante de las matemáticas en el orden de nuestra cultura contemporánea. Deleitosa consecuencia, sin duda, por cuanto dichas matemáticas tienen un no sé qué de dignidad que enamora el espíritu.

Delante de una existencia sin basamento substancial perceptible, una existencia fundamentada en la mera posición y el número, nuestra mente, en su fuga racional del vacío, y en esa angustia de soledad personal que engendró todas las concepciones religiosas del mundo, ensaya construirse algún sistema de vínculos entre el existir torturantemente efímero y alguna substancia permanente que lo condicione y sostenga. Sobre todo, que lo sostenga. De ahí, que luego de exponer en otro estudio la importancia de la conciencia humana en el mundo, como algo que va haciéndose conciencia universal, y por ende aproximándose al concepto que tenemos de Dios, en éste, saliéndome ya de las fronteras de la certidumbre, de la esfera de los hechos comprobables y computables, divague en torno de la posibilidad, notario consciente de que ningún sabio encontró nunca el enlace entre lo infinito y lo finito, entre lo eterno y lo fugaz, entre lo dependiente y lo absoluto. Los eximios investigadores que, como Max Planck y Ernesto Einstein, adhieren a los postulados de realidad concreta y causalidad en los procesos naturales, nunca fueron categóricos en la exposición de sus convicciones, antes muy ceñidos a la honrada restricción criteriológica de que así opinan por certidumbre sentimental propiamente.

¿Cuál, entonces —me he preguntado en esta línea de mi inquietud —pudiera ser el modo de existir algo sin substancia efectiva? Pues, sólo se da este acertijo ontológico en el caso único de un pensamiento de la mente divina, que sin tener participación de substancia, tenga participación de acto. Y para que pueda existir sin nada emanado substancialmente, sólo podrá tener esencia de número. El número es, de ahí su existencia, símbolo. Y como número engendra posición, espacio, tiempo, curso y cambio, principio y término. Es decir, cuanto constituye nuestro mundo sensible y nuestro Yo.

Infortunadamente, resta por dilucidar lo más difícil: ¿Cómo puede adquirir conciencia de su propia entidad un ser "existencial" apenas?

Vayamos despacito, que cualquier palabra inconveniente nos derrumbaría esta frágil armadura de conceptos. Yo empleo muchas voces en su sentido social corriente, porque de otra manera quedaría aislado mi discurso. Mas ello es que tales voces carecen de adecuada aplicación en ciertos casos. Para explicar el mundo NUMERICO en que vivimos, los filósofos generalmente se forjan, como ya dije, un mundo SEMANTICO, que sólo en su respectivo sistema tiene alguna realidad lógica. Uno y otro, el numérico y el semántico, son ADJETIVOS, o más exactamente, constituyen el mundo de los adjetivos. Y hay que admitir que los sustantivos abstractos que entrañan calificación son meros adjetivos también, desligados de sujeto gramatical. Y así, v. gr., eterno, infinito, absoluto, santo, bueno, justo, grande... etc., como sabiduría, in-

dividualidad, personalidad, espíritu, y qué sé yo más, corresponden a nuestro mundo adjetivo, en donde el número, la cantidad, la calidad, la cualidad, la proporción, la comparación, el cambio y el orden son posibles. En el mundo de la UNIDAD ABSOLUTA, todo esto carece de sentido. Ella no es temporal ni eterna, limitada ni infinita, ni perfecta o imperfecta... ella ES, y nada más, que en la substantividad de su esencia no hay lugar a los adjetivos, ni tiene al lado suyo otra entidad que la defina por interacción o la circunscriba con su presencia.

En esta inocente manía de adjetivar a la UNIDAD ABSOLUTA consiste la facilidad con que se puede refutar a los filósofos, y el hecho de que unos a otros, en verdad, cotidianamente se refuten.

Digo esto, porque al emplear el término "conciencia intelectiva", aplicada al hombre con el valor lexicográfico de "autognosia", de conocimiento de sí, he abusado de la facilidad con que se le entiende para expresar mis opiniones. A la verdad, yo no he hallado en la "conciencia cognoscitiva" más que una "presencia". Es para mí, propiamente, "autopía", es decir, usando un solecismo más inteligible, "auto-visión", y no autoconocimiento. Si nosotros tuviésemos conciencia de la substancia, de la real "usía" de nuestro yo, "ipso facto" entenderíamos el mundo y no necesitaríamos de estar filosofando tan ardua y prolijamente.

Mas, no. Siendo sólo existencia, sin substancia propia, lo único de que podemos ser conscientes es de dicha existencia, de ese existir. La existencia es una presencia. De ahí que en nuestra mente sólo hallamos la presencia de nuestro existir. Para la conciencia de la UNIDAD ABSOLUTA sí se concibe la autognosia substancial, porque en ella sí se da tal substancia. Empero, decir de aquella UNIDAD ABSOLUTA que existe, resulta también otro abuso de las palabras, ya que existir es manifestarse, actuar hacia fuera, "presentarse" ante algo, y todo esto corresponde al mundo transeúnte y fenoménico.

Nuestra modalidad de conciencia es progresiva, ha venido, como ya dije, iluminándose desde el comienzo de la vida en el

mundo, y ampliándose en forma de ciencia a todo ese mundo. Con esto se acompaña un aumento progresivo también de dominio de las fuerzas naturales. El hombre se va haciendo creador. Mas no creador en el sentido, para mí también equivocado, de "causalidad", de producir algo sustantivo, sino de suscitar nuevas presencias en el mundo, nuevas existencias, por ende. Cuando nosotros emprendemos "crear" algo, ponemos otros "algos" en presencia, con que surja un tercero. La substancia no podría prestarse a tales mutaciones.

Ahora bien (ya en el reino deleitoso de la divagación), podemos colegir que el día, milenios adelante, centurias apenas, quizás, que el hombre haya logrado la conciencia plena del existir del mundo, cuando de él tenga una presencia interior completa, su existencia se habrá realizado en todas sus posibilidades, y se fundirá de nuevo en la UNIDAD ABSOLUTA, donde él es visto con autognosia permanente, en la substancia que le dio origen a modo de un pensamiento suyo.

CONCLUSIONES

APLICACION Y RESUMEN

●

"¡Sé lo que eres!": Reiterativa admonición de todos los grandes moralistas y filósofos del mundo.

SUELO REPETIR con frecuencia que la floración de toda gran cultura requiere el cumplimiento de varios requisitos fundamentales: La armónica estructura nacional de un pueblo de buena estirpe, en cuanto a la conjugación de sus distintas aportaciones raciales se refiere, para que brote la unidad de temperamento, y esa unidad se encauce noblemente; la adquisición de cierta holgura económica, que a ese pueblo permita dedicar amplio tiempo a las labores del espíritu; y la previa digestión, en fin, del legado cultural de otros pueblos que han hecho la Historia...

Ahora bien: a causa de la declinación de esos requisitos, ya por endemias letales, el paludismo, v. gr., ya por el empobrecimiento que sigue en determinados países a la desviación de las rutas comerciales del mundo que antes los favorecieran; o el colapso de la voluntad, por conquistas que hayan padecido o derrotas deprimentes; y, sobre todo, por la misteriosa fuga del ímpetu creador cuando se ha realizado el mensaje que cada pueblo trae consigo al haber histórico universal, cuando, por así decirlo, ese pueblo ha expresado lo que su índole le sugiere al constituírse en lo que debía ser —como quien dice, al terminar su misión en la esfera del espíritu— las culturas van pasando de unas a otras naciones, de unos a otros continentes, añadiendo aquí y allá nuevas luces a su rumbo caudal histórico, que, según entiendo, nos encamina hacia la adquisición de indefectible conciencia universal de la existencia en sí y del sér.

Y así la vemos en indefinida trashumación de Oriente a Occidente, de Mesopotamia y Egipto a Grecia y Roma, de Italia y España a Francia e Inglaterra, de Alemania a Rusia y Estados Unidos, con incidencias fugaces en pequeñas naciones que por algún azar de la fortuna benévola se hallaron un día bien acaudaladas de espíritu y recursos materiales, como puede advertirse en la vida histórica de los Países Bajos, o de Valonia y Flandes, o de Portugal, Provenza y Catâluña, por ejemplo, o en los dimi-

nutos Estados de la Italia renacentista, o en Dinamarca, Suecia, Noruega y Suiza, para los tiempos que corren.

Mucha importancia tiene la consideración de que siempre ha habido algún equilibrio de balanza en el proceso de la cultura, una a modo de polaridad del carácter —idealismo y pragmatismo— en cada época, engendrados por la índole de las naciones representativas de esos polos de la actuación cultural, Oriente y Egipto, digamos, Roma y Grecia, los pueblos latinos y los anglosajones luego... los Estados Unidos o Iberoamérica en futuro acaecer más o menos próximo. Polaridad de pormenores aún: En tanto que Persia y Babilonia se preocupan por los orígenes del mundo y de la vida y nos obsequian el cuadro magnífico del Génesis, a Egipto le inquieta el destino "post mortem" de la humanidad, y a él consagra lo mejor de su arte y de sus lucubraciones religiosas.

*

La revolución universal que ha estallado en las dos magnas guerras de este siglo XX, debilitó dramáticamente el poderío de las naciones latinas del Continente Europeo, comprometió la suerte cultural de Alemania, y aun, mucho me lo temo, minorará un tanto la potencia rectora del pueblo inglés, y así, es muy posible que la polaridad de la cultura se coloque para el resto de este siglo entre Rusia y los Estados Unidos de Norte América.

¿Hasta cuándo?

Durante el siglo XIX y parte de la centuria actual, los anglosajones de América estuvieron atareados en la triple asimilación de su territorio, de las múltiples razas que inmigraban a él, y de la cultura, en fin, de las grandes civilizaciones del Viejo Mundo. Hoy resumen esas civilizaciones antiguas con los matices de originalidad que su carácter les ha impreso, y sería impertinente negar que ya tienen la hegemonía ecuménica de los destinos humanos.

La tienen, sin discusión posible, para lo técnico, lo político y lo económico; descuellan ya en las bellas artes, y se inician en la expresión de los problemas máximos del espíritu. Los instrumentos culturales de que superabundantemente disponen y hábilmente coordinan, las excelencias de su prosapia, el vigor de su salud, la reciedumbre de su personalidad, su dón de trabajo y la altiva fe que tienen en sus propios destinos, no permiten vacilar un momento acerca de la proximidad de su triunfo.

El mismo anglosajón europeo, la vieja estirpe inglesa, posee tan poderosa virtud de recuperación social que, aun fatigada hoy, puede en corto lapso seguir adelante la enorme tarea cultural que la ha traído a cumbre histórica eminente.

Rusia, de su parte, está en proceso menos avanzado de asimilación de esa tríada de territorio, raza y cultura, pero ha adquirido tal "momento" (q), como dicen los físico-matemáticos, tal ímpetu de propulsión, dispone de tan dilatados recursos, y la civilización actual tanto le facilita "quemar las etapas" del crecimiento, que tampoco podríamos discutirle puesto en la jefatura de las nuevas jornadas de la historia.

Sino que la índole del pueblo norteamericano parece conducirle más al análisis técnico de los problemas del mundo y a la organización pragmática de su aprovechamiento social que a las lucubraciones en abstracto de la filosofía, de la religión y del arte, por lo que me inclino a presuponer que el magisterio cultural suyo no será milenario nunca, secular apenas, y tal vez no mayor de un siglo.

Rusia sí tiene vena para las creaciones místicas, la artística originalidad y la especulación filosófica, dotes eximias de trabajo, tenacidad de propósitos, fe irreductible en su misión mesiánica y rápida asimilación de los recursos técnicos que le puedan ser más útiles. Pero ella, probablemente, regirá de preferencia el Mundo Asiático, y no será para nosotros perdurablemente normativa, aunque su entrañada inquietud moral y la peregrina trayectoria de su arte, tanto nos seducen.

Su actual experiencia de la civilización occidental europea (millones de soldados que están viendo con sus propios ojos un mundo gigantescamente distanciado del suyo), traerá a su espíritu quién sabe qué raros brotes de inquietud social y de cultura.

En todo caso, en ninguna de las dos potencias hallo al presente la actitud cósmica que conduce a la creación de una cultura, o modalidad cultural genuina, de vuelo alciónico, cual lo requiere hoy el espíritu del hombre, agobiado por el planeamiento de nuevos problemas metafísicos, y desamparado hace tiempos por el soplo divino de las grandes creaciones ideales. La universalidad de Norte América, espiritualista a su modo, me parece más económica y política, y más técnica, desde luego, que esencialmente conceptual, como ya dije. La universalidad de Rusia, el universalismo ruso, anotaré mejor, tiende a lo social, en primer plano, a lo moral, en el segundo, sin que yo alcance a percibir, en lo que va realizando y prometiendo, el arquero divino de las lides supremas del alma. Empero, esa misma Rusia, casi totalmente dedicada hoy a la organización materialista de sus cuestiones sociales, y tremendamente abrumada también por el desgaste casi supremo que la contienda actual le impuso, verá, con todo, surgir dentro de una o dos generaciones venideras tamaña sed de idealismo, una tal "eulimia" o hambre de infinito, que posiblemente sorprenderá a los hombres del futuro tiempo con alguna obra de primera magnitud cultural.

Y aunque así no fuere, una y otra índole, no obstante sus limitaciones, nos serán prodigiosamente útiles. Todo instrumento de civilización abre el compás de la cultura, habilita y agilita para nuevas excursiones ideales del espíritu, y nadie dudará de que estos dos pueblos traen consigo tesoros de técnica y abundantísimos elementos de estudio que harán inmensamente más fácil la tarea histórica de sus posibles herederos.

*

Esta exégesis requiere mayor amplitud, y a guisa de tanteo, pues que es de suyo muy ardua, tímidamente intentaré adelantarla un poco: Y así digo que a mi modo de entender las diferencias "vocacionales" de los pueblos, el norteamericano posee en grado eximio el don de la inventiva técnica, y una mente que gusta de lo informativo y útil, más que de lo especulativo y abstracto; el ruso pesquisa sagazmente los problemas morales y, como el norteamericano, busca el equilibrio social, a su modo; el inglés ha profundizado genialmente el estudio psicológico del hombre esencial y descuella por sus virtudes políticas; el francés nos ha regalado con estupendas adquisiciones caracteriológicas, y disfruta privilegiadamente de la claridad y del orden en la arquitectura del pensamiento; el italiano llevó el arte a culminaciones insuperadas aún; el alemán, de tan débil persona en sí, está riquísimamente dotado para la técnica, el arte y la especulación metafísica, en un "complejo" desconcertante de grandeza cultural y de colapsos de la conducta; el español nos ofrece al estudio una personalidad gigantesca, mística y sensible, generosa en grado eminente, pero individualista y descuadernada hasta la catástrofe de sus destinos; el griego clásico, artista egregio como el italiano, metafísico como el alemán, preside aún la cultura universal con las normas de su espíritu... En Oriente no es tampoco unánime el dominio de las vocaciones, tampoco allí hay vocación unívoca: Místico-religioso en algunos pueblos, como el de Israel; místico-artista en otros, como la India y el remoto Irán; imperativo y pragmático en Mesopotamia y en Egipto (oriental en parte); imitativo y tenaz en el Japón; de inefable sencillez artística, el chino tiene su núcleo de acción en una casi absorbente sensibilidad familiar, tradicionista y uniforme... Vago esquema éste, sin duda, nos permite, sin embargo, deducir someramente que el espíritu humano, como especie, se distribuye en varias funciones regionales, cual si buscara su armónica composición en el conjunto ecuménico y no en sus fragmentos de nación y de individuo, con tendencia, a mi ver, hacia una síntesis por venir, que yo

quisiera ocurriese en el ámbito, aquí contemplado, de la próxima evolución cultural.

Ahora bien: Todas las culturas anteriores, y esta variante que ya surge, corresponden al hemisferio boreal. El austral ha permanecido extrañamente silencioso hasta hoy. Fenómenos de migración humana, fenómenos de clima, fenómenos indefinibles quizás también, le han dado al Norte planetario el predominio de la historia. Se acerca la oportunidad de un advenimiento austral. Tenues resplandores de alborada anuncian ahora el orto de las culturas meridionales.

Y esas culturas tendrán sus polos de actuación, sus polos magnéticos, los ásteres de su gestación cromosomática, porque a ambas cosas se parecen, puesto que la cultura es vida, vida que brota, se alimenta, se reproduce y muere, muere en sí, mas no en su especie, como la vida individual, esas culturas, repito tendrán sus núcleos de "vivencia" en las jóvenes naciones del Oriente, como Australia, Nueva Zelandia, Africa del Sur etc., y en estos pueblos de la América Latina. Ya desde hoy se advierte en la idiosincrasia de unos y otros diferencias de temperamento y de carácter que los harán diametralmente distintos, diversos, diría mejor, polarizados de suyo. Las gentes de aquellas, para nosotros, lejanas naciones, en demótica gestación aún, ya revelan sus propias virtudes, en parte heredadas, en parte diferentes de las de su tronco genitor, como su exuberante alegría del vivir, su sentimiento cuasi deportivo de la lucha, sus dotes de organización política y la clara visión de sus destinos, en tanto que en estos países iberoamericanos predomina no sé qué languidez en el comportamiento, entreverado con impulsos de alocada actividad, lo que hace discontinua la acción, y produce esta paradoja de brillantez inicial en todo cuanto emprenden, con resultados mediocres. Dígalo, si no, el fácil triunfo de nuestros estudiantes en el extranjero, que el primer año descuellan casi genialmente, y el último se quedan a la zaga de sus compañeros. Dígalo, si no, este "mariposeo" de iniciativas oficiales, sociales y personales, que ca-

da día nos sorprende con la promesa de maravillosas soluciones de nuestros magnos y pequeños problemas comunes, y que, a los seis meses de su planeamiento y estruendosa "inauguración", sólo dejan un cenicero de ilusiones muertas y una canastada de papeles inútiles. Dígalo, si no, este fulgurante amanecer de jóvenes letrados, que a la vuelta de un decenio, cuando todos seguimos avizorando el desenvolvimiento milagroso de sus facultades eximias, por ahí, de pronto, nos los encontramos en alguna oficina trabajando cuatro horas mediante la toma de cuatro tacitas de café, y el resto del día solicitando vacaciones y permisos.

El estudio psicológico de este caso nos descubre que esa juventud carece de atención prolongada, en primer término, y que, en segundo, adolece de arritmia moral. Por aquella falta de atención nunca ahonda en nada útil, por esta ausencia de ritmo disciplinario se hastía de todo prestamente. Algo hay en ello de flaqueza constitucional, mucho de educación deficiente, y así lo primero que se impone a la consideración de los pedagogos nacionales y de los padres de familia, es esto de enseñar a las nuevas generaciones a que "administren" mejor su individualidad y su persona.

Y esta misma palabra nos coloca ante otro problema básico del porvenir de la cultura iberoamericana: ¿Se puede administrar ese porvenir de nuestra cultura en cierne?

Mi respuesta es categóricamente afirmativa: se puede. Y se debe: Más aún: Se puede y se debe emprender inmediatamente.

Si dejamos el devenir de esta cultura al curso espontáneo de los acontecimientos, pronto nos hallaremos ante situaciones morales de solución imposible. Porque regida la cultura, como lo va a ser, por naciones que poseen raza, constitución, temperamento y carácter diversos de los que a nosotros nos caracterizan y definen, imitaremos su comportamiento social, familiar e individual con tendencias y resistencias contradictorias, y seremos fáciles víctimas de gravísimos conflictos, interiores y externos; nos

disociaremos espiritualmente también, y nos anularemos para toda creación sólidamente edificada en nuestras virtudes genuinas, y cuanto hagamos, será, por ello, débil en sí e inarmónico de suyo.

La administración de este porvenir cultural no es hazaña mítica ni atolondrado propósito de visionarios ingenuos. Cuatro son los cimientos ineludibles sobre que podrá construírse esa fábrica del espíritu: El vigor de la raza, es decir, del sujeto primordial de la empresa; el vigor de la economía, que le capacitará para emprenderla con holgura de tiempo y de recursos materiales; el vigor de la educación, que le desbroce el campo de las siembras conceptuales en perspectiva; y, esto sobre todo, el vigor de la voluntad creadora, la decisión inexorable de ser grande.

De todo esto estamos ampliamente advertidos hace ya mucho tiempo, sino que el endiablado desorden de nuestra voluntad, su veleidosa índole y su endeblez propia, atávica en cierto modo, climática hasta cierto límite, nos ha hecho perder las dos o tres oportunidades de alzarnos al plano superior de los grandes forjadores de la Historia, con mayúscula, es a saber, de la historia universal. Uno de esos momentos fue el de la Gran Colombia, tan seductoramente elaborada, tan noble y útil. ¡Y tan efímera!

Otro impedimento grave, deletéreo en nuestra historia patria, ha sido, y sigue siendo, la imprecisión de nuestra mente. Si contemplamos la manera de resolver nuestros problemas nacionales, caeremos muy pronto en la cuenta de que en lugar de resolverlos, los duplicamos, es decir, creamos al lado del primitivo otro igualmente peligroso, y aun mayor a veces: El problema de la salud, el de la educación, y el capitán de todos ellos, el problema del trabajo, los hemos complicado hasta la máxima derrota en que nos hallamos hoy día.

*

Eminentes conductores de la historia contemporánea nos han dicho, como ya lo expuse en la introducción, que sus pueblos

combaten en esta hecatombe universal por el mantenimiento de ciertas normas que hemos heredado de la Cultura de Occidente, religión inclusive. Yo me atrevería a opinar que lo planteado por ellos no resuelve las dificultades de índole conceptiva que hay en el subsuelo de la actual revolución del mundo. La Carta del Atlántico nos ofrece ámbito social e internacional propicio a la mejor convivencia de los hombres, como instrumento político que es, mas no puede, ni a ello aspira, asumir actitud normativa para la cuestión ideológica fundamental que nos inquieta. Los nobilísimos pastores de las greyes religiosas más prestantes hoy día, igualmente se afanan por encauzar en los azudes ideales de sus creencias y conducta el desasosiego moral de la época, y por recoger para sus dogmas, ampliándolos, si fuere necesario, y asociándolos un poco, si ello fuere útil, la tensión espiritualista que sucede al dolor de las grandes calamidades de la especie y el desconcierto conceptual en que vivimos. Los pensadores independientes buscan, afanosos también, alguna solución lenitiva de esta universal angustia cósmica.

De la parte suya, algunas naciones de las que denominamos "totalitarias" intentaron la incubación de "credos" especiales para el nuevo vivir del hombre asociado, y prometieron desbrozar rumbos más promisorios a los carriles de la cultura inédita, con una tan grave equivocación en el procedimiento, y una tan soberbia valuación de su comando, de su actitud y de su estirpe, que mataron en embrión el germen que pudiera haber fecundo en la recóndita entraña de sus aspiraciones y preconceptos. Y así, al pretender organizar el caos ideológico de Europa, crearon un caos moral más insoluble, porque en su intento de valorar al hombre, en vez de seguir la ruta sensata de la asociación equitativa ecuménica, impusieron la supeditación de razas y de pueblos, de religiones y de tradiciones jurídicas, de la dignidad intangible de la persona, sobre todo, y se abismaron en un báratro inverecundo de intransigencia y de crueldades.

Tengo para mí, y digo para mí, porque no aspiro a ninguna

catequesis filosófica, ni deseo "atomizar" o desmenuzar mi espíritu en incidentales discusiones de escuela o de política, antes sólo me agradaría ser el humilde campanero entre nosotros de algo nuevo que siento brotar en los surcos ideales de esta época, de algo que ya palpita en el oriente del nuevo día que nace a otra luz, tengo para mí, repito, que no se trata de retener incólume cosa alguna de lo pasado, ni de destruírlas, tampoco, alocadamente: se trata, esto sí, de una superación, porque ya no es admisible, ni posible siquiera, alzarnos de hombros ante la liquidación de los valores antiguos.

Cuando religión, ciencia y filosofía se disocian, cuando el trípode armónico, con armonía de "valencia" ecuacional, que constituyen, se rompe en favor de una u otra, o en deterioro de todas ellas juntas, la cultura a que pertenecen ha fenecido y ya no puede ser "activamente" operante, a lo más, sostén pasivo, trayectoria de rutina apenas, mesta comunal de tradiciones y costumbres.

Ese equilibrio está roto hoy día, y su ruptura engendra una diéresis entre sentimientos y conocimientos, grave de suyo; Es la diéresis que conduce a la "esquizofrenia" (fraccionamiento, división o dicotomía psíquica) de la cultura, y por ende, a la nulidad de sus actividades, a su futilidad a lo menos.

El estudio de este desequilibrio y disyunción de aquel trípode cultural puede proseguirse a través del desarrollo de varias ciencias, la astronomía, la biología, la física o la química, la paleontología etc., pero es más evidente aún en el caso de la matemática, porque ésta y la filosofía nos ofrecen un curso histórico como de rivalidad, o de emulación al menos, en el cual la una deja atrás a la otra a veces, le destruye muchos de sus fundamentos conceptuales, así colocando en aparente colapso la certidumbre de sus apotegmas; mas luego, esta pseudo-vencida, apoyándose en las nuevas adquisiciones de su rival, construye otra fábrica de nociones, y gana, en turno, la primacía temporal del pensamiento.

Hoy, por ejemplo, la filosofía se nos ha quedado al margen de las ciencias, y muy pobremente vuela con varias plumas rotas en sus alas afines. Mas ya parece querer recobrarse e intentar la recuperación del campo, en esta lid de incidental "antagonía" de valores, de final armonía de esfuerzos.

Sólo que su lucha será muy ardua.

Y muy bella, asimismo:

Necesitamos religiosamente, concebir un poco mejor la presencia personal de Dios en el Mundo;

necesitamos definir algo más la presencia histórica del hombre;

la causalidad de la posición, la causalidad del número, la causalidad de mera presencia, demandan algún esclarecimiento;

la limitación de la velocidad en el "continuo" estéreo-crónico nos conduce a la limitación de la entidad en sí;

la absorción entrópica de Carnot-Clausius limita el origen del tiempo y anuncia su total eclipse;

la limitación de las magnitudes siderales, galaxiales y pancósmicas reduce la noción de dignidad del Mundo, filosóficamente considerado, a la categoría de un meteorito errátil, cuyo tamaño pueden las matemáticas comprimir en breve cifra de "parsecs", con diez trecillones (?) de átomos (10^{79});

la limitación numérica de las órbitas electrónicas del átomo, que circunscribe a noventa y dos, o pocos más, los cuerpos simples, presupone fronteras a la evolución de los seres, en su variedad y en su actividad a la vez...

Breves ejemplos de tantas cuestiones con que la ciencia nos invita ahora a pensar de nuevo filosóficamente, y a que esa filosofía, y la religión con ella, tengan que armonizarse en el conjunto de alguna síntesis total uniforme, según la índole intelectiva que cada una de ellas posee para la interpretación del Mundo. Pues decirnos que ese Mundo es un juguete de la Divinidad o un sueño de Dios, o un drama esotérico de abscónditas potencias naturales, o un paraíso techado de soles para la luna de mil de

Adán y Eva... constituye delicado, y aun deleitoso, efugio de las dificultades, en manera alguna solución acorde con su enigma y la riqueza documental de la civilización contemporánea.

Urge saber si cuanto existe es esto que advierten nuestros sentidos y de ellos deduce nuestra mente, o si detrás de ese mundo hay algo más, divino o energético apenas, que lo respalde con categorías de eternidad y de infinitud. Tenemos que inquirir la posibilidad de un Meta-Cosmos inconcebible ahora, en donde el sér y la acción tengan fundamento distinto de este que rige nuestras percepciones sensoriales, que no sea de energía bipolar, por ejemplo, ni, por lo tanto, de suyo trascendente y efímero.

Poner a trabajar la filosofía en nuevas concepciones ideales.

Y vertebrar mejor la fe en los destinos del hombre.

O tener a lo menos el orgullo de hacer algún esfuerzo que justifique la presencia del espíritu entre nosotros.

Y si el alba de otra cultura no pudiere surgir oportunamente a consolar e iluminar este acuitado corazón del hombre, que a lo menos nuestra voz se haga astillas de luz e incendie nuevos horizontes de vida y de misterio.

*

¿Y qué es lo que podemos hacer nosotros, iberoamericanos, en este inmenso campo de la cultura por venir?

Veámoslo un poco más minuciosamente.

Al comienzo de toda gran cultura está el mito, y nosotros ya tenemos uno en Bolívar. De ahí que le haya contemplado con tantos pormenores.

A los principios de toda nación grande se produce una epopeya, y nosotros la hubimos en las guerras de nuestra Emancipación política.

En la entraña de todo pueblo histórico existe alguna misión espiritual, y ya hemos analizado en este discurso cuál puede ser la misión de Iberoamérica.

Pero, ¿el rumbo cuál debe ser, nuestro propio rumbo?

Al nombrar antes el "mana" dije cómo añade alguna plusvalía a la persona que lo posee. Esa plusvalía no es sólo el aumento que esa persona recibe por el temor y la admiración que la posición suscita en el espectador suyo: es, además, atributo de audacia con que el poseedor ejerce las posibilidades implícitas en su cargo y en su sér, y el acicate que despierta la imaginación de esas posibilidades. Es, pues, conciencia, potencia y voluntad "supernumerarias": por así decirlo.

El desarrollo de nuestras naciones es triunfo histórico que nos capacita hoy para el atrevimiento de la magna empresa cultural en germen.

Muchos hay que suponen agotada la cantera de la especulación filosófica, y andan perennemente rumiando el alimento ideológico de los viejos pensadores. No ignorarán sin duda que esa es la actitud de los deprimidos, que por flaccidez de la voluntad carecen del apetito de vivir heroicamente, y tienden a adjetivarse en el ocio disimulado de las repeticiones.

No es ese, ciertamente, el rumbo, nuestro rumbo.

La imaginación nos permite prever —descubrir— campos baldíos aún en la trayectoria del pensamiento filosófico. Uno de tantos es el estudio de la POSIBILIDAD, de la posibilidad, con mayúscula, para que se entienda como una probable ley del Universo, la máxima ley universal, tal vez, y no meramente como voz representativa de lo incierto que puede ocurrir o no ocurrir en el acontecer del Mundo.

Que los seres, específica y no individualmente considerados, porque el sér completo es la especie y no el individuo, existen mientras revelan, mientras expresan, mientras "realizan" las posibilidades implicadas en su esencia, no parece error vitando, ni fantasía incongruente si lo compulsamos con la historia de las especies vivas y de los mundos siderales. Todos ellos subsisten mientras disfrutan de alguna posibilidad "existencial" inexpresa, y todos ellos mueren al agotar ese su radio de operación.

Todo sér trae pues consigo un campo de posibilidades, conforme a su constitución esencial, es venido a existencia por dichas posibilidades, y perdura hasta extinguir ese germen de sus determinaciones. Así contemplada, la posibilidad es determinante de la existencia y no solamente expresión pasiva del puede y del no puede ser. Es potencia catalítica y no mero término verbal abstracto. Posibilidad y existencia están inextricablemente unidas en la entraña del sér y en el devenir del Mundo.

Agotadas las posibilidades del Cosmos, del Pan-Cosmos en que vivimos ¿quedará todo inerte? ¿Regresará a quietud eterna? Esa es la visión desolada de muchos pensadores antiguos y modernos. Contra esa amarga perspectiva se yerguen las religiones en el corazón del hombre, y plantan su bandera de redención. De ahí que el sentimiento religioso sea inextinguible.

Pero, avancemos algo más: ¿El hecho de que se agoten las posibilidades existenciales del Mundo, implica que TODA posibilidad desaparece en el seno arcano de la ENTIDAD? ¡Eso no! Cualquier concepto de Dios que tengamos tiene que poseer, como categoría suya suprema, la posibilidad absoluta; y cualquier "fuente" del Pan-Cosmos actual que presupongamos en reemplazo de ese Dios, si renunciamos a los rumbos religiosos del espíritu, es también posibilidad absoluta. Esa ENTIDAD que subtiende la esencia del Mundo sensible desde hace un buen trillón de años, debe de tener más posibilidades que las que dieron origen al presente, y es obvio pensar que al consumir éste las que hoy le dan existencia, regrese a ese oculto META-COSMOS que nombré antes.

Sino que, ilusoria o consistente, hay en nosotros una CONCIENCIA de sér y de existir que se angustia de ignorar sus destinos futuros, y no quiere resignarse a este efímero ensayo de la existencia humana individua. Tiene "sed de eternidad". ¿Qué le podríamos decir que no fuese mero hipnótico de esa legítima inquietud suya?

Hé ahí otro derrotero para la investigación de los futuros pensadores iberoamericanos que quieran construir cultura propia.

El campo está virgen aún, no obstante el haber sido roturado hace ya unos cuantos milenios de historia humana.

La conciencia intelectiva —una a modo de luz autógena de las representaciones mentales— ha venido desarrollándose en la especie humana. Es la facultad eximia del hombre, la que le ha permitido concebir el espíritu, la que le une al concepto de Dios. Inextricablemente vinculada a la vida, constituye la máxima posibilidad en los derroteros del sér, como interpretación y como poder a un tiempo mismo. Ninguna otra conciencia personal se advierte en el Mundo con caracteres de evidencia incontrovertible. De ahí que en discurso anterior me haya permitido decir, con algún escándalo de mis lectores, que en el hombre se da una divinidad "en trance" de revelación histórica.

Y en verdad, si entendemos la especie humana como el sujeto perfecto de esa conciencia, ya que el individuo es cosa tan incompleta, deleznable y efímera para este prodigioso acontecimiento, tendremos que aceptar que la ciencia es conciencia de la especie; la historia, memoria suya de las adquisiciones obtenidas, y que una y otra van creciendo en esclarecimiento y en caudal con el transcurso del tiempo. Como va creciendo, asimismo, la potencia en sí de esa facultad de entendimiento.

Ahora bien, en los dos últimos siglos el progreso de la ciencia y de la historia es tan grande que nos ha permitido circunvalar el Universo a la vez que bucear en la intimidad del átomo, abarcar conceptualmente el Micro y el Macro-Cosmos de nuestra experiencia sensible. En un milenio más de esta portentosa tarea, ¿a dónde llegará este proceso de intelección humana?

Y si pensamos que recientes investigaciones nos permiten sostener que existen recursos técnicos para dirigir los procesos de la vida en tal o cual sentido, ¿no podemos, similarmente, suponer que se descubrirán medios de activar la génesis de la inteligencia en las humanas generaciones por venir?

Esa conciencia intelectiva, atributo divino, si los hay, que se dio como una posibilidad en el hombre, dentro del conjunto uni-

versal del Cosmos perceptible, ¿no nos está enseñando por manera irrecusable que existe la posibilidad también de que se haga conciencia del TODO, es decir, auto-conciencia de la Entidad Arcana, y se confunda así, si es que no somos pensamiento suyo, con la noción que de Dios tenemos? Auto-expresión progresiva de algo divino que emerge de la arcana esencia del Cosmos, o hétero-representación formal de un pensamiento de la mente de Dios, no son términos incompatibles de un dilema, porque recónditamente se armonizan, según lo definiré con mayor amplitud en otro estudio.

La expresión y la representación son ambas formales, transeúntes, condicionadas por la posición y el número; pero número y posición emanan de lo virtual permanente, que de suyo es unidad y posibilidad absolutas. Mas ello es que entre la entidad arcana causativa de la posición y el número y la entidad formal efímera que estos constituyen, existe el mismo vínculo indisoluble que entre potencia y acto, que entre energía y acción. Para esclarecer un punto más este problema necesitamos descubrir la indole constitutiva —no la funcional, sino la constitutiva— de los elementos, electrón y positrón, primordialmente: ¿Es el uno la imagen "especular", o en espejo, del otro, para engendrar así una izquierda y una derecha, una posición y un número, un mundo formal? De tal modo se objetivaría también el pensamiento de un ser pensante para producir por duplicación la extensión y el tiempo. Pero entonces tendríamos que ir algo más lejos y preguntarnos cómo la energía virtual arcana, entitativa, se hace energía nuclear o "granular", formativa. En cuanto hayamos descifrado estos enigmas estaremos en posesión de una conciencia y de un poder divinos, y podremos convertir lo entitativo en formal, y volver lo formal, por otra línea de acción, pues que nada es energéticamente reversible, a su ente arcano. Con lo cual habremos cumplido nuestro "trance teogónico", ya que la vida y el espíritu que nosotros ahora conocemos, al parecer corresponden meramente al ciclo formal de la existencia...

A medida que la religión ha venido perdiendo sus campos más emocionantes de actividad mística, la comunicación oral con Dios, v. gr., la ciencia, por misteriosa compensación, se va tornando mística de suyo, y en este instante histórico nos ofrece el esquema de un mundo meramente conformado en símbolos, porque símbolos matemáticos son hoy día el átomo y su armadura de protones y electrones, el éter indefinible y el menos definible "sub-éter" de seis dimensiones, el espacio y el tiempo, asociados o no, la gravedad y la luz, la electricidad y el magnetismo, el átomo de acción (h)... sin que sepamos en qué consiste esa entidad inescrutable que da ocasión de ser al símbolo, ni cómo éste se produce en la conciencia. Al comportamiento "promedial", o estadístico, de esos símbolos llamados leyes naturales, y del estudio de ese comportamiento surgen la física, la química, la biología, la psicología etc., y de la intención de conocer lo que realmente existe debajo de esos símbolos, la filosofía, la teología y la religión, en esfuerzo milenario que preocupa a la especie.

En ciertas épocas de esta portentosa lid del conocimiento, como antes lo acoté someramente, Edad Media de los griegos, del siglo décimo al quinto anteriores a la Era Cristiana, Edad Media de los otros pueblos europeos, del quinto al décimoquinto posteriores a dicha Era, y Edad Media colonial del Nuevo Mundo —para establecer tres ejemplos fundamentales— la uniformidad de conceptos entre filosofía, ciencia y religión, mantuvo equilibrio reposante en el espíritu del hombre. En otras edades, la contemporánea, sobre todo, el rompimiento de tal armonía desconcierta ese espíritu, enloquece la mente y por tal manera angustia el corazón de los humanos que su vivir se torna punto menos que insufrible y caótico.

Así, pues, es ahora urgente restablecer aquel equilibrio, darnos, a lo menos, alguno discretamente razonable.

De esto surge, ineludible, la invitación a pensar con toda audacia, con toda ponderada audacia, a los pueblos jóvenes que aún no han expresado su mensaje histórico. Lo repito varias veces,

por que no quede duda de la intención que mueve mis palabras, conscientemente elementales y cordialmente suasorias.

Y ello constituye asimismo motivo de felicidad suprema, porque mientras el hombre abrigue en su corazón algún mensaje inexpreso aún, inédito aún, por decirlo así, la vida le sonreirá, bella: juvenil e incitadoramente bella. Yo pienso a menudo que el desciframiento de alguno, digamos, de estos enigmas que nos asedian hoy marcará la hora más augusta de la especie, la hora de la exultación fáustica por excelencia del espíritu. Este mundo que la Cultura Occidental nos ha legado, científica y filosóficamente al menos, es un mundo de Walt Disney, una fantasmagoría de imágenes apacible o trágicamente coloridas, armoniosamente dibujadas a veces, pero proyección falaz al fin de muñecos ficticios.

La única realidad "provisionalmente" firme que poseemos acerca de la interpretación del mundo, es que su naturaleza es rítmica, inescrutablemente vinculada al número, como una sinfonía de lo arcano, y que al estudiar la estructura de las especies inorgánicas en su molde estéreo-químico, y la embriología etc., la posición se revela también como recóndita relación o función causativa. Por lo demás, nuestras ciencias nos instruyen en todos los pormenores sensibles, y nos deslumbran con su orden matemático o los preciados sistemas de su clasificación, pero casi casi nada, o nada del todo, ahondan en la indagación de la abstrusa eseidad.

¿No podríamos salir de esta incertidumbre un poco más airosamente? Desde luego tendremos que transitar por nuevas rutas ideales si aspiramos a definir algún nuevo rumbo. Conceptos otrora palpitantes de emoción, como eternidad e infinito, físicamente considerados hoy, carecen de significación propia, y sólo los entenderíamos como unidad o "unicidad" absoluta y absoluto reposo. Mas si proseguimos pensando en que la entidad del mundo se hace conciencia, esa conciencia absoluta sería reposo en sí, que en sí vería lo infinito y la eternidad como resumen de todas las posibilidades, como posibilidad absoluta.

Nuestro mundo sería entonces una de tantas posibilidades de la entidad arcana que lo produjo y mantiene.

Yo adivino esta tarea de "remodelación" conceptiva del mundo y de la especie humana como uno de los episodios más bellos que invitan al espíritu, como el acto supremo de su liberación del caos. Y urgente, además, porque un grito de orfandad cósmica cruza en este instante el corazón del hombre...

INDICE

INDICE